

se

La primera vez



CARA COLT Lectulandia

El hecho de que fuera inexperta sexualmente no significaba que Kathleen Miles no tuviera sentimientos. O deseos. Especialmente cuando se vio cara a cara con el vaquero más atractivo de Hopkins Gulch. Evan Atkins veía a Kathleen de un modo que nada tenía que ver con ella: atrevida, apasionada y experimentada.

Sí, Kathleen estaba segura de que aquel hombre de voz profunda podría conseguir que ella hiciera cualquier cosa. Quizá por eso aceptó ser la madre de su pequeño.

Lectulandia

Cara Colter

La primera vez

*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *First time, Forever*
Cara Colter, 2007

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

EVAN Atkins tenía el libro escondido detrás de un ejemplar de la revista *Deportes Ilustrados*. Dio un sorbo de café y arrugó el entrecejo intentando concentrarse en la lectura, pero resultaba difícil con el alboroto que había aquella mañana en el Café Hopkins Gulch.

El local tenía seis mesas, dos reservados y un mostrador donde se servían comidas.

Las mesas estaban llenas de tazas de café medio vacías y platos con restos de comida, pero las sillas, excepto la que ocupaba Evan en el reservado, estaban todas vacías.

Había tres tipos mirando absortos por la ventana, contemplando el Outpost, la tienda más grande de la ciudad, que estaba en la acera de enfrente. Delante de la tienda había aparcado un coche extraño con un tráiler enganchado atrás. Aquel vehículo y la pareja de forasteros que habían salido de él eran los que habían causado todo ese alboroto. Después de bajar del vehículo, los dos forasteros se habían metido en el Outpost.

—Si solo estuvieran preguntando por dónde ir a algún sitio —dijo Sookie Peters con perspicacia—, habrían dejado el motor encendido.

—¿La has visto? —Jack Marty preguntó por enésima vez—. Es exacta a Julia Roberts. Os lo juro. Bueno, tal vez un poco mayor. Y no está esquelética como Julia —dijo con naturalidad, como si conociera a Julia de toda la vida.

—Qué va —dijo Sookie—. Se parece más a la otra. La que hizo la película del autobús. A ella es a quien se parecía.

—¿A Sandra Bullock? —preguntó Cal, el hermano de Sookie—. ¡Qué va!

—¿Y tú qué sabrás?

Siguieron discutiendo, y Evan siguió ceñudo, intentando ignorar las tonterías que decían de la mejor manera posible. Esos tres tipos de la ventana podrían aprender de él.

Millie se acercó y le sirvió más café. Evan no reaccionó lo suficientemente rápido y Millie vio el libro que tenía escondido detrás de la revista.

Si se lo decía a los muchachos, no dejarían de tomarle el pelo hasta que se hicieran viejos.

La educación de los esfínteres en niños desorientados.

Pero ella simplemente sonrió, de aquel modo al que jamás se iba a acostumbrar, como si ser un padre soltero le hiciera adorable a los ojos de toda la población femenina; se sentía como si fuera un oso de peluche.

—¿Dónde has dejado hoy a Jesse?

—Lo dejé en el Jardín de Infancia de Beth un rato.

—Eso está bien. Necesita pasar tiempo con otros niños.

—Eso me han dicho —Evan frunció el ceño de nuevo—. Paso quinto: rezar.

Pensó que era muy raro que lo incluyeran en un libro sobre la educación de los esfínteres; eso no tenía nada de científico. Por otra parte, cuando su hijo había desaparecido y él había utilizado toda su inteligencia, su fuerza y su devoción para recuperar a Jesse sin resultado, ¿no era aquello lo que había hecho todos los días?

«Por favor, Dios mío. Por favor, Dios mío. Por favor, Dios mío. Si no puedes devolverme a mi bebé, cuida de él».

Los tipos de la ventana se asombrarían si supieran que lo había hecho, rezar a diario, pero él también se había quedado perplejo la primera vez que se le habían pasado esas palabras por la cabeza.

Jesse ya estaba en casa. De acuerdo, habían pasado dos años, pero también Evan tenía que reconocer que rezaba más bien poco, ya que se había pasado la mayor parte de su juventud avanzando en dirección opuesta, por el mal camino.

—¿Qué se supone que está haciendo ella allí?

Millie, conocida por su vozarrón, gritó:

—Sabes que Pa no se siente muy bien últimamente. El año pasado intentaron vender el local, pero ahora solo quieren a alguien que lo dirija.

—Eso significaría que ella tendría que vivir aquí —Mike Best comentó con sagacidad.

El grupo de la ventana contempló esa posibilidad durante un par de minutos en silencio, que Evan aprovechó para revisar su oración. Decidió que fuera sencilla. Algo como: «Dios mío, ayúdanos». Satisfecho se centró de nuevo en el libro.

Al hacerlo, se dio cuenta que no lo había leído correctamente. El paso quinto no decía rezar, sino retozar.

Leyó con cuidado: Asegúrese de que la educación de los esfínteres sea algo divertido, como un juego.

Los de la ventana empezaron otra vez, como una bandada de gallinas viejas emocionadas por haber encontrado un montón de gusanos.

—Eh, ahí está el chico. Pero sale solo.

—¿No tiene pinta de ser un poco chulo?

—Ah, no creerás que está casada, ¿no? Aunque, debe de estarlo. Ese niño es suyo. Es clavado a ella.

Esa observación pareció desanimar a los apasionados solteros de la ventana.

—La verdad es que tiene un aire a ella.

—Muchachos —dijo Evan por fin con impaciencia—. ¿Queréis dejarlo ya?

Se volvieron hacia él sonriendo, y no precisamente con pesar, pero enseguida lo ignoraron.

Evan hizo lo posible por hacer lo mismo.

Pero al poco rato, llegó a sus oídos el comentario de uno de ellos.

—Supongo que al gran señor de ahí no le importará que el niño esté mirando su camioneta.

Evan movió la revista. ¿Qué importaba que alguien mirara su camioneta? Era un vehículo muy bonito, mucho más interesante que una extraña de paso en la ciudad.

—Supongo que al señor solitario de ahí no le importará tampoco que el niño esté mirando para atrás todo el tiempo. Tiene una cara de pillo que no me gusta ni un pelo.

Evan hizo como si no escuchara, pero la verdad era que estaba al tanto de todo. Su camioneta era su orgullo; siempre la llevaba limpia y cuidada. Y eso lo sabían todos. Seguramente le estarían tomando el pelo un poco, para hacer que se acercara a la ventana y se pusiera a hacer lo mismo que ellos.

—Parece que está escribiendo algo.

Bueno, de acuerdo, no había pasado por el lavacoches desde hacía un tiempo. A lo mejor, el niño estaría escribiendo un mensaje en el polvo que cubría el vehículo. Pues vaya cosa. Apenas un titular. Ni siquiera para Hopkins Gulch.

—¿Es un clavo lo que tiene en la mano? —preguntó Sookie con asombro.

—Me da la impresión de que sí. Mira, eso seguro que es una *m* —dijo Jack.

Evan ya se había levantado del asiento.

—Sí. Y eso una *i*.

Evan cruzó el café en tres pasos y se abrió camino entre los muchachos hasta llegar al cristal de la ventana justo a tiempo para ver al diablillo terminar de trazar una *e*. ¡En su Dodge Ram diesel azul noche recién estrenado!

Los muchachos lo miraban en silencio, horrorizados, sabiendo que la vida de aquel niño incauto estaba a punto de tocar fin.

Salió del local y cruzó la calle en menos de cinco segundos. Evan le dio la vuelta y lo empujó contra la furgoneta.

Solo tendría unos doce años. Un chiquillo apuesto, aunque en ese momento la rabia y el miedo le crispaban el rostro.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo en mi camioneta? —le preguntó Evan.

El muchacho empezó a ponerse colorado, pero no le contestó, así que Evan le retorció el cuello de la camisa un poco más.

—Deje a ese niño inmediatamente —ordenó una voz suave, sensual como la seda, pero con una traza de dureza innegable.

Sin soltar al niño, Evan giró sobre sus talones calzados con botas tejanas y se vio frente a frente con el par de ojos marrones más bonitos que había visto en su vida.

Era preciosa. Tenía el cabello castaño oscuro, largo y liso, recogido en una cola de caballo que le caía hasta casi media espalda. Su piel sonrosada recordaba a la de un melocotón. Tenía los ojos tan oscuros que parecían negros, y relucían de tal modo que Evan adivinó en ella una naturaleza más apasionada de la que revelaba la blusa abotonada hasta arriba y rematada con una lazada al cuello. Tenía los pómulos altos, la nariz delicada y parecía como si le hubieran espolvoreado unas cuantas pecas sobre ella. Pero lo mejor eran los labios; carnosos, sensuales, implorando que alguien los besara.

Pero él había pagado un alto precio por no decir no la última vez que unos labios

le habían implorado lo mismo, así que le contestó en tono seco.

—¿Señora? —dijo.

—He dicho que le quite las manos de encima a mi chico. ¿Qué cree que está haciendo?

Sacudió un poco la cabeza, tratando de borrar la imagen de esa mujer de su mente para poder pensar con sensatez.

—Sí, quíteme las manos de encima —dijo el niño mientras esbozaba una sonrisa burlona.

Evan lo hizo de mala gana.

El niño sonrió con suficiencia, se sacudió las mangas exageradamente y entonces, antes de que Evan se diera cuenta, agarró la antena y la arrancó de cuajo.

Evan se puso rabioso, y no solo por la flagrante falta de respeto del chico, sino también por la exclamación entrecortada de asombro y horror que soltó la mujer. Le echó una rápida mirada y, al ver la transformación que había sufrido, sintió una gran consternación.

La mujer estaba muy alterada y miraba al chico como si fuera un monstruo. Le brillaban los ojos de vergüenza y desesperación, y Evan notó que no eran solo marrones, sino tirando a dorados. Entonces, la mujer vio las letras que el chico había escrito con la punta de un clavo en aquel coche nuevo y se puso pálida.

—¿Cómo has podido? —le susurró.

—No me ha sido difícil, tía Kathy —le soltó el niño con una falta de respeto que enfureció a Evan todavía más que el daño que le había hecho a su camioneta.

No se le pasó por alto que el chico la había llamado «tía».

Para entonces, todos los hombres del café los miraban sin perder ripio y se daban codazos entre sí con satisfacción, ya que el niño había decidido provocar a Evan un poco más.

Evan sabía que se merecía el nombre de oveja negra de Hopkins Gulch. Tenía mala fama. Fama de ser duro, frío y salvaje como el viento. Un hombre con quien nadie jugaba; un hombre con un pronto muy rápido, osado, siempre dispuesto a arreglarlo todo a puñetazos.

Y sabía que esos hombres pensaban que seguía igual. Pero no era cierto.

El muchacho más loco de la ciudad había acabado liándose con la chica más loca del mundo. Justamente lo que él se había merecido entonces. Pero el hijo que nació de su unión se había merecido otra cosa. Evan empezó a cambiar el día en que nació su hijo. Y cada día que había pasado sin su hijo, el cambio había sido más grande.

Evan se acercó al chico. No tenía intención de hacerle daño, le bastaba con asustarlo lo suficiente como para no volverle a hacer a nadie lo que le acababa de hacer a él.

Miró al niño de grandes ojos grises, y vio en ellos una mezcla de desafío y miedo. Pero además del miedo, había también necesidad; una necesidad tan grande que aplacó la rabia de Evan. Se pasó la mano por los cabellos y miró a la mujer; una

equivocación, porque solo consiguió confundirlo aún más.

—¿Está de paso? —le preguntó esperanzado.

No podía ser que fuera a quedarse allí, en aquel lugar perdido en el mapa, a igual distancia de Medicine Hat, Alberta, o Swift Current en el condado de Saskatchewan.

—En realidad, no. Me han contratado para trabajar en el Outpost. Por supuesto, pagaré los daños que le ha hecho a su camioneta. Y ahora mismo. Yo... —metió la mano en su cartera—. Le daré un cheque, claro está, si acepta usted uno de un banco de fuera.

—No.

Evan se asombró de que aquella contestación tan enfática hubiera salido de sus labios.

Sabía muy bien que lo normal hubiera sido aceptarle el cheque. O dejarlo en manos de la policía. Tenía que montarse en su bonita furgoneta y salir de allí pitando.

—¿No? —repitió ella, que se detuvo con la cartera a medio abrir.

—No —volvió a decir él, sabiendo que hacía lo que debía.

Lo correcto, lo adecuado. Maldición, a veces resultaba duro. Lo más fácil del mundo era hacer lo contrario. Lo sabía; había practicado mucho.

Pero si Dee se hubiera llevado a Jesse para siempre, si no hubiera muerto en accidente, aquel podría ser su hijo nueve o diez años después. Si Evan iba a ser el padre que su hijo merecía, tenía que aprender a comportarse bien. Todas las veces.

De repente, se sintió tranquilo y oyó una voz en su interior que había aprendido a respetar desde hacía tiempo; una voz que cuando embestía el toro, cuando los frenos le fallaban, cuando el termómetro marcaba treinta bajo cero y tenía aún que alimentar a las vacas, cuando su hijo había desaparecido y Evan tenía que pasar un día más sin perder la cabeza, le decía lo que hacer.

Se dirigió al chico y le habló en tono bajo y firme.

—Esos cinco segundos de diversión van a costarte dos semanas de mover estiércol de un sitio a otro. El curso ha terminado hasta el otoño que viene, ¿no?

—¿Cómo? —el chico farfulló de indignación—. ¿Por qué iba a mover estiércol para usted?

—Porque me lo debes —dijo Evan con firmeza, pero sin perder la calma.

—No pienso mover estiércol.

Evan sabía que tenía bastante de qué ocuparse. Por ejemplo, su hijo acababa de cumplir tres años y era un extraño para su padre, seguía utilizando pañales, seguía dependiendo del chupete y se ponía a llorar a lágrima viva si alguien lo separaba de su camioneta de juguete color morado. A eso había que añadirle el trabajo de una granja, las comidas sanas y nutritivas que intentaba preparar, la colada... ¿Cómo podía pensar en echarse encima otra responsabilidad?

—Sí que lo harás —volvió a decir con calma y firmeza; con una voz que no admitía discusión, ni de los hombres, ni de los animales. Y menos de un niño

—Oblígueme.

—De acuerdo.

La tía del niño habló por fin. Tenía una voz suave como el terciopelo, una voz que podía hacer que un hombre se arrodillara ante ella.

—¿Mover estiércol? —preguntó en tono vacilante—. Pero si ni siquiera lo conocemos.

Evan extendió el brazo.

—Evan Atkins —dijo.

—Kathleen Miles —respondió ella y le estrechó la mano con cierto recelo.

Evan pensó que esa mujer tenía la mano más suave que había tocado en la vida.

—Ahora ya nos conocemos —dijo.

Evan notó que le estaba hablando con frialdad y supo que era un mecanismo de defensa para contrarrestar los rápidos latidos de su corazón. Le pareció como si ella fuera a protestar, pero él la cortó.

—¿Dónde están los padres del chico?

—Yo soy su familia —le dijo en tono seco.

—¿Y va a trabajar en el Outpost, para los Watson?

—Sí.

—Puede preguntarles si su chico está seguro yendo a trabajar conmigo. Ellos se lo dirán.

—Ah.

Se volvió de nuevo hacia el chico.

—¿Cómo te llamas?

—¡No es asunto suyo!

—De acuerdo, no es asunto suyo, te recogeré aquí mismo a las cinco y media mañana por la mañana. Si me obligas a ir a buscarte, lo sentirás, ¿me has oído?

—Le he oído —dijo en tono hosco, y Evan notó que la tía se sorprendió.

Y pensando que había abandonado con demasiada facilidad, añadió la palabrota que había estado a punto de escribir en el coche.

—Y si vuelvo a oírte decir esa palabra, te lavaré la boca con el jabón casero de lejía de Ma Watson. No te imaginas lo asqueroso que sabe.

Ma Watson, una mujer alta y vestida con camisa de hombre y el cabello gris cuidadosamente trenzado, pasó en ese momento por la acera.

—Y si alguien lo sabe ese eres tú, Evan Atkins. Creo que hubo una época en la que pensé que era mi deber para con esta ciudad que estuvieras escupiendo espuma cada diez minutos.

Su comentario rompió la tensión y el grupo de curiosos que los rodeaba se echó a reír. Entonces empezaron a dispersarse.

—¿Evan —dijo Mamá Watson con dulzura—, podrías acompañar a Kathleen a su casa? Acaba de entrar un cliente.

Evan miró hacia el almacén, totalmente seguro de que la puerta no se había abierto en los últimos diez minutos. Aún así, no podía llamar mentirosa a Mamá

Watson delante de su nueva empleada.

La señora había hecho más esfuerzo que nadie en aquella población para demostrar a un chico que iba por el mal camino la diferencia entre el bien y el mal.

—Sí, Ma, la acompañaré a su casa.

Supuso que también tendría que echar un vistazo dentro para asegurarse de que las serpientes de cascabel no se habían enroscado en algún rincón oscuro a pasar el invierno.

—Kathleen, querida, tómate tu tiempo y ponte cómoda. Deja que Evan y el chico se ocupen de las cosas más pesadas. Te veré aquí en la tienda mañana.

Evan respiró hondo, con la intención de decirle a Ma que una cosa era acompañar a la señorita Miles a la casita que Mamá Watson tenía a tres manzanas de allí, y otra, ayudarla a hacer la mudanza. Pero miró a Ma una sola vez y se mordió la lengua.

¿Por qué esa mujer tenía el poder de convertirlo en un niño de doce años metiendo la mano en un tarro de caramelos con una sola mirada? Se dio la vuelta, se metió en la camioneta y por el espejo retrovisor observó a la bella señorita Miles metiéndose en el coche y colocarse detrás de él.

Tenía una preciosa figura, llenita y sensual; una figura que podría hacer que un hombre como él, que había jurado no volver a estar con una mujer, empezara a pensar en suaves curvas y cálidos recovecos.

Se dijo que todo empezaba con un inocente beso y acababa con *La educación de los esfínteres en niños desorientados*. Entonces pensó que se había dejado el maldito libro en el café, y esperó que Millie poseyera la suficiente misericordia como para guardárselo hasta que tuviera la oportunidad de volver a recogerlo.

Estaba enfadado, iba pensando Kathleen mientras se paraba detrás de él y lo miraba cuando salió de la camioneta.

¿Y cómo culparlo? Lo que más se notaba en su vehículo eran las tres letras que había trazado Mac, de unos sesenta centímetros de alta cada una.

Aun así, no tenía mucha experiencia en tratar con un hombre enfadado. Y menos, uno con aquel físico. A pesar de la cara de enfadado que tenía en ese momento, Evan Atkins era tremendamente apuesto.

Se parecía a Robert Redford de joven, con ese pelo rubio trigueño, aunque sus ojos azul gris no poseían el encanto juvenil de los de Redford; tan solo una sombra amenazadora de frialdad. Sus facciones eran la perfección masculina personificada: los pómulos altos, la nariz recta, la boca ancha y sensual, los labios firmes y el mentón fuerte.

Era de estatura media, pero el ancho de los hombros y el pecho de aquel hombre daban la impresión de albergar una fuerza enorme. Tenía el estómago plano y las caderas estrechas. Las piernas largas, enfundadas en un par de pantalones vaqueros, parecían haber montado muchos caballos. Y, probablemente, otras cabalgaduras.

Kathleen decidió que Evan Atkins no era un hombre con quien le conviniera tratar. Últimamente había notado que sus pensamientos tomaban caminos claramente atrevidos a la mínima provocación. Sería que se estaba haciendo mayor, además de convirtiéndose en una solterona.

Sabía que se estaba engañando a sí misma. Y todo porque Howard había anunciado su intención de casarse con otra.

—Gracias —le dijo mientras salía del coche—. ¿Es esa la casa? Ahora ya puedo arreglármelas sola.

El no se movió.

Cuando ella se acercó a él, Evan fue a abrirle la verja. El espacio que quedó para pasar era tan estrecho que Kathleen estuvo a punto de rozarlo. Al pasar junto a él le llegó una ráfaga de un olor más mareante que el de las lilas que florecían con profusión por todo el patio.

—Siento lo de su camioneta —le dijo muy nerviosa—. Mac decidió que odiaría este lugar nada más decirle que nos íbamos a mudar.

—Supongo que si esta ciudad me aguantó de adolescente, también lo aguantará a él.

Kathleen pensó que le gustaba la voz del señor Atkins; una voz profunda, musical, y con un algo especial.

—¿De dónde vienen, señora?

Kathleen decidió que ese algo especial era un acento ronco y sensual. El modo que tenía de decir señora, con suavidad y arrastrando la última sílaba, le hizo estremecerse. Le echó una mirada y se le ocurrió que era más joven que ella.

—De Vancouver —respondió—. Nos trasladamos desde Vancouver.

—Pues ese sí que es un traslado.

—Sí, lo sé —aunque él no le preguntó, ella sintió la ridícula necesidad de explicarse—. El anuncio de la colocación en el Outpost decía que este era un lugar ideal para formar una familia.

Él se echó a reír al oírla.

—¿No es así? —preguntó con desesperación.

—Señora, yo no soy el más indicado para hablarle de familias.

—Ah.

Miró hacia la casa e intentó no sentirse decepcionada. Era muy vieja, toda cubierta de unas horribles tejas planas y delgadas de color gris. El porche parecía que se iba a desplomar de un momento a otro.

Kathleen, que sintió como si estuviera intentando convencerse a sí misma de que no había cometido un tremendo error, dijo:

—En Vancouver han empezado a surgir incidentes entre bandas callejeras. Hay problemas en los centros educativos. Niños de la edad de Mac están comenzando a tontear con las drogas y el alcohol.

Por supuesto, no le iba a contar toda la verdad, la historia de su vida. Que su jefe,

Howard, con el cual había estado prometida, se iba a casar con otra mujer.

El sonrió levemente.

—¿No me diga?

Ella se enfureció.

—No estará sugiriendo que mi sobrino pudiera estar metido en tales cosas solo por ese incidente con su camioneta, ¿verdad?

—No, señora. Solo sé que yo no era mucho más mayor cuando empecé a probar la cerveza casera, aquí mismo en Hopkins Gulch.

Ella lo miró horrorizada.

—Los niños tan indomables como yo se meten en líos estén donde estén —le dijo.

—¿Y sigue siendo usted indomable, señor Atkins? —le preguntó.

Demasiado tarde se dio cuenta de que su frase podría haber salido de los labios de una vieja solterona.

Antes de responder, Evan pareció pensárselo un momento.

—La vida me ha domesticado.

Percibió cierta angustia en su modo de decir eso, algo que le hacía aún más intrigante a los ojos de Kathleen.

Se dijo para sus adentros que ella no podía resolver el rompecabezas de un hombre misterioso, por muy atractivo que fuera. Tenía que criar a un chiquillo. Cuando su hermana había muerto, Kathleen le había prometido que se dedicaría a esa tarea en cuerpo y alma. Howard había roto el compromiso cuando ella había tomado esa decisión y, tras eso, había llegado a la conclusión de que Mac no necesitaba el trauma que parecía ser parte integrante de una relación de pareja.

En realidad, hasta que Howard no anunció su nuevo compromiso matrimonial en la oficina hacía ya un mes, ella no se había dado cuenta de que había mantenido la esperanza de que cambiara de opinión, o de que quizá estuviera esperando a que Mac creciera para poder estar juntos. ¿Qué se había creído ella? ¿Que esperaría hasta que estuviera vieja y encorvada?

Como aquella vieja casa. Se obligó a sí misma a apartar los ojos de Atkins para fijarse en aquel patio que ya era suyo. Detrás de él, tras un seto de más lilas, Kathleen vio una enorme y ondulante pradera, limpia de árboles o arbustos hasta donde alcanzaba la vista. El patio estaba rodeado de arbustos de lilas en flor. Los arriates estaban abandonados hacía tiempo y la hierba crecía muy alta, pero era un lugar amplio y privado y Kathleen se dio cuenta de que con unos pocos cuidados quedaría precioso.

—¿A qué huele? —preguntó Mac tras cruzar la verja de entrada.

—A lilas —le dijo Kathleen.

—Creo que soy alérgico a las lilas.

—La señora Watkins me dijo que hay un pasto al otro lado del seto por si te apetece tener un potro —dijo Kathleen, esperando que aquella idea le resultara

atractiva al chico.

—¿Un potro? —repitió, mirándola con consternación—. ¿Qué es eso? ¿Una marca de monopatín?

Vio que Evan agachaba la cabeza. Pero antes de hacerlo le vio sonreír, y esa sonrisa cambió su rostro totalmente. Tenía unos dientes preciosos y un hoyuelo en cada mejilla.

—Un potro —le dijo—. Parecido a un caballo.

—Los caballos me dan alergia —Mac decidió y después miró a Evan de soslayo—. Y también el estiércol.

Evan lo ignoró.

—Voy a echar un vistazo dentro de la casa.

—¿Para qué?

—Creo que lleva vacía muchísimo tiempo. Nunca se sabe lo que ha podido establecerse ahí dentro.

Kathleen lo miró horrorizada.

—¿Como qué?

—Nunca se sabe —dijo con reticencia.

—¿Un mendigo, por ejemplo? —le preguntó con recelo.

—No —contestó—. En Hopkins Gulch no hay mendigos.

—¿Ratones? —insistió.

—Bueno, estaba pensando en, esto... alguna mofeta; pero claro, pueden ser ratones.

Ella lo miró a los ojos, como si sospechara que no estaba diciéndole toda la verdad.

—Me apuesto a que este lugar está infestado de ratones —dijo Mac para malmeter—. Me apuesto lo que quieras a que empezarán a correr por la cara cuando estemos durmiendo, que dejarán sus huellas en la mantequilla, y que tendrán su casita en el sótano, igual que en los dibujos animados.

—Creo que es suficiente —dijo Evan en tono bajo y miró a Kathleen con irritación.

Mac se tiró sobre la hierba, se agarró el cuello con las dos manos y empezó a retorcerse con dramatismo. Ya fuera reacción hacia la casa o hacia las lilas, Kathleen decidió no preguntar. Siguió a Evan y juntos subieron las chirriantes escaleras del porche.

Lo primero que la sorprendió al abrir la puerta de la casa fue la oscuridad. Kathleen intentó no mostrar su decepción y siguió a Evan por la casa vacía. Iba vestido con pantalones tejanos descoloridos y una camisa de batista. Los pantalones le ceñían el trasero, los vigorosos muslos.

Abrió las puertas y miró en todos los armarios. Kathleen no fue con él al sótano, pero cuando subió le aseguró que su nueva casa estaba libre de alimañas.

Mac, decepcionado porque no le hubieran hecho ni caso, cruzó la puerta de

entrada con mala cara.

—Qué antro —proclamó—. Es un pueblo de mala muerte y lo odio.

Evan lo ignoró.

—¿Señorita, necesita que le eche una mano con sus cosas?

Lo que quería ella era que él se largara de allí para poder concentrarse. Para poder encargarse de Mac, mirar a ver qué podía hacer para que aquel lugar pareciera habitable y después encerrarse en el baño a llorar un buen rato.

Capítulo 2

GRACIAS por darle una oportunidad como es debido —Kathleen reprendió a Mac en tono seco después de marcharse Evan—. No puedo creer que te comportaras así. Le arrancaste al señor Atkins la antena de la camioneta, y luego esa palabra que empezaste a escribir. ¿Qué demonios te pasa?

Mac miró hacia abajo y se metió las manos en los bolsillos. Entonces, le dirigió una mirada de provocación.

—No me gusta este sitio. Quiero volver a casa.

—Esta va a ser tu casa —Kathleen dijo con determinación.

Kathleen, una vez acostumbrados los ojos a la oscuridad, vio que los suelos de la casa eran de linóleo gris que empezaba a levantarse por las esquinas, que la pintura de las paredes estaba desconchada y que había telarañas por todos los rincones. Fue hacia una ventana y levantó la persiana, pero el sol no mejoró el aspecto de la habitación. ¿Y ese iba a ser su hogar?

Pensó en el acogedor apartamento que ella y Mac habían dejado en Vancouver y sintió náuseas.

—No sabes lo mal que me puedo portar —la avisó Mac.

Kathleen no mostró ni un atisbo de duda.

—Entonces vas a hacerte un experto en mover estiércol. Estoy segura de que no hay escasez de eso por aquí.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —le dijo el chico acaloradamente—. Me has estropeado la vida. Yo, Mac Miles, en esta basura de pueblo. ¿Y qué se supone que voy a hacer yo mientras tú estás trabajando?

—De eso ya te has encargado, Mac. Estarás cargando estiércol.

Mac la miró de hito en hito, claramente sorprendido de que su tía le hablara así. Entonces, cambió de tema.

—Supongo que ese tipo te ha parecido guapo.

Y, de repente, Kathleen vio en su mirada al niño que se escondía en su interior, y se dio cuenta de cómo se sentía el chico. Estaba triste, atemorizado y demasiado nervioso como para reconocerlo.

—Oh, Mac, ven aquí.

Él se acercó y ella lo abrazó.

—Todo irá bien —así, abrazada al niño, sintió que lo que decía era cierto.

Mac toleró su abrazo durante unos tres segundos más o menos; después, se separó de ella y avanzó por el estrecho pasillo.

—Creo que me quedaré con esta habitación —dijo momentos después—. Tía Kathy, no me has contestado. ¿Te ha parecido guapo ese memo de la camioneta azul?

Kathy no contestó, horrorizada con aquella criatura que era su sobrino.

—A mí me ha parecido horrible —continuó diciendo Mac—. De verdad. Y demasiado joven para ti. Demasiado —cerró la puerta de su habitación de un portazo.

Kathleen miró a su alrededor y seguidamente entró en el cuarto de baño. Más linóleo medio levantado. Pensó en lo que había dicho Mac; que Evan Atkins era demasiado joven para ella.

La nueva prometida de Howard era joven, rubia y dinámica.

Había roto con él hacía ya cinco años; ya debería tenerlo más que olvidado. Kathleen entró en el cuarto de baño y nada más echar el cerrojo se puso a llorar.

Había sido una verdadera estupidez aceptar un trabajo en un lugar del que jamás había oído hablar. Cuando la habían contratado, cuando había recibido aquella carta, había llegado a pensar que era como un regalo del cielo. Se había dicho a sí misma que era una oportunidad para empezar de nuevo, para ser distinta. Para reírse más y preocuparse menos, para ser más atrevida.

Kathleen estuvo lloriqueando durante diez minutos. Después salió, llamó con los nudillos a la puerta de la habitación de Mac y le dijo que tenían mucho trabajo para hacer de aquella casa un hogar.

Al fin y al cabo ya estaban allí, y tenía que intentar mirar el lado positivo de las cosas.

Descerrajó el tráiler, metió la mano y sacó una escoba que le pasó a Mac. Cuando él puso expresión de disgusto, ella le dijo:

—Y da gracias que no es una pala.

—No me gusta esta casa.

—Tampoco es lo que yo pensaba —reconoció Kathleen—. Pero podemos limpiarla y con el tiempo estará muy bonita.

Se pasó el resto del día limpiando de arriba abajo la casita, restregando las paredes, los suelos y los electrodomésticos. Cosa rara, Mac le resultó de gran ayuda. Cuando se hizo de noche, a Kathleen solo le quedaron fuerzas para meter dos colchones y una caja que contenía ropa de cama.

—No tienes por qué levantarte conmigo por la mañana —le dijo Mac—. Se te ve muy cansada.

Cuando se levantó al día siguiente, Mac ya se había marchado. Kathleen encontró la cafetera y se dispuso a preparar café.

Su sobrino era una pura contradicción; cuando Kathleen menos se lo esperaba, Mac se comportaba con sensatez.

Caminó hasta el trabajo, a tres manzanas de allí, y notó que el trayecto recorrido conformaba casi todo el pueblo. Se pasó el día en el Outpost, aprendiendo lo que componía el extenso inventario, los precios, y cómo utilizar la arcaica caja registradora.

Le sorprendió la cantidad de personas que pasaron por la tienda, hasta que Ma le dijo que venían de muchos kilómetros a la redonda para ver la nueva adquisición. Antes de que dieran las doce, ya la habían invitado a salir seis hombres. Y, aunque rechazó todas las propuestas, eso le levantó el ánimo.

A las cuatro de la tarde volvió a casa agotada, sabiendo que aún le quedaba por

descargar el tráiler. Pero, al menos, tenía todos los ingredientes necesarios para prepararle a Mac su plato de pasta favorito.

Sin embargo, a las cinco de la tarde Mac aún no había regresado.

Kathleen miró hacia la carretera una vez más. Creía haber oído el ruido del motor de una camioneta, pero resultó ser el de un vehículo de una granja.

Mac había salido a las cinco de la mañana. ¿No eran doce horas demasiadas para que trabajara un chico de doce años?

Se le ocurrió que podría haber tenido un accidente. Vaya ironía, se mudaba de Vancouver a la tranquila Saskatchewan por el bien de Mac, y acababa sufriendo un accidente.

En realidad, ella no había visto a Evan recogiénolo. ¿Y si había salido a la autopista y se había largado haciendo autostop? ¿Y si... ?

«Basta ya», se dijo con determinación.

Aquel libro que había leído hacía un tiempo decía que había que intentar transformar las cosas negativas en positivas.

Intentó imaginarse a Mac pasando un día maravilloso. Se lo imaginó en la granja, persiguiendo una mariposa entre la hierba, pasando un día como los que ella se había imaginado cuando había solicitado aquel empleo.

Volvió a la cocina y removió la salsa de tomate. ¿Por qué había hecho tanta cantidad?

No. No debía invitar a aquel hombre a cenar.

En ese momento oyó un vehículo detenerse delante de la casa. Antes de correr a la ventana, dejó la cuchara con tanta prisa que le salpicó salsa de tomate sobre la tela blanca.

Eran ellos. Abrió la puerta de la casa y salió al porche.

Mac salió de la camioneta y cerró la puerta dando un portazo. Avanzó por el camino que llevaba hasta la casa con el cuerpo erguido, la ropa totalmente asquerosa y dejando un olor acre a su paso.

—¿Qué tal? —le preguntó.

—¿A ti qué te parece? —le soltó el chico.

—Bueno...

—Eh, «no es asunto tuyo» —Evan Atkins se había bajado de la camioneta y avanzaba por el camino hacia ellos—. A la misma hora, en el mismo sitio —dijo Evan.

Mac lo miró con asco y, cuando vio que Evan no se daba por aludido, se volvió y miró a Kathleen del mismo modo. Entonces, soltó una palabrota entre dientes que Kathleen no entendió y cerró la puerta de la casa de un portazo.

Evan Atkins continuó por el camino hasta donde estaba ella. Caminaba con la seguridad de un hombre totalmente a gusto con su cuerpo, un hombre seguro de sí mismo. Esa seguridad la molestó, porque sabía que ella no la tenía.

—Me gustaría que no lo llamara «no es asunto tuyo» —le dijo en tono remilgado,

como el de una vieja solterona—. Se llama Mac.

—Sí, lo sé. Solo estoy esperando a que me invite a hacerlo.

Hablaba en tono bajo y tranquilo, ligeramente jovial, aunque no sonreía. Probablemente se habría fijado en las manchas de salsa de tomate sobre su camisa. Se detuvo, puso un pie en el escalón de abajo y la miró.

—¿Dónde demonios han estado? —dijo en el mismo tono remilgado.

Él abrió mucho los ojos.

—¿Cómo dice, señorita?

Tenía los ojos del color azul del océano, moteados de una increíble tonalidad de gris.

—¡Salió de aquí a las cinco y media de la mañana!

—Mi granja está a casi media hora de camino de aquí, señorita. Una hora entre la ida y la vuelta. Hoy tuve mucho trabajo. No podía dejarlo todo para traerle a la ciudad, cuando decidió que ya tenía bastante. Y eso fue más o menos cinco minutos después de empezar.

—Doce horas son muchas horas para un niño tan pequeño.

—No es tan pequeño. Además, paramos para comer.

—¡No creo que sea ni siquiera legal que un hombre trabaje tanto tiempo!

—Bueno, señorita —dijo, y una chispa brilló en aquellos ojos azul noche—. Si le sirve de consuelo, ni siquiera creo que hayamos conseguido aplacar un poco el enfado de su sobrino.

—¡Mac no está enfadado! —exclamó ella.

No tenía idea de por qué había dicho eso cuando la actitud de Mac no dejaba duda alguna de lo que sentía.

—Pues rallarle la camioneta a alguien con una palabra obscena no creo que sea un gesto de paz.

—No creo que deba trabajar para usted mañana.

—Mire, señorita, no es asunto mío, pero creo que eso sería una equivocación.

—¿En serio? —respondió con arrogancia.

—No creo que quiera enseñarle a ese chico que puede comportarse como le dé la gana y que no pasará nada.

Tenía razón, y ambos lo sabían. Aun así, no pudo evitar responder:

—Y usted es un experto educando chicos, ¿no?

Se arrepintió nada más decirlo, sabiendo que estaba pagando con él la inquietud de la mudanza y del comportamiento de Mac, a pesar de no merecérselo. Además, en cuanto lo dijo, vio en su mirada una sombra de enorme tristeza.

Pero él le respondió con tranquilidad, sin alterarse.

—No estoy seguro de eso. Pero me parece que si le echa un cable ahora, tendrá que ayudarlo de un modo muy distinto en el futuro.

Kathleen respiró hondo. Sabía que no estaba siendo justa con él y que ese hombre tenía razón. Pero fue totalmente incapaz de reconocerlo.

—Me preocupé por él cuando vi que había pasado tanto tiempo.

La mirada de angustia de Evan fue lo que calmó parte de su irritación.

—No fue mi intención preocuparla. Supongo que debería haberla llamado —sonrió y negó con la cabeza—. Me da la impresión de que he dicho esas palabras unas cuantas veces antes en mi vida.

Kathleen estaba segura de ello. Esos encantadores hoyuelos, probablemente, se habrían ganado el corazón de cientos de mujeres que habrían aguantado la respiración junto a un teléfono, esperando su llamada. Pero ella nunca sería una de esas; eso jamás ocurriría. Por esa misma razón no podía invitarlo a comer espaguetis con ellos.

—Supongo que pensé que sería una buena forma de quitárselo de encima, mientras estuviera trabajando —le dijo él.

—No es tan mal chico —contestó ella.

—Señorita, eso ya lo he visto.

—¿Ah, sí?

Él esbozó una amplia sonrisa y Kathleen estuvo segura de que no le gustaba su sonrisa. Lo convirtió, por un momento, en uno de esos hombres que tenían todo lo que deseaban. Cualquier cosa. ¿Habría preparado ella esa cena solo para Mac?

—Muy de vez en cuando. Hice que preparara el pienso a los terneros. Me hubiera gustado que hubiera visto la cara que puso.

—A mí, también.

—Bueno, quizá lo vea algún día.

—Gracias. Tal vez lo vea algún día.

Pero como eso significaría involucrarse aún más con Evan Atkins decidió que no lo haría. Había puesto todas sus esperanzas en Howard, pero él la había dejado y eso le dolía aún mucho.

Y Howard no era tan atractivo como el joven y apuesto señor Atkins. En realidad, Howard se le antojó de repente remilgado y aburrido. Y si un hombre remilgado y aburrido era capaz de hacerle tanto daño, no quería pensar en lo que podía hacerle uno emocionante y apasionado.

—¿Cómo le fueron las cosas en su primer día de trabajo?

—Oh, bien.

¿Qué le habría hecho pensar que era un hombre apasionado? ¿Aquella mirada ardiente? ¿La sencilla sensualidad de sus labios?

—¿No se pasaron los habitantes de la zona a saludarla?

Kathleen se relajó de pronto y se echó a reír.

—Más bien de todo el condado.

—Señorita, no debe sorprenderse.

—¡Deje de llamarme señorita! —¿por qué tenía que hablarle en ese tono tan quejoso?—. Por favor.

—De acuerdo.

Ella se sonrió, como si tuviera dieciséis años en lugar de treinta y cuatro.

—Lámeme Kathleen.

—Muy bien, Kathleen, me apuesto a que su agenda de bailes está llena hasta el año que viene.

—¿Cómo dice?

—¿La invitaron a salir? ¿Los solteros de Hopkins Gulch?

—Ah. Unos cuantos, sí. Pero yo no hago eso. No salgo.

—¿Que no sale? ¿Por qué no?

¿Por qué no? Ya no tenía a ningún Howard a quien guardar lealtad. ¿Qué clase de mujer le era fiel a un hombre que había roto con ella hacía ya cinco años? Una imbécil, desde luego.

—No creo que fuera bueno para Mac.

—¿Y cómo es eso?

—En mi experiencia... —desde luego bastante limitada— las relaciones amorosas me parecen un fracaso.

—Un fracaso —repitió de modo reflexivo—. En eso estoy de acuerdo con usted. ¿Por cierto, Mac tiene de verdad alergia a los caballos?

—No. ¿Le ha dicho eso?

—Según él, una alergia insoportable. Dijo que solo con olerlos le sale un sarpullido por todo el cuerpo. Luego dijo que se había dejado las medicinas en casa.

Kathleen miraba a Evan fijamente para ocultar su vergüenza. ¿Cuándo había aprendido su sobrino a mentir tan bien?

—Entiendo —dijo Evan cuando ella no respondió—. ¿Entonces no pasará nada si le pido que le dé de comer a los caballos mañana?

—Seguro —murmuró ella.

—Si es que viene, claro.

—Irás.

—Entonces, estaré aquí a las cinco y media.

—Muy bien.

Se dio la vuelta y echó a andar. A Kathleen le fascinaba aquella manera natural y confiada de caminar, como si fuera el dueño del mundo.

—¿Entonces, cómo debo llamarle? —le preguntó ella de repente.

Él se detuvo y se volvió a mirarla.

—Este es un lugar bastante informal. Evan me vale.

—Gracias, Evan, por cuidar de sus zapatillas de deporte.

¿Qué demonios estaba haciendo? Si no tenía cuidado acabaría invitándolo a cenar.

Él esbozó una sonrisa que ahuyentó las sombras de su rostro y le dio un aspecto juvenil y encantador.

—¿De verdad pagó doscientos dólares por esas zapatillas?

—No tanto —dijo—. Pero casi.

Él movió la cabeza con incredulidad.

—¿Por qué?

—Son zapatillas mágicas —dijo y suspiró—. Se suponía que iban a hacerle mucha ilusión.

—Si eso se lo dieron por escrito, yo las devolvería —se dio la vuelta y se metió en la camioneta.

Kathleen tuvo que morderse la lengua para no llamarlo e invitarlo a que se quedara a cenar.

No sería una cita. Solo un gesto amable entre vecinos.

Como no quería parecer ridícula, no se quedó a mirar cómo se alejaba la camioneta.

Entró en casa justo en el momento en el que Mac salía de la ducha, con una toalla sobre la cabeza. Las pecas que tenía en la nariz se le habían puesto más oscuras y tenía las mejillas sonrosadas por el sol.

—Odio a ese tipo —le dijo—. Hoy trabajé tanto que no debería tener que volver.

—Pues vas a hacerlo —le dijo Kathleen, contenta de que su determinación se hubiera fortalecido tras su charla con Evan.

—Me hizo trabajar mucho, y no me dio suficiente comida ni bebida. Creo que hay leyes que impiden tratar así a los niños.

—También hay leyes que impiden estropear la propiedad ajena —le dijo con dureza; se le ocurrió que intentaría hacerle pensar en positivo, tal y como decía aquel libro—. Cuéntame algo bueno que te haya pasado hoy.

Él la miró con mala cara.

—No me ha pasado nada bueno.

—Oh, venga, cuéntame lo de los terneros.

—Son unos animales de lo más lelo. Y huelen que apestan. Igual que su hijo.

—¿Su hijo? —Kathleen le preguntó muy sorprendida.

—Sí. Tiene un niño pequeño que se llama Jesse. Tiene casi tres años y usa pañales. ¿Te parece eso normal?

—No estoy segura.

—No habla mucho, sobre todo cuando está cerca la Gestapo.

—¿Quién no habla mucho? ¿Y de qué Gestapo hablas?

—Es el niño el que no habla mucho. Y la Gestapo es el tipo que te parece tan mono.

—Yo no he dicho nunca que sea mono —estuvo segura de que iba a sonrojarse, así que se dio la vuelta rápidamente—. No vuelvas a llamarlo así. Gestapo. Es horrible.

—Bueno, también lo es amontonar estiércol con una pala sin cobrar nada. Ese chico no sabe pronunciar la erre. ¿Eso es normal?

—No lo sé.

¿Por qué le angustiaba tanto no poder responder a sus preguntas? ¿Por qué sentía como si se hubiera perdido algo? ¿Quizá tener un hijo? Ese era otro de los sueños que

Howard le había arrebatado. ¿Si esperaba a que Mac fuera más mayor, al menos otros seis años más, no sería ya demasiado tarde? ¡Tendría cuarenta años!

—¿Dónde está la mamá de Jesse?

—Se mató en un accidente.

—Oh.

—Es una faena. Quiero decir, cuando una madre se muere y deja a su hijo. Al menos, tiene a su padre para cuidarlo; aunque sea la Gestapo.

Kathleen notó que su sobrino aún sentía la pérdida de su madre, a pesar de haber pasado ya cinco años. Y la de su padre. Cada vez que pensaba en aquel hombre despiadado a Kathleen se le revolvía el estómago. Ni siquiera había conocido a su hijo. Había abandonado a su hermana en cuanto se enteró de que ella estaba embarazada.

Y después lo de Howard. Poco después de la muerte de su hermana, él le había dicho que tenía que elegir entre Mac o él. No se lo había dicho así, por su puesto. Howard era siempre tan diplomático, tan educado, tan sofisticado. Esos rasgos de su personalidad la habían impresionado entonces.

—Me preocupo por ti, Mac —le dijo con determinación—. Te quiero más que un leopardo a sus manchas.

Mac no se pudo resistir.

—Y yo más que una rana a sus verrugas.

Y de pronto, la tensión desapareció de su rostro y volvió a ser su dulce niño otra vez.

—¿Me has preparado espaguetis para cenar?

—Solo por ti.

¿Por qué aquello le sonó a mentira?

El sonrió.

—Te quiero más que la pizza a su queso.

Evan echó un vistazo al asiento de atrás donde Jesse dormía profundamente en su sillita de niño. Un pequeño charco de baba se había depositado sobre la camisa tejana que Jesse había visto días atrás en el escaparate del Outpost. Colocada sobre un maniquí, Jesse la había mirado en silencio, con los ojos muy abiertos. A Evan le había dolido en el alma que su hijo no se la hubiera pedido. Pero, de todos modos, se la había comprado. Desde entonces el niño no quería quitársela.

Miró hacia la larga y serpenteante carretera y pensó que a veces la vida cambiaba drásticamente en un momento.

Había conocido a Dee cuando ella era la mejor jinete de pruebas, vestida con tejanos y lentejuelas, y él un jinete de toros de menos importancia, con más nervio que talento. Ella tenía el pelo rubio, corto y rizado, unos enormes ojos marrones y una figura de muñeca de porcelana que no dejaba traslucir la fuerza que mostraba

sobre el caballo. Había sido, sin duda, la mujer más bella que había visto en su vida. También era la única mujer que había conocido que podía acompañarlo bebiendo, y la única que era capaz de estar de juerga toda la noche y continuar al día siguiente. Tal vez debería haber tomado eso como una señal de peligro, pero no lo había hecho.

A veces pensaba que si hubiera ido a un rodeo diferente ese día, o se hubiera quedado en casa, o se le hubiera pinchado una rueda, no hubiera conocido a Dee. Y quizá aquel pequeño que dormía en el asiento de atrás no existiera.

Y allí estaba otra vez el destino dando coletazos.

De no haber estado en la ciudad el día anterior, no habría conocido a Kathleen Miles. Si Mac hubiera arrancado la antena de otro coche, todo hubiera sido distinto.

Y él no estaría en ese momento de camino a una casa vacía, pensando en el aroma que salía por la puerta de la casa de Kathleen. Un aroma delicioso. Algo italiano. Ni estaría pensando en ese tráiler aparcado delante de la casa, todavía tan lleno como lo había estado el día anterior.

—Evan, ni se te ocurra dar la vuelta —se dijo con firmeza.

Con la misma firmeza que se dijo que no tenía pensamientos románticos hacia Kathleen. Era un hombre que había aprendido una buena lección sobre el amor. ¿Qué había dicho Kathleen?

Ah, sí. Que las relaciones amorosas le parecían un fracaso. Aparentemente, ella también había aprendido la lección.

¿Entonces, si Evan había aprendido la lección, por qué no había podido resistir la tentación de preguntarle si alguien la había invitado a salir? Sabía que así habría sido. A esos tipos que se habían arremolinado junto a la ventana del café les habría faltado tiempo para ir a verla al Outpost.

Lo que ella les hubiera dicho no era asunto de Evan. Aún así, no podía negar que se alegraba de que todos ellos hubieran fracasado en sus intentos.

Claro que sabía que Sookie Peters no iba a aceptar un no por respuesta. Kathleen era demasiado bonita. Sookie volvería al Outpost al día siguiente, probablemente con un ramillete de flores y mucha labia. ¿Y Kathleen había dicho que no salía con hombres? Eso no sería un problema para Sookie. Se las ingeniaría para de alguna manera conseguir una cita.

En realidad, probablemente Sookie ni siquiera esperara al día siguiente. Seguramente estaría ya en su casa, descargándole el tráiler y dejándose invitar a una cena casera. Eso no sería una cita, ¿verdad? No, señor. Sería simplemente mostrarse amable con una nueva vecina.

La cena. Evan intentó pensar en lo que tenía en casa. Pizza congelada y una lata de carne guisada.

Entonces, se acordó de lo que aquella abogada de Swift Current le había dicho, cuando los padres de Dee dieron la impresión de querer pelear con él por la custodia del niño. Que tendría que tener cuidado con aspectos como la nutrición, o la psicología infantil.

De repente, se sintió tremendamente solo y abrumado.

—No te atrevas a dar la vuelta —se dijo—. No puedo presentarme en casa de una mujer a la hora de la cena y esperar que me invite.

Bueno, quizá a cambio de ayudarla a descargar su tráiler.

Suspiró mientras pensaba en las vueltas que daba la vida, y en que no podía hacer nada para impedirlo. Evan Atkins aminoró la marcha, detuvo el vehículo y dio la vuelta.

Se dijo que Kathleen parecía de esas mujeres que quizá supiera un par de cosas sobre la educación de los esfínteres.

Capítulo 3

—AH —dijo Mac a través de la puerta mosquitera—. Eres tú. Tía Kathy, el Coronel Klink está aquí. Y ha venido con el señor Calzoncillo Apestoso. ¿Está bien el señor Calzoncillo Apestoso?

—Sí, está durmiendo —Evan sintió el cálido aliento de su hijo en el hombro—. Hola —dijo Evan cuando ella apareció a la puerta.

¿Parecía acaso contenta de verlo? ¿Incluso después de aquella presentación?

—Lo siento —dijo y le echó una mirada reprobatoria a Mac; tenía un paño de cocina echado sobre el hombro y Evan notó que se le habían soltado unos cuantos mechones de la cola de caballo que se le rizaban alrededor de la cara—. ¿De dónde sacará esas tonterías?

El olor que salía por la puerta le pareció aún más delicioso que antes.

—De los *Héroes de Hogan* —adivinó Evan—. Una serie que ponen a última hora —él sabía mucho de esas horas de la noche.

—¿Este es tu hijo?

Evan pensó que esa era una buena señal. Al menos no le había preguntado qué hacía de vuelta allí.

—Jesse —dijo—. También conocido como Calzoncillo Apestoso.

Kathleen sonrió, se acercó a ellos y miró a Jesse que dormía. Levantó la mano y le rozó uno de los bucles dorados de su cabello.

—Es precioso —le dijo con ternura—. Parece un angelito.

Un hombre no podía tener celos de su hijo de tres años. Además, solo estaba allí para mostrarse amable con la nueva vecina.

—Estaba pensando que si tienes algún sitio donde pueda tumbarlo, yo podría sacarte todas las cosas del tráiler.

—Oh —dijo ella y se sonrojó.

¿Quién diría que una mujer de su edad podría sonrojarse? Intentó calcular la edad que tenía. Mayor que él. Quizá unos treinta y tantos. Era una de esas mujeres que maduraba con gracia, el cuerpo firme y redondeado, el rostro amable, los ojos oscuros de mirada serena. ¿Por qué las mujeres pensaban que tenían que mantenerse jóvenes para siempre si a él aquella más madura le parecía tan atractiva?

Las mujeres iban detrás de él. Eso siempre había sido una constante en su vida. Pero las mujeres que se habían acercado a él eran siempre del mismo tipo: jóvenes, de sonrisa superficial, con el cabello rubio teñido y enseñando el ombligo bajo la camisa. Mujeres que no se sonrojaban, que usaban siempre carmín rojo y mascaban chicle a todas horas. Una velada con una mujer así lo dejaba tan vacío y exhausto que había más o menos renunciado a ello. Sobre todo desde que Jesse estaba en casa.

Pero sabía con mirarla, con solo mirarla a los ojos, que Kathleen Miles era distinta; una de esas mujeres que iría mejorando con la edad.

—Es muy amable por tu parte —dijo—. Pasa.

Ella le abrió la puerta. Mezclado con el olor de los tomates, el ajo, la mantequilla y las cebollas, distinguió los de limpiador de limón y limpiacristales. Y también su aroma natural.

Nada de Poison o de Shalimar. Simplemente ella, limpia, fresca y auténtica.

La casa seguía prácticamente vacía, pero limpiísima. Las paredes estaban limpias, el suelo brillante, y no quedaba ni una telaraña, ni siquiera en los rincones. Evan pensó en el suelo de su casa, algo pegajoso últimamente, y en las huellas que se multiplicaban en las paredes.

Mac había desaparecido, pero se oía la música a través de la puerta cerrada de su habitación.

—Por aquí.

La siguió a un dormitorio que tan solo hacía veinticuatro horas había estado frío, sucio y feo. Pero allí estaba ya el colchón de Kathleen en medio de la habitación, vestido con un edredón blanco tan femenino y bonito que Evan se quedó impresionado.

—No creo que deba ponerlo ahí.

Pensó en su cama deshecha. ¿Cuándo había hecho la cama por última vez?

—Se lava y ya está —dijo, encogiéndose de hombros.

Él iba dejando que se amontonara la ropa sucia hasta que él o Jesse se quedaban sin ropa limpia que usar.

Colocó a su hijo sobre la cama de Kathleen, esperando no ensuciar el blanco inmaculado de la colcha. Notó que había colgado una sábana blanca delante de la ventana y que la había retirado con un lazo. La brisa movía la sábana que se hinchaba y temblaba, y ese movimiento le hizo pensar en cosas exóticas, misteriosas y femeninas.

—Te colocaré la cama —le dijo—. No deberías estar durmiendo en el suelo.

—Lo sé —dijo ella—. Los ratones empezarán a correrme por la cara.

Decidió no decirle que vivían en la tierra de las serpientes de cascabel. Mantenían bajo control a la población de roedores.

—¿Te gustaría comer algo antes? La cena está casi lista.

—Bueno —vaciló—, si insistes.

¡Ni siquiera parecía sospechar! La siguió hasta la cocina, que también brillaba como el sol. Dios mío, qué diferencia de cómo tenía él la cocina.

Miró por la ventana. Sookie Peters pasó en su vehículo, vio el de Evan y siguió adelante. Sookie y él se habían peleado cuando estaban en el colegio. Por Betty Sue McDonald. Desde entonces no le había hecho falta restablecer el dominio.

Betty Sue había sido toda una belleza. En la actualidad se llamaba Smith. Ella y su marido vivían en Swift Current. La última vez que la había visto, había notado cómo su belleza se había marchitado, como los pétalos de una rosa.

—¿Ha pasado una vieja camioneta roja ahora mismo? —le preguntó, vuelta hacia

la cocinilla.

—Sí.

¿Estaría esperando a Sookie?

—Ha pasado por delante de la casa una media docena de veces. ¿Crees que debería llamar a la policía?

—¿Llamar a la policía? —le preguntó—. ¿Por Sookie? Pensándolo bien, sería muy gracioso.

—¿Quién has dicho?

—Sookie Peters. Seguramente él estaría entre los tipos que han ido al Outpost a pedirte el teléfono.

—¡Vaya! Yo creía que quizá fuera algún bicho raro; tal vez alguien mirando a Mac.

—Kathleen, estoy casi seguro de que no tenemos ninguno de esos en Hopkins Gulch. Se nota que eres una chica de la gran ciudad.

—Lo soy. Me crié en Vancouver. ¿Te imaginas? Esta es la primera vez que he salido de allí.

Probó la salsa de los espaguetis y después le pasó la cuchara para que él también la probara.

Era una ridiculez que ese gesto le pareciera sensual. Una auténtica ridiculez. Pero cuando posó los labios sobre la parte de la cuchara donde ella había posado los suyos, sintió un tremendo placer.

Para sus adentros, pensó que sería por la salsa de los espaguetis.

—Está muy buena —le dijo.

Claro que se había quedado corto. Pero si le hubiera dicho que estaba orgásmica, seguramente habría pensado que él era aún más raro que Sookie.

—¿Le pongo más ajo? —le preguntó Kathleen.

—A mí me encanta el ajo.

Tenía un poco de salsa en el borde del labio superior y Evan no podía apartar los ojos de aquel punto.

—¿Podrías mirar en esas cajas, a ver si puedes encontrarme un escurridor? —le preguntó.

—¿El qué?

Ella se echó a reír.

—¿Se le da bien la cocina, señor Atkins?

—Soy un cero a la izquierda, señorita Miles.

—Un escurridor. El mío es de plástico rojo. Y tiene agujeros. Es para escurrir la pasta.

—Ah, ya sé lo que es —abrió una caja y rebuscó en su interior, pero siguió mirándola de soslayo.

No debería haber dado la vuelta. Una mujer como aquella podría complicarle la vida sin ni siquiera proponérselo.

Pero no tenía por qué tener nada especial con ella. No, señor. Se comería los espaguetis, descargaría las cajas y después se marcharía rápidamente para no volver allí. Excepto para ir a buscar a Mac a la mañana siguiente. Y a la otra, y a la otra, y a la otra.

La vida ya había dado un giro y él no podía hacer que las cosas volvieran atrás.

Cuando Evan dio con el escurridor, se oyó el motor de la camioneta de Sookie pasar por delante de la puerta y Kathleen se echó a reír.

—Quizá deberías llamar a la policía —le dijo él mientras aceptaba una pequeña rebanada de pan de ajo para que lo probara—. Claro que, para cuando llegaran se habría dado ya por vencido y marchado a casa.

—¿Por qué? ¿Cuánto tardan en llegar?

—Depende de dónde estén, pero no hay comisaría por aquí. Supongo que tardarían una o dos horas.

—¿Una o dos horas? ¿Y las urgencias?

—¿Qué tipo de urgencias? —le preguntó.

El pan de ajo estaba perfecto; crujiente en los bordes y blando y lleno de mantequilla en el centro.

—Como la violación de la intimidad.

Él se echó a reír.

—Creo que algo de eso pasó en 1995. Cal Peters se emborrachó y la señora Maude Butterfly se lo encontró por la mañana en el sofá de su casa.

—¿Cal Peters? ¿Alguna relación con el Peters de la camioneta roja?

—Son hermanos.

—¿Sookie bebe y acaba también en casas ajenas?

—Bebe un poco. Pero creo que normalmente se las arregla para llegar a su casa.

—Me dejas más tranquila —dijo, y lo miró—. Oye, ahora en serio. ¿Qué haces por ejemplo si hay una emergencia de verdad? ¿Por ejemplo, si roban una casa?

—¿Una casa?

Ella asintió muy seria.

—La mitad de las casas de este pueblo no tienen cerradura. La otra mitad tiene un rifle cargado detrás de la puerta.

—¿Cargado?

Abrió los ojos como platos, como si estuvieran hablando de un sitio donde fuera a correr un grave peligro todo el tiempo.

—Hay coyotes —dijo—. Mofetas, serpientes de cascabel. Pero ladrones, no.

—¿Serpientes de cascabel? —suspiró—. ¿Lo dices en serio?

Evan sintió que se le hubiera escapado.

—¿Y si te muerde una? ¿Qué hacer?

—Eso es muy raro. Las serpientes de cascabel son criaturas tímidas que prefieren que nadie las moleste.

—¿Pero y si alguien molesta a una cascabel y acaba mordiéndolo? ¿Qué hace en

ese caso?

—Supongo que la gente de por aquí se ha criado sabiendo que tienen que confiar en sí mismos y en sus vecinos si las cosas se tuercen. Y se les da bastante bien.

—¿Y yo qué? ¡Me crié con el 911! Yo sería negada para una emergencia. ¡Especialmente una emergencia con una serpiente cascabel!

—¿Kathleen, eres una de esas personas que tiende a preocuparse por todo? ¿De cosas que no ocurren nunca?

Kathleen empezó a respirar de nuevo. Sonrió levemente.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—Tienes una pequeña arruga de gesto, aquí entre los ojos —dijo y señaló el lugar en su propia frente.

Se frotó la arruga con timidez.

—Si tuvieras una emergencia, tus vecinos te ayudarían —le dijo.

—¿Mis vecinos? ¿Como los hermanos Peters? —le preguntó con el ceño fruncido.

Evan quería decirle que lo podía llamar a él cuando quisiera. Que para eso estaban los caballeros. Pero él estaba a media hora de camino, demasiado lejos si había una serpiente en el sótano.

—Tienes a un par de vecinos muy agradables aquí a la izquierda. Son los Sanderson; granjeros retirados. Y también están los Watson.

—Ah.

—Si es una emergencia médica, como una mordedura de serpiente, envían un helicóptero. Como el que tenían en Mash. Mientras tanto, si tienes un poco de cuidado, no te pasará nada.

—Cuidado —repitió y se frotó el entrecejo.

—No metas la mano en los rincones oscuros del sótano. Sobre todo detrás de esa vieja caldera.

—¿Mi sótano? ¿El sótano que está bajando por esa puerta de ahí?

—El agua de los espaguetis se está saliendo.

Se volvió con exasperación, y él se dio cuenta de que debían dejar la conversación sobre las cascabel para otro momento, si no quería que se estropeará la cena.

—Hace tiempo que nadie ve ninguna cascabel por aquí.

No añadió la última vez que se había visto una había sido en el sótano de Maude, justo detrás de la caldera. Tal vez Maude atrajera alimañas de distintos tipos.

Los espaguetis era la comida más difícil de engullir con dignidad, pero lo facilitó el hecho de que ella aún no tuviera mesa de comedor. Como hacía bastante calor, sacaron los platos al porche y comieron sentados en las escaleras. Evan notó que Kathleen los enrollaba ayudándose de la cuchara, mientras que Mac los sorbía

haciendo ruido.

A Evan le pareció que eran los mejores espaguetis que había probado en su vida. Orgásmicos.

—Esto está muy bueno —dijo.

Se ofreció para ayudarla con los platos, pero ella no le dejó y ordenó a Mac que lo ayudara a meter sus enseres en la casa.

—Es sorprendente la cantidad de cosas que caben en uno de estos cacharros — Evan comentó; se quitó la camisa y la tiró sobre el capó de su coche.

Sookie volvió a pasar y Evan lo saludó asintiendo con la cabeza. Sookie lo ignoró, como si estuviera pasando por allí de casualidad. Como si eso fuera posible en Hopkins Gulch.

—¿Quién es ese? —le preguntó Mac.

—Sookie Peters.

—¿Es un bicho raro o algo así? No hace más que pasar por aquí.

—No, está esperando a que yo me marche para poder venir a ver a tu tía.

—Ja. Será mejor que no pierda el tiempo. La tía Kathy no sale con hombres. No desde que pasó lo de Howard.

—¿Quién? —preguntó, aunque sabía que estaba metiendo las narices donde no le habían llamado.

—Un tipo con quien se iba a casar. Hace ya mucho tiempo. Ahora él se va a casar con otra.

Así que había otra razón por la que había acabado en Hopkins Gulch, aparte del bienestar de su sobrino.

—¿Hace cuánto de eso?

—Rompieron hace cinco años. Supongo que fue por mí —dijo Mac con consternación, a pesar de su aparente indiferencia—. Quiero decir, seguían saliendo a comer y cosas así, porque trabajaban en la misma oficina.

A Evan le parecía que cinco años era demasiado tiempo para seguir lamentando algo de esa naturaleza.

Claro que Kathleen no era una dama en apuros y, por lo tanto, él no tenía por qué hacer de caballero salvador.

Sabía que debía dejarlo ahí, pero no quiso desaprovechar la locuacidad de Mac. Sacó una cama de metal que había entre las cajas y los muebles.

—¿No crees que a veces está muy sola?

—No —dijo Mac con vehemencia—. No es cierto. La gente mayor no se siente sola.

Evan le pasó la cama. Después, sacó el tocador y empezó a avanzar por el camino.

—¿Cuántos años tiene?

No creyó que a ella le hiciera mucha gracia si supiera que estaba preguntando por su edad, pero tenía que enterarse.

—Treinta y cuatro.

El niño jadeaba ligeramente.

Bien. Así se cansaría más y buscaría menos problemas.

—Entonces, no es tan mayor como para ponerse a tejer en las tardes de agosto.

—¡Pues ella teje! Bueno, alfombras, pero es lo mismo. ¡Y me apuesto a que es mucho mayor que tú!

—Un poquito más, sí.

Por alguna razón, le gustó imaginársela tejiendo alfombras.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Veintiséis —le abrió la puerta a Mac.

—Eso quiere decir que cuando tú estabas en segundo, ella estaba en el décimo curso. Es mucho mayor que tú.

Evan le echó una mirada de advertencia. Mac estaba empezando a pasarse. Otra buena razón para mantener simples relaciones entre vecinos. Y eso le resultaría muy, muy sencillo, si no volvía a pensar en los labios de Kathleen y los suyos probando de la misma cuchara.

—¿Estas cosas son tuyas o de ella? —le preguntó, de pie en el vestíbulo.

—De ella.

—Cuando ella besó a un chico por primera vez, tú seguías jugando con los soldaditos.

Aquel enorme y viejo sillón parecía lo suficientemente grande para cerrarle la boca al viaje siguiente. Mientras tanto, estaban en su dormitorio, y Evan estaba pensando en el primer beso de Kathleen a pesar de que Jesse, su recordatorio de las consecuencias de sus besos, estuviera durmiendo plácidamente sobre su cama. Se preguntó cómo habría sido aquel primer beso para ella. ¿Habría sido dulce e inocente como los lirios blancos de Pascua? ¿Le habría latido el corazón muy deprisa y habría despertado en ella el deseo por cosas que jamás había conocido? Se preguntó cómo besaría Kathleen.

¿Sería una locura sentirse decepcionado, porque no sería nunca el primero en su vida? ¿Sería una locura imaginársela en su cama?

Pues sí.

Probablemente, sería lo suficientemente madura como para no pensar en tales cosas.

Sookie estaba dando la vuelta a la manzana de nuevo.

Evan salió a la carretera, paró a Sookie y se acercó a la ventanilla del conductor.

—Están empezando a pensar que eres un bicho raro, Sookie.

—Eso lo dices tú.

—De acuerdo. Yo estoy empezando a pensar que eres un bicho raro, Sookie. Si pasas por aquí otra vez, voy a sacarte de la camioneta y a terminar lo que empecé cuando estábamos en el colegio.

Sookie se largó de allí dejando un rastro de polvo y grava.

—¿Qué le has dicho? —Mac le preguntó con renuente admiración.

—Digamos que he obrado de acuerdo a mi edad.

No le dijo que lo había amenazado. Ya tenía un hijo. Lo cierto era que tenía que empezar a intentar resolver los asuntos con algo más de madurez. Dudó que a Kathleen le impresionara el modo en el que se había librado de Sookie.

Claro que lo último que debía hacer era pensar en impresionar a Kathleen Miles.

Mac gruñó bajo el peso del sillón. Evan se cargó la vieja cómoda él solo. Quizá Mac no era el único que tenía que trabajar hasta que se le quitaran las ganas de meterse en líos.

Kathleen miró por la ventana. ¡Evan se había quitado la camisa! ¿Bueno, y por qué no? Estaba trabajando mucho y hacía demasiado calor para la época en la que estaban, incluso en ese momento en el que el sol empezaba a descender por el horizonte.

¿Por qué no? Pues porque podía hacer que una mujer perdiera la cabeza; podía hacer que olvidara todas sus responsabilidades hacia un adolescente que luchaba por hacerse un hombre.

Aun así, no había nada de malo en mirar.

Tenía su aparador sobre el hombro y todos los músculos de su cuerpo en tensión. Sin embargo, a pesar de la fuerza que estaba haciendo, ni siquiera jadeaba. No como Mac, que forcejeaba bajo el peso de la vieja butaca. Pensó en quejarse de que Mac ya había hecho suficiente por un día, pero el pensar que caería rendido en la cama en lugar de irse a merodear por la ciudad buscando líos le resultaba demasiado atractivo.

Su mirada volvió a Evan, cuya joven y primitiva belleza fue para ella como la fuerza de un imán. En Vancouver, de camino al trabajo, Kathleen a veces pasaba por el escaparate de un gimnasio. Pero, inexplicablemente, el físico de Evan la impresionó más que los cuerpos trabajados en aquel gimnasio. Sin duda, poseía aquel cuerpo de hombre duro, porque llevaría a cabo un trabajo duro.

¿Aunque cómo sabía ella que no iba a un gimnasio?

Salió del trance para abrirles la puerta. Él la rozó al pasar. Si movía la mano un centímetro, lo tocaría.

—¿Trabajas al aire libre? —le preguntó.

Dejó el aparador en el suelo, se volvió y la miró con incredulidad.

—Sí —contestó—. Todos los días. Desde que sale el sol hasta que se pone.

Deseaba tocarlo. Ni una sola vez en los años que había pasado trabajando hombro a hombro con Howard había deseado tocarlo. Ni siquiera cuando ya estaban prometidos.

—¿Dónde quieres que deje esto?

—¿Qué te parece debajo de la ventana?

Precisamente era el sitio más alejado de donde estaban y le daría quizá la

oportunidad de admirarlo sin que él se diera cuenta.

Levantó el aparador con evidente facilidad y lo llevó adonde ella le había indicado.

Era como uno de esos hombres de los calendarios por los que babeaban sus compañeras de oficina. La oficina de Howard. La empresa de Howard.

El anuncio que había visto en el *Sol* de Vancouver, horas después de que Howard hubiera presentado a su nueva prometida a los empleados de su empresa, no decía nada de serpientes de cascabel. Ni de los hermanos Peters. Ni de hombres como los de los calendarios.

Sin embargo, al observar aquel cuerpo en su apogeo, pensó que ella ya había pasado esa etapa. Estaba más cerca de los cuarenta que de los veinte. Y cuando los hombres miraban los calendarios, no babeaban por las de cuarenta. La prometida de Howard tenía veintidós años.

Evan Atkins seguramente jamás la vería del modo que ella lo veía a él: joven, deseable, sensual. ¿Desde cuándo no sentía algo así hacia un hombre? ¿Acaso lo había sentido alguna vez?

Incluso su primer beso había sido decepcionante. Un acontecimiento baboso y extraño que la dejó limpiándose los labios durante un buen rato.

Los hombres como Evan jamás se habían fijado en ella. En el instituto, podría decirse que había sido una tímida violeta, una muchacha callada y poco segura de sí misma. En las pocas ocasiones en las que la habían pedido salir, había sido siempre el tipo de chico con gafas, chaleco de escote de pico y miembro del club de ciencias. Cuando empezó a trabajar, todo cambió. Los hombres parecían encontrarla atractiva, y había pasado una temporada saliendo bastante; pero no habían sido hombres como Evan.

Sino hombres vestidos con traje, pobres de pelo y con un poco de barriga. Hombres que trabajaban delante de un ordenador, o vendían seguros o trabajaban con números. Hombres que llevaban zapatos negros muy brillantes y jugaban al golf los fines de semana. No eran hombres faltos de atractivo, pero tampoco sensuales. Hombres exactamente igual que Howard.

Probablemente por eso, reflexionó con pesadumbre, ella seguía siendo virgen, incluso después del compromiso más largo del mundo, prolongado por la enfermedad de su hermana.

—¿Eh, tía Kathy, dónde quieres que ponga esta silla?

—No puedo creer lo fuerte que eres —le dijo a Mac, que sonrió complacido—. Ahí mismo me parece bien.

Una vez colocado el aparador, Evan retrocedió un poco y lo miró. Kathleen notó que tenía la piel cubierta de una fina capa de sudor, y sintió deseos de tocarlo.

La verdad era que nunca en su vida se había sentido tan consciente físicamente de nadie como de Evan Atkins. Jamás había anhelado con tanto afán acariciar una piel sedosa, o sentir la fuerza de un hombre envolviendo las suaves curvas de su cuerpo.

¡Se le ocurrió que si su primer beso se lo hubiera dado Evan Atkins en lugar de Malcolm Riley, no sería la virgen más vieja del mundo!

Claro que, cuando ella estaba rechazando los húmedos besos de Malcom, Evan tendría solo diez u once años.

Pero ya no tenía diez u once años, oyó que le decía una voz en su interior.

Ese era el problema de una persona que estaba a dieta y se ponía a mirar una fuente llena de dulces. Primero era una mirada inocente. Después, olisqueaba un poco. Seguidamente daba un pequeño mordisco. Y por último, caía la fuente entera.

Él la miró y la vio. Se cruzó de brazos sobre el pecho desnudo y entrecerró los ojos.

Por lo que se veía, tampoco él parecía hacerle ascos a Kathleen. Él no la estaba viendo mayor, ni nada de eso. En realidad, parecía estar viéndola como algo que no era.

Atrevida. Apasionada. *Experimentada*.

Y no podía haberse equivocado más. Él, gracias a Dios, dejó de mirarla y fue a echarle una mano a Mac con el sillón. ¿Se habría imaginado aquel destello en sus ojos, una mirada tan ardiente que por un instante habría transformado el gris azulado del iris en gris humo?

Se volvió a mirarla rápidamente; antes de darle a la silla un empujón final.

No se lo había imaginado.

Se veía más preparada para enfrentarse a las serpientes de cascabel que a esa clase de cosas.

Deseaba acariciarlo, de arriba abajo. Se moría por acariciarlo. Y su ansia la asustó y horrorizó.

Kathleen volvió a la cocina apresuradamente.

—¿Tía Kathy, dónde quieres la televisión?

—En cualquier sitio —dijo desde la cocina—. No me importa.

Y era cierto. De repente, no le importaba dónde poner los muebles. Su mente había estado dominada por aquellos fuertes y extraños deseos que la abrumaban.

Oyó a Evan diciéndole algo a Mac; desde la cocina su voz sonaba profunda y tranquilizadora. Tenía el tipo de voz que consolaría a cualquier mujer atemorizada; una voz que escondía una fuerza tremenda.

¿Cuándo había empezado a cansarse tanto de hacerlo todo en solitario, de tirar del carro ella sola?

Oyó a Mac riéndose por algo que había dicho Evan, y, aun así, sintió una nueva duda invadiéndole el pensamiento.

Mac tenía ya doce años, y estaba a punto de convertirse en un joven.

¿Quién le iba a enseñar a hacer eso? ¿Quién le iba a enseñar a no tener miedo a las serpientes? ¿O a saber que no podía uno conseguir lo que quisiera enrabetándose o comportándose mal hasta que la otra persona cediera?

¿Quién le iba a enseñar a afeitarse, o cómo hablar con una chica, o cómo ser

fuerte? ¿Quién le iba a enseñar a ser habilidoso, a saber arreglar un coche, a reparar una ventana o a clavar un clavo?

¿Quién le iba a enseñar a ser un hombre de honor? ¡Solo había que ver cómo se había comportado Howard! Él jamás podría haberle enseñado a ser honorable. Por primera vez agradeció que Howard no lo hubiera aceptado.

¿Quién iba a enseñarle que el amor entre un hombre y una mujer era algo sagrado y bello y que valía la pena arriesgarse por esa causa, cuando ella había rechazado cualquier relación amorosa desde que Howard canceló su compromiso matrimonial?

—Necesitamos beber algo, tía —Mac entró por la puerta de la cocina—. ¿Estás bien?

—Sí, claro —dijo, afanándose en la pila que ya había limpiado.

—Parece como si estuvieras llorando.

—No, no. Es que se me ha metido algo en el ojo.

Capítulo 4

JESSE aún no se había despertado, cuando Evan fue y lo sacó de la cama con cuidado.

—¿Dormiré esta noche? —le preguntó Kathleen mientras le ponía a Evan en la mano una fiambrrera con espaguetis.

—¿Estás de broma? Es parte de la rutina diaria de torturar a papá. Se duerme sobre las cuatro de la tarde hasta las ocho de la noche todos los días. Luego, no para hasta las dos de la madrugada.

—¡Pero tú te levantas a las cinco!

—Si estoy aquí a las cinco y media, quiere decir que llevo levantado desde las cuatro y media. ¿No ves las ojeras que tengo?

—No.

A Evan le gustó cómo lo miraba. Si no se equivocaba, parecía que a Kathleen le gustaba mirarlo. Y había dicho ese no con tanta rapidez que pensó que quizá le hubiera echado un vistazo mientras movía los muebles.

—¿Ha sido siempre así?

—Solo lo tengo desde que mi mujer murió hace un par de meses. Dee y yo estábamos separados desde que nació Jesse. Yo ni siquiera lo veía —respiró hondo—. La mayor parte del tiempo ni siquiera sabía dónde estaba.

—¿Por qué? —preguntó con perplejidad.

—Es una larga historia. No creo que te interesara.

Pero sintió miedo de las ganas que tenía de contársela, de abrirle su corazón, de sincerarse con ella. Sintió miedo de la confianza que ella le inspiraba, a pesar de que solo se conocían de un día.

Se suponía que él era el caballero que debía salvarla, y no al contrario.

—¿Oye, prefieres que lleve yo a Mac por la mañana?

—No, me las arreglaré.

El saber que era vulnerable le hizo rechazarla.

—¿Y qué te parece si voy a recogerlo después del trabajo? Es lo menos que puedo hacer. No puedo creer que entre los dos hayáis metido todas estas cosas en casa, ni que hayas conseguido agotar a Mac.

Fueron a la sala. Mac estaba profundamente dormido en el sofá.

—Tú termina de sacar las cosas de las cajas —le dijo—. Después, si quieres recogerlo alguna tarde, ya hablaremos.

Jesse murmuró algo en sueños y, seguidamente, se relajó de nuevo.

—Vas a tener que hacer de tripas corazón y cambiarle los horarios.

—Creo que tiene los mismos horarios que tenía su madre —respondió en voz baja—. Todo lleva su tiempo. Le encantarán los espaguetis. Gracias.

Hasta que no estuvo a mitad de camino a casa, no se dio cuenta de que se le había olvidado hacerle la pregunta más importante.

Pero siguió sin hacérsela varios días, porque Evan estaba muy ocupado entre sus deberes en la granja y sus deberes como padre. En realidad sintió alivio de que ella no volviera a invitarlo, y no solo porque le preocupara dormirse sentado en el sofá o mientras cenaban.

Sino porque ella le hacía desear todas las cosas que había pensado que tendría cuando él y Dee se dieron el sí. Porque ella le hacía creer otra vez en aquellas cosas que le habían roto el corazón.

Jamás había tenido una familia de la que hablar. Su madre había muerto cuando él era pequeño. Su padre había sido un hombre duro y poco cariñoso. Evan se había criado labrando aquella dura tierra. Los recuerdos de su infancia eran el trabajo duro, la comida mala y la dureza y frialdad de su padre. Había veces en las que solía pensar que en la cárcel estaría mejor; al menos los prisioneros tenían sus derechos.

Había equivocado lo que había encontrado en los rodeos y en los bares, los coches deportivos y las mujeres, con la libertad. Había confundido el arrebató con la satisfacción.

Y de algún modo, cuando Dee le había dicho que estaba embarazada, había pensado que tendría todas esas cosas que jamás había tenido: un hogar lleno de alegría y cariño, unos niños jugando, comidas caseras y sobre todo, alguien que lo amara y a quien amar.

Ya era más mayor, más experimentado. Pero debía ser también más cínico.

El intentar ser mejor persona no significaba que tuviera que ser tonto. Era lo suficientemente inteligente como para recelar de alguien que le animaba a creer en los sueños. Y esa era Kathleen Miles.

Iba a dejar a Mac en casa después de una jornada de trabajo, y se largaría de allí. Un hombre podría ahogarse en la luz de aquellos ojos negros. Además, Mac le informaba del progreso de sus admiradores. Sookie no había vuelto a dar vueltas a la manzana. Jack Marty había ido a visitarla y había sido cortésmente rechazado.

—Ni siquiera lo invitó a tomar un poco de limonada —dijo Mac con satisfacción.

Mac estaba resultando ser un buen chico. Una persona trabajadora, alguien a quien podía confiar a Jesse cuando Evan tenía que ir a ver el ganado o salir al campo. Se le ocurrió a Evan que iba a echarlo mucho de menos cuando concluyeran las dos semanas.

Y, probablemente, también echaría de menos ver a su tía.

—Hasta mañana, Mac —Evan gritó cuando el chico salió de la camioneta.

—Adiós, Mac —Jesse gritó desde el asiento de atrás. Adiós.

Mac se volvió y vaciló.

—¿Eh, os apetece entrar un rato? A lo mejor a Jesse le gustaría tomar un poco de agua de limón. La tía Kathy la hace de verdad; no es como esa de polvos que tenéis vosotros.

Evan vio que Jesse intentaba con frenesí desengancharse el cinturón de seguridad.

Independientemente de su intención de mantenerse alejado de todas las dulces

tentaciones que representaba para él Kathleen Miles, debería haber sabido que el niño querría aceptar.

—Claro —dijo—. Nos gustaría mucho tomar un poco de agua de limón.

Kathleen oyó que la camioneta giraba y volvía por el lado de la casa donde ella trabajaba cuidadosamente en el jardín, por si acaso aparecía alguna serpiente.

Mac subía por el camino.

—Evan y el niño van a tomar agua de limón con nosotros, ¿vale? —dijo complacido.

Evan estaba intentando sacar a Jesse de su asiento. Cuando lo hizo, avanzó junto a su padre por el camino en dirección a donde estaba ella.

—Hola, Jesse —dijo en tono dulce—. Viniste el otro día, pero estabas dormido. Yo soy Kathleen.

El pequeño escondió la cabeza detrás de una de las piernas de su padre y se asomó a mirarla con recelo. No tenía los ojos de su padre, sino grandes y marrones.

—¿Caramba, está ahí ese niño apestoso? —Mac rugió desde la casa.

Maravillada, vio como en el rostro de Jesse se dibujaba una sonrisa.

—¡Mac! —gritó Kathleen; Jesse se soltó de su padre y corrió hacia la puerta mosquitera.

—¿Mac? —llamó—. ¿Mac?

Mac se acercó a la puerta.

—Oh, vaya —dijo—. Mi amigo viene a visitarme. El único problema es que solo mide un metro.

—Mac, juega conmigo. Po favor.

Mac abrió la puerta.

—De acuerdo. Puedes entrar a ver mi habitación, pero solo porque no tengo nada mejor que hacer en este asqueroso pueblo.

—Mac, siempre podrías hacer otro turno en la granja, si la vida te parece tan aburrida —dijo Evan con tranquilidad.

—No, gracias —contestó Mac—. Vamos Jesse, pero ten cuidado. Si te meas encima, te vas a enterar. ¿Lo entiendes?

Jesse asintió con solemnidad y cruzó la puerta, que Mac cerró tras él.

—Jesse adora a Mac —dijo Evan.

—No entiendo por qué —comentó Kathleen.

—Lo siento, pero yo tampoco.

Los dos se echaron a reír.

—He notado que ya os lleváis mejor —dijo—. Es estupendo.

—Ah, y eso no es todo. Él fue el que me invitó a tomar agua de limón.

—¿De veras?

—Me prometió que era casera.

Esbozó una sonrisa sensual, una sonrisa que seguramente habría derretido el corazón de docenas de mujeres. Ella misma sintió que tenía la boca un poco seca,

claro que no pensaba ceder ante los evidentes encantos de Evan Atkins. Después de aquella noche, hacía ya una semana, sabía que tenía que ser fuerte cuando se trataba de él.

Tenía una gorra de béisbol en la mano que no paraba de dar vueltas. ¿Sería ello indicación de que estaba a punto de ejercitar ese encanto con ella?

¡Tal vez fuera a pedirle una cita! Kathleen se sonrojó como si él lo hubiera hecho de verdad.

—¿Qué tal te ha ido hoy en el trabajo, Kathleen?

Se sintió decepcionada. Verdadera y tremendamente decepcionada. Como si en lugar de eso le hubiera sugerido que fueran a comer algo juntos.

A lo cual ella habría respondido negativamente. Después de haber estado Evan allí noches atrás, se había sentido tan confundida que ya no sabía qué era lo mejor para ella, y menos aún para Mac. Se había pasado toda la semana repasando las alternativas que había tenido en los últimos cinco años.

Había elegido que Mac sería su vida. Sin dudarlo, sin mirar atrás. Lo que no podía creer era que hubiera pasado cinco años esperando a Howard; un hombre al que le había molestado cada día de la enfermedad de su hermana; un hombre demasiado egoísta para ver a Mac como la bendición que era. Agradecía que la educación católica de Howard les hubiera impedido intimar, aunque eso hiciera de ella la virgen más vieja del mundo.

¿Habría sido un error rechazar de plano el amor en esos últimos años?

Lo cierto era que exigía demasiada atención, demasiado esfuerzo. Tiempo, energía y dedicación.

Mac necesitaba todo lo que pudiera ofrecerle. Cuando se había ido a vivir con ella, se moría de miedo cada vez que Kathleen salía por la puerta, temeroso de que no volviera.

¿Y qué opciones había tenido ella de cara a sus temores? ¿Contratar a un canguro y salir con un hombre? ¿O alquilar La Guerra de las Galaxias una vez más, preparar palomitas y acurrucarse en el sofá con quien más la necesitaba?

Por supuesto, Mac había cambiado mucho desde los siete años. Era un chico seguro de sí mismo e independiente, que sobreviviría si su tía saliera a comer algo con Evan. Decidió en ese mismo momento que salir a comer con Evan no sería una cita en toda regla. Ya lo habían hecho una vez, después de todo.

¿Pero sería abrirle la puerta al galanteo?

Se recordó con firmeza que Evan no la había invitado a cenar. ¿Qué era lo que le había preguntado?

—El trabajo —le recordó, visiblemente divertido.

El trabajo. ¿Cómo había conseguido escoger precisamente un tema del que Kathleen no quería hablar? Suspiró y retiró del arriate el tallo de una caléndula marchita.

—Me gusta el trabajo, pero... —aspiró hondo—. No creo que Ma esté contenta

conmigo.

—¿Cómo? Eso es imposible.

A Kathleen le gustó cómo lo dijo. Como si él intuyera que Kathleen siempre daría lo mejor de sí misma, aunque no la conociera.

—No, no lo es. Hay un hombre husmeando por allí. Ma no deja de mirarme como si fuera a echarse a llorar.

—Estoy seguro de que lo estás interpretando mal —dijo y subió las escaleras despacio—. Pa lleva un tiempo algo pachucho. Seguramente está preocupada por él.

—Espero que tengas razón.

Sorprendió tanto a Kathleen como a sí mismo al estirar la mano y tocarle el entrecejo con un dedo.

—Ahí está otra vez.

Ella se echó a reír.

—¿No te dijo tu madre nunca que si pones gestos así te puede dar un aire?

Él apartó la mano y Kathleen se frotó el punto con fuerza, hasta que notó que él se había vuelto a mirar el horizonte.

—¿He dicho algo malo?

Él se volvió a mirarla.

—Yo no tuve madre, Kathleen. La pobre murió cuando yo no era más que un niño, no mucho mayor que Jesse. Pero me hubiera gustado que me dijera cosas así. Sí, creo que me habría gustado tener una mamá.

Lo dijo con una especie de timidez, como avergonzado.

—Antes no me preocupaba tanto —dijo, dominando el impulso de acariciarle la mejilla tiernamente—. Pero cuando vino Mac empecé a sentirme muy responsable.

—Sé lo que sientes.

—Claro. ¿Qué tal duerme ahora Jesse?

—Intenté mantenerlo despierto un día. Ganó él.

Volvió la cabeza y a Kathleen le dio la impresión de que Evan quería preguntarle algo, pero se calló.

—¿Quieres sentarte aquí fuera y tomar un poco de agua de limón?

—Claro —contestó él—. Tienes un columpio en el porche. Yo siempre he querido sentarme en uno.

—¿Tú?

—¿Y por qué no?

—No lo sé. No tienes pinta de ser de los que les gustan los columpios de porche. Howard lo había sido.

—¿Y de qué tengo pinta?

Parecía un hombre que no se contentaría con estar demasiado tiempo sentado. Un hombre fuerte, duro, dinámico. Si lo sentaran tras una mesa un día entero, probablemente se volvería loco.

—No lo sé —mintió.

Fue a buscar el agua de limón y se sentó junto a él en el columpio. Estaban muy cerca; el hombro de Evan le rozaba el suyo.

La sensación que experimentó fue la que había intuido cuando lo había visto sin camisa. Musculoso, cálido; un hombro donde una mujer podría apoyar la cabeza mucho rato.

—¿Qué tal le ha ido hoy a Mac? —le preguntó.

De acuerdo, la cruda verdad era que ella era una solterona desgraciada, y le gustaba sentir el leve roce de su hombro. Y le gustaba mirarlo de reojo.

—Ha protestado y refunfuñado, pero algo menos que ayer. La verdad es que es un buen trabajador. Lo más gracioso es el cariño que le ha tomado Jesse. Y eso parece enternecer a Mac, aunque sea de mala gana.

—Ambos son dos niños sin madre.

—Mac te tiene a ti.

—Y Jesse a ti.

—Se iría contigo.

—De eso, nada.

—¿Por agua de limón y espaguetis? En un segundo.

Kathleen y Evan se echaron a reír, pero de pronto ella fue plenamente consciente de algo. Jesse lo tenía a él. Mac a ella. Si alguna vez se juntaban, esos chicos lo tendrían todo.

Juntarse. Qué ridiculez pensar siquiera en ello. Él era de esa clase de hombres que saldría con las mujeres que salían en las portadas de las revistas; bellas y sin miedo a mostrar el ombligo.

Y ella era del tipo de mujer que no salía con hombres. No debía. Era alérgica al amor.

¿Pero si lo hiciera, no sería otra vez con alguien como Howard, un tipo aburrido, calvo, enganchado a los ordenadores y que era capaz de recitar de memoria la relación de la empresa?

Decidió que prefería seguir virgen toda la vida.

—Kathleen, hay algo que llevo días intentando decirte.

Sintió que el corazón se le salía del pecho. ¡Iba a invitarla a salir! E iba a tener que decidir si aceptaría o no. Dos palabras bien sencillas.

De pronto, se dio cuenta que no se había sentido tan aturdida desde que Mark Morrison se había acercado a ella el día antes del baile de fin de curso.

—Esto, me preguntaba si...

—¿Sí? —le preguntó sin aliento.

—Me preguntaba si sabías algo sobre la educación de los esfínteres.

Ella lo miró. Muy bien. Así que ese era su destino. Porque Mark Morrison tampoco le había pedido que lo acompañara al baile del colegio. Le había pedido los apuntes de ciencias.

—¿Educación de los esfínteres? —repitió con perplejidad.

—No soy capaz de que Jesse lo consiga. Por eso lo llaman Calzoncillo Apestoso. A pesar de su decepción, Kathleen se echó a reír.

—Evan, tú estás solo. Mac se vino a vivir conmigo cuando tenía siete años. Me temo que la etapa más dura ya había pasado.

—¿Cómo fue a vivir contigo?

—Mi hermana murió. Tenía un tipo de cáncer extraño.

—Lo siento mucho.

—Yo también. Pero, al menos, tengo a Mac. Se parece mucho a su madre; también físicamente. Se ríe como ella...

—Jesse también se parece a su madre.

—Debió de ser muy bella.

Una sombra de tristeza le oscureció la mirada.

—Lo era. Era increíblemente hermosa.

—Mac me dijo que había sufrido un accidente de coche.

—Sí.

Kathleen notó que aquello seguía doliéndole, así que volvió al tema inicial.

—Lo siento, no puedo ayudarte con la educación de los esfínteres. ¿Hay alguna biblioteca por aquí? Estoy segura de que tendrá un libro...

—Tengo un libro. Tenía un libro. Me lo dejé en algún sitio. De todos modos, no me estaba sirviendo de nada. Quería hacer de la educación de los esfínteres algo divertido. Sí, qué divertido.

Kathleen volvió a reír.

¿Por qué Evan le hacía sentirse así? ¿Tan feliz? Tan viva.

—Ahora que lo dices, quizás eso no sea tan mala idea. Me acuerdo cuando Violet le quitó el biberón a Mac, organizó una pequeña fiesta para él, con globos, tarta y helado. Le dijo que estaban celebrando el que ya no fuera un bebé. Y, después de eso, guardó los biberones y la cuna y se acabó todo.

—¿Sí? —dijo Evan con esperanza.

—Totalmente. Lo pasamos muy bien.

—Yo podría hacer eso.

—Sí, podrías hacerlo.

—¿Vendrías? ¿Quiero decir, si lo hiciera?

—¿Qué quieres decir?

—Si diera una fiesta para que Jesse empezara a usar el orinal. ¿Vendría Mac y tú?

—Por supuesto que iríamos.

—¿Ir a dónde? —preguntó Mac que salía en ese momento de su cuarto; notó que Jesse le agarraba de la mano con fuerza y que en la otra llevaba uno de los muñecos de *La Guerra de las Galaxias* que Mac tanto codiciaba—. No se lo voy a regalar —dijo a la defensiva al ver que Kathleen lo estaba mirando—. Solo se lo he prestado.

—Mac pestado a Yoda —Jesse les confirmó con seriedad—. A su amigo Jesse.

—Gracias, Mac —dijo Evan.

—Podrías mostrarme tu gratitud y perdonarme el resto de los días de trabajo.

—Ni lo sueñes.

Mac sonrió incluso.

—Pero te invitaré a una fiesta.

—¿A una fiesta? ¿Qué clase de fiesta? —Mac preguntó con desconfianza.

—Una fiesta de despedida.

—¿De verdad? Espero que sea para nosotros.

—No, para Jesse. Va a decirle adiós a los pañales y al chupete.

—Una festa pada Jesse —dijo Jesse con los ojos muy abiertos—. ¡Con degalos!

—Ah, por supuesto —dijo Evan—. Regalos, tarta, helados y todo lo demás. Para celebrar que ya no eres un bebé.

—Sí. No puedo ser amigo de un bebé —dijo Mac.

—Zí —dijo Jesse.

Kathleen se echó a reír.

—¿Dónde y cuándo?

—Oh, Dios mío. En mi casa. Pero tengo que hacer algo con ella primero.

—Y que lo digas —dijo Mac entre dientes.

—Dadme un par de días.

—Qué optimista.

—Así que será el viernes. Te indicaré cómo llegar hasta allí. Tal vez puedas apartar unas cuantas cosas para la fiesta y cargarlas a mi cuenta en el Outpost. Y un regalo. ¿Mac, quieres descansar de la pala?

—Déjame adivinar. ¿Tengo que limpiarte la casa?

—Está chupado. Así no se te ensuciarán las zapatillas.

—Lo que sea. Tú eres el jefe.

Kathleen percibió el respeto en la voz de Mac y se quedó maravillada.

Evan miró el reloj.

—Tengo que irme. Gracias por el agua de limón, Kathleen —levantó en brazos a Jesse, se lo colocó en el hombro y salió al camino.

—Es la idea más tonta de todas las ideas tontas del mundo —dijo Mac, pero con tolerancia.

—¿Tan mal está su casa? —le preguntó Kathleen.

—Ya sabes, tía Kathy, es la casa de un hombre.

—No estoy segura de saberlo.

—Pues allí no se friegan los cacharros hasta que no se quedan sin ellos. Y todo lo que comen sale del congelador o de una lata. Las toallas del baño están llenas de manchas. Y cuando se te cae algo al suelo, no tienes que limpiarlo. Es estupendo.

—Ah.

—Ese Jesse es tan bobo que no sabía quién era Yoda.

—Menos mal que te tenía a ti para que se lo enseñaras —dijo Kathy con cara de

póquer.

—Tienes razón. ¿Hay papel de envolver en casa?

—¿Papel de envolver?

—Me encontré esos pósters que solía tener en mi cuarto. Los de Dumbo. Quizá le regale uno al niño. Le gustan las cosas de Dumbo.

Kathleen se sintió feliz mientras ayudaba a Mac a envolver sus viejos pósters para Jesse.

En los ratos libres en la tienda, sacó una pequeña colección de juguetes y eligió un volquete para Jesse de parte suya, y una hormigonera a juego, de parte de su padre. Metió en un paquete perritos calientes, bollos y patatas fritas, y lo guardó todo en el frigorífico.

—¿Dónde están los globos? —le preguntó preocupada a Ma Watson.

—¿Globos? Encima de las velas de cumpleaños. Solía tenerlos más abajo, pero no me gusta poner las cosas donde las vean los niños. Empiezan a molestar a sus padres para que se las compren.

—Creo que esa es la estrategia de las tiendas más grandes —le dijo Kathleen.

Por alguna razón, eso pareció molestar más a Mamá Watson.

—Oh —dijo—. Es horrible. Si alguna vez hacen eso en mi tienda, yo... —se detuvo y miró a Kathleen—. Oh, Dios mío —dijo—. Oh, Dios mío.

—¿Ma, qué ocurre? Siento como si no estuviera trabajando bien para usted. Si hay algo que deba cambiar, por favor, dígamelo.

Ma la miró como si fuera a decirle algo, pero debió de cambiar de opinión.

—Dime para qué necesitas los globos —dijo—. ¿Para una fiesta? ¿Va a dar Mac una fiesta de cumpleaños?

—No, todavía no. Evan va a dar una fiesta para su niño. Nos invitó a Mac y a mí a ir a su casa.

—Oh, eso es maravilloso. Evan y tú. Y Mac, por supuesto. Y Jesse. Pero el cumpleaños de Jesse no es hasta... julio, creo. No, ese es el otro Jesse. El de Jesse Atkins es en agosto.

—¿Se sabe las fechas de cumpleaños de toda la gente? —Kathleen le preguntó asombrada.

—Por supuesto —dijo con orgullo—. Sabes, la gente podría hacer las compras con mayor rapidez en Swift Current o Medicine Hat. Vienen aquí, porque los conocemos.

Kathleen sonrió.

—Por eso mismo quería mudarme yo a una ciudad pequeña.

Ma Watson la miró, bajó la cabeza y se echó a llorar. Kathleen la vio salir corriendo de la tienda y cerrar firmemente la puerta que unía el almacén con la vivienda de los Watson.

A la hora del cierre, Ma todavía no había vuelto. Pero como le había enseñado a cerrar y le había dado una llave, ella se encargó de hacerlo.

Le encantaba conducir hasta la granja de Evan, siendo el panorama tan distinto al paisaje oceánico y montañoso de Vancouver. Pero no olvidaba la consternación que le había producido la reacción de Ma.

Evan salió a recibirla.

—¿Qué ocurre? —le preguntó mientras le quitaba los paquetes de las manos.

—¿Qué te hace pensar que ocurre algo?

—Tu arruga del entrecejo está como el Gran Cañón en este momento.

Con inquietud, le dijo a Evan lo que había pasado.

Notó que, a pesar de sentirse triste, no se le escapó el modo en que se le marcaban los músculos al levantar las bolsas de comida. Kathleen miró a su alrededor y vio un grupo de edificios blancos rodeados de extensos pastos verdes.

—Me encanta tu granja —dijo.

—¿Así que Ma estaba hablando de cumpleaños y de repente se puso a llorar?

—Sí. Me siento fatal, Evan. Sé que se arrepiente de haberme contratado.

—Kathleen, lo estás interpretando mal, estoy seguro. Creo que Pa Watson debe de haberse puesto peor. Ma no pertenece a una generación de mujeres que hablen de lo que sienten. Seguramente, eso la estará agobiando. Me apuesto a que el médico les dijo que no esperaran poder celebrar otro cumpleaños, o algo así.

—No lo creo.

—De acuerdo. Si te hace sentirte mejor, me pararé a hablar con ella cuando deje a Mac mañana. Me conoce desde que era pequeño. Quizá me diga lo que ocurre.

—Gracias, Evan.

—No hay problema. Ahora, ánimo.

Al ver su sonrisa, Kathleen se sintió más tranquila. Dios mío, aquel hombre le hacía sentir cosas tan sorprendentes...

Miró de nuevo a su alrededor; el paisaje era casi lunar. La tierra se ondulaba suavemente, cubierta de pasto, pero no había un árbol a la vista.

—¿Lo encuentras deprimente? —le preguntó él.

—¿El paisaje? —dijo sorprendida—. En absoluto. La verdad es que a su manera me parece muy bonito.

—¿Y qué manera es esa?

—Es como si nadie lo hubiera echado a perder. Lo más seguro es que hace cientos de años esto estaría igual que ahora. Seguro que los indios perseguían búfalos a caballo por estas praderas.

Entonces, Evan le habló sobre las tierras de pastoreo centenarias donde estaban en ese momento.

—La mayor parte de estas tierras no ha visto nunca un arado. Son pastos, y la verdad es que no demasiado buenos. Pero a mí me gusta. Es grande y salvaje, y me gusta.

Al entrar en su casa, Kathleen entendió inmediatamente lo que Mac le había querido decir con «la casa de un hombre». Aunque se notaba que habían limpiado un

poco recientemente, Kathleen entendió que la casa no era una de las prioridades de Evan. Y Kathleen sintió lástima de él y de su niño. Era como si a aquella casa le faltara un toque suave, alguien que se ocupara de ella, o el olor a pan o a galletas recién hechas. Y así era como Evan parecía estar también; como si bajo toda aquella fuerza, toda aquella virilidad, necesitara un poco de suavidad.

Mac y Jesse estaban jugando con un fuerte en el salón. Habían utilizado los cojines del sofá y unas mantas y sillas de la cocina para construirse una tienda y unos cuantos túneles.

Eso le hizo pensar que Mac estaba en una etapa extraña, entre la niñez y la adolescencia.

—No me lo estoy pasando bien —le dijo cuando salió a gatas de debajo de una manta—. Evan me dijo que podía dejar de trabajar algo más temprano hoy si cuidaba del señor Apestoso. Le gustan los fuertes, ¿a que sí, señor Apestoso?

—¡Mac, no le llames eso!

—¡Tía Kathy, pero si a él le gusta!

Entonces, se llevó los labios al brazo y empezó a hacer pedorretas, como burlándose de Jesse.

—¡Mac!

Pero Evan le agarró del brazo y negó con la cabeza. Ella miró hacia donde él le indicaba y vio a Jesse desternillándose de risa en el suelo, agarrándose el estómago. En ese momento, miró a Evan y vio lo sorprendido que estaba.

Con tristeza, pensó que probablemente el pequeño Jesse no solía reírse lo suficiente.

—¿Cómo te gusta el perrito caliente? Poco hecho, normal o muy hecho.

—Normal.

—Vaya, eso es lo más difícil.

Evan salió fuera, donde Kathleen vio que había encendido una barbacoa.

Kathleen se dio una vuelta por la casa, mirándolo todo con curiosidad disimulada. Estaba extrañada. ¿No era allí donde Evan había vivido con su esposa? Si así había sido, toda señal de su presencia había desaparecido.

No había ningún cuadro, ningún toque femenino.

Mac asomó la cabeza y dijo:

—La decoración es nula.

—Me has adivinado el pensamiento.

Mac se echó a reír y volvió a esconder la cabeza bajo las mantas. Los gritos y risas de los dos niños se filtraban suavizados a través de las mantas. Kathleen se dio cuenta de que no había oído a Mac reír con tantas ganas desde hacía tiempo y, también, que lo había echado de menos muchísimo. Agarró una silla y se sentó a oírles reír, utilizando sus risas como terapia para aliviar la preocupación que le había producido Mamá Watson.

Pasado un rato Evan entró y los llamó para que se sentaran a la mesa.

Comieron perritos calientes ligeramente tostados. A Jesse tuvieron que ponerle la mostaza igual que a Mac. Este contó un montón de chistes malos y Jesse se desternilló de risa. A Kathleen le hizo gracia la reacción de Jesse y se echó a reír por eso y por lo a gusto que se sentía allí, con los niños riéndose y Evan sonriendo, claramente disfrutando de ver a su hijo y a Mac tan contentos.

Al final tomaron tarta y helado, y Evan colocó una única vela sobre la tarta.

—Sóplala, Jesse —le dijo—. Adiós a los pañales.

Todos le aplaudieron y vitorearon cuando la apagó.

Evan volvió a encenderla.

—¡Adiós al chupete!

Jesse no pareció tener eso tan claro, pero volvió a soplar. Abrió sus regalos, e inspeccionó los camiones de juguete nuevos con solemnidad. Pero los pósters de Mac fueron los que le llegaron al corazón y le hicieron sonreír.

—Mañana te ayudaré a colgarlos —le dijo Mac bruscamente.

Después, todos salieron fuera y Jesse tiró el chupete y el pañal a la pequeña hoguera que había construido su padre. Luego, Mac le enseñó los terneros que habían sido recientemente separados de su madre y le dijo que una de sus tareas era alimentarlos. Los terneros asociaban a Mac con la comida, porque fueron corriendo hacia ellos cuando el niño se acercó a la valla.

Mac pareció complacido por ello.

Cuando el sol se fue ocultando, empezó a refrescar, y Evan le sugirió a Kathleen que entraran en la casa con Jesse. Mac y él harían unas cuantas tareas pendientes.

—Solo nos llevará un momento.

Kathleen estaba fregando los cacharros y Jesse estaba subido a una silla jugando con la espuma, cuando sonó el teléfono. Kathleen vaciló, pero al momento fue a contestar.

—Está fuera trabajando... Esto, espere, creo que le oigo venir. Evan, al teléfono.

Enseguida Kathleen notó que algo iba mal. Se volvió de espaldas a ella y su conversación fue breve y monosilábica. Finalmente, dijo:

—Mire, ahora tengo visita. ¿Podríamos hablar de esto en otro momento? ¿Cómo dice? ¿Que es una mujer? Creo que sabe que es una mujer. Ella fue la que contestó el maldito teléfono —escuchó un momento y luego continuó en tono bajo pero enfadado—. ¿Quiere saber algo? Es una prostituta que ha venido desde Vancouver. Estamos celebrando una orgía. Dejo que los perros laven los platos y que Jesse juegue con alambres, porque soy demasiado malo para comprarle juguetes. ¿Lo entiende?

Colgó el teléfono bruscamente y se quedó de espaldas un momento. Entonces, se volvió hacia ella despacio.

—Lo siento. He perdido los estribos. Jamás debería haber dicho eso.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Una prostituta? —susurró finalmente—. ¿Yo?

—Lo siento. Ha sido una cosa muy fea. A veces digo tonterías; es un defecto que tengo. En realidad no me va a servir de mucho ante un tribunal.

—¿En un tribunal? ¿Quién era?

—Los abuelos de Jesse, los padres de Dee. Lllaman de vez en cuando y me acusan de ser un mal padre. Creen que no lo alimento bien, que no lo lavo y que no me ocupo de él correctamente, porque piensan que tengo la casa llena de mujeres y que me paso el día dando fiestas.

—Bueno. Hoy hemos dado una fiesta. Pero de despedida de los pañales y el chupete.

Él intentó sonreír, pero no lo logró del todo.

—Han solicitado que me hagan una inspección de la casa, previa a emprender acciones legales contra mí para conseguir la custodia de Jesse.

Kathleen se quedó helada.

—¡Evan! No tienen nada que hacer.

Él empezó a girar los hombros, como si quisiera quitarse aquel peso de encima. Kathleen sintió deseos de frotárselos para aliviarlo.

—Ya me han dicho lo mismo antes. No estoy del todo exento de culpa. Cuando conocí a Dee, no era precisamente un marido ideal a los ojos de sus padres. Pero no quieren creer que he cambiado, y no tengo ni tiempo ni ganas de convencerlos.

—¿Tienes un abogado?

—Sí. Dice que mientras me porte bien no debería haber ningún problema.

—¿Debería? —susurró Kathleen.

—Tendría más seguridad si estuviera casado.

—Eso no es justo.

Él sonrió, pero con cinismo.

—¿Y quién espera que la vida sea justa?

El teléfono volvió a sonar. Evan cerró los ojos y respiró hondo.

—Se les ha olvidado decirme que ojalá hubiera sido yo el accidentado en lugar de su hija —dijo, antes de descolgar el teléfono—. ¿Diga? —enseguida cambió de tono—. ¿Ma? ¿Sí? —escuchó y le volvió la espalda de nuevo—. Sí, vale —dijo y colgó.

Se quedó quieto un buen rato antes de volverse hacia ella.

—La fiesta ha resultado ser un fracaso —le dijo—. Era Ma Watson.

Kathleen sintió que el miedo se apoderaba de ella.

—¿Y bien?

—Sabía que estabas aquí. No quería que estuvieras sola cuando te enteraras.

—¿De qué?

—Han vendido la tienda. Han cerrado el trato hace unos minutos. No lo tenían planeado ni nada. Ha sido un comprador que se interesó por el local el año pasado y ha vuelto.

Mac entró con Jesse de la mano. El niño tenía una mancha oscura en el pantalón.

—Intenté decirlos que esta era la idea más tonta de todas —dijo Mac mirando a

Evan y a Kathleen—. ¿Qué pasa?

—Han vendido la tienda —dijo Kathleen.

—¿Donde tú trabajas? —le preguntó Mac.

—Sí.

—¿Eso quiere decir que te has quedado sin trabajo?

Kathleen miró a Evan.

—Han querido avisarte con un mes de antelación. Dice que puedes quedarte en la casa todo el tiempo que necesites. Te pagarán el viaje de vuelta a Vancouver.

—¡Viva! —gritó Mac.

Kathleen se volvió. Sintió que Evan le ponía la mano en el hombro y lo miró. Estaba preocupado por ella.

Kathleen intentó sonreír. Él ya tenía bastante en esos momentos.

—Te dije que a mí siempre se me torcían las cosas —dijo.

Capítulo 5

KATHLEEN salió de un sueño profundo y buscó a tientas el teléfono.

—¿Diga? —preguntó medio adormilada.

—Hola.

—¿Evan? —se despabiló un poco y miró el reloj; eran poco más de las dos de la madrugada.

—Siento despertarte. Tengo un pequeño problema.

Ella también. Le parecía un sueño despertarse oyendo su voz, y no sabía si estaba dormida o despierta.

—¿Cuál?

Evan retiró un poco el teléfono de la oreja para que Kathleen pudiera oír a Jesse gritando en el fondo.

—Oh, Dios mío —dijo, despertándose del todo en un segundo—. ¿Qué diantres... ?

—¿Recuerdas la quema ceremonial del chupete? Pues parece que no fue una idea tan buena.

—¿Está gritando así por el chupete? Parece como si...

—Lo sé, como si lo estuviera matando. Si tuviera vecinos, la policía ya estaría aquí. Me esposarían y llevarían a la comisaría. Y eso no quedaría demasiado bien en un juicio.

—Tardarían dos horas en llegar —le recordó.

—Eso quiere decir que habrían llegado aquí hace hora y media.

—Oh, Evan.

—Voy a pedirte que me hagas el favor más grande de mi vida. Jamás volveré a pedirte nada.

—¿El qué?

—¿Tienes una llave del Outpost? ¿Podría entrar y comprar un chupete? No he querido molestar a Ma. Pa está malo y ella parecía muy cansada cuando me llamó antes.

—¿Cómo no voy a hacerlo? ¿Quieres que quedemos allí? ¿Te parece dentro de media hora?

—Estoy seguro de que podré llegar en veinte minutos.

—Evan, tengo que decirte algo.

—¿Que te debo la vida?

—Aparte de eso.

—¿Quieres a mi primogénito? Llévatelo.

A Kathleen le gustó su tono de voz y se acurrucó un poco más en la cama para saborear las sensaciones que le producía. Le pareció muy sensual estar hablando por teléfono a mitad de la noche con el hombre más guapo de Hopkins Gulch. Y como muy pronto se marcharían de allí, no resultaba peligroso.

—Quiero que sepas —dijo con firmeza—, que todo te va salir bien cuando llegue el momento de ir a juicio. Creo que eres el mejor papá del mundo.

No habría sido capaz de decírselo a la cara, ni tampoco si fuera a quedarse en Hopkins Gulch, pero el teléfono le daba una extraña confianza en sí misma, una sensación de intimidad que no quería abandonar.

Menuda solterona ridícula que estaba hecha.

Se dijo que él no estaría disfrutando de aquel momento tanto como ella, puesto que no estaba en la cama y, además, tenía un niño de tres años berreando sin parar.

Se hizo un breve silencio al otro lado de la línea y, entonces, Evan le dijo:

—Eso es lo más amable que me han dicho nunca, Kathleen. Te recogeré dentro de veinte minutos.

Veinte minutos no era suficiente para que una mujer de casi treinta y cinco años se preparara para nada. Se tuvo que contentar con cepillarse el pelo, lavarse la cara y los dientes. Se puso una sudadera y unos pantalones de chándal sobre el pijama de muñecos y salió de casa.

No estaba segura de haber visto alguna vez una noche tan mágica como aquella; las estrellas en Vancouver competían con todas las demás luces, perdidas en algún lugar. Pero allí el universo parecía enorme y las estrellas brillaban con fuerza. Eso le hizo pensar en cosas importantes.

—¿Habrá algún plan para mí? —susurró al cielo nocturno—. Todo parece ser tan complicado.

Una estrella titiló, como si le guiñara un ojo, y Kathleen sintió que a pesar de lo evidente, todo saldría bien.

La camioneta se detuvo delante de la casa y Kathleen caminó a paso ligero camino abajo. Oyó a Jesse antes de llegar a la camioneta.

Evan estiró el brazo y le abrió la puerta, y entonces el llanto de Jesse alcanzó un volumen insoportable.

—No sé cómo puedes soportarlo —dijo Kathleen al entrar—. ¿Cómo has podido conducir hasta aquí sin tener un accidente?

Evan llevaba puesta una cazadora tejana que le quedaba como un guante y le marcaba las rectas y curvas de su torso perfecto, dándole el aspecto de un auténtico vaquero... Atractivo, duro, misterioso. Entonces notó que tenía el flequillo de punta, como si se hubiera pasado la mano muchas veces, y la imagen del vaquero fue sustituida por la de un joven padre, frustrado y exhausto.

Kathleen miró a Jesse. Tenía la cara lívida y agitaba los brazos y las piernas frenéticamente. Kathleen se arrodilló en su asiento y se volvió hacia atrás. Le desató las correas que lo ataban y lo tomó entre sus brazos.

—No pasa nada —le dijo—. Jesse, vamos a ir a la tienda a por un chupete para ti.

Se volvió, lo abrazó y lo acunó suavemente; le habló muy bajito, aunque no era probable que él la oyera.

Al menos, dejó de agitarse. Se agarró a su camisa con una de sus manitas y gritó

con la cara pegada a su pecho.

Kathleen miró las estrellas por la ventanilla de la camioneta. Eran tan bellas. Sin saber por qué se sintió bien, allí sentada en la camioneta de aquel hombre tan apuesto en medio de la noche. Ni siquiera le importaron los gritos de Jesse. Era gracias a él que estaba viviendo ese momento, que podía admirar el cielo estrellado. No había estado levantada a esa hora de la noche desde que era una adolescente.

Sintió una valentía que no podría haber sentido en plena luz del día; quizá fuera porque sabía que su estancia allí estaba tocando a su fin.

—¿No crees que hace una noche preciosa?

Evan no dijo nada.

—Esas noches —dijo en voz baja mientras Jesse seguía desgañitándose— en la que uno podría creer en todas las cosas en las que no ha creído antes.

Silencio. Evan metió la marcha y avanzó.

—Esas noches que podrían hacer que alguien creyera en príncipes, zapatos de cristal y besos a media noche.

Bajó la cabeza, sin a penas poder dar crédito a sus palabras, mortificada. Había un niño gritando como un loco y ella se ponía a decir cosas románticas. ¡Algo que se había negado a sí misma para siempre!

Cuando Evan permaneció en silencio, ella se miró los pies, debatiéndose entre abrir la puerta de la camioneta y bajarse para salvar su dignidad.

De pronto, Evan le tocó en el hombro. En la otra mano tenía dos pequeños cilindros de gomaespuma. Evan le señaló las orejas y le invitó a ponérselos.

—No se oye nada —gritó.

Kathleen los tomó y se los puso.

Llegaron a la tienda de Ma unos minutos después.

—Dame la llave —le dijo a Kathleen.

—Déjalo. Yo entraré.

—¿Después de lo que te dije de que aquí tienen un rifle detrás de la puerta? Yo lo haré.

Kathleen le dio la llave.

—Los artículos para bebés están...

—Me he pasado horas en el pasillo donde están los artículos para bebés en estos últimos tres meses. Dejaré un par de dólares sobre el mostrador.

—Estoy seguro de que podré confiar en ti —acarició los rizos sudorosos de Jesse; el niño no había dejado de llorar, pero gritaba menos.

Evan cerró la puerta y a los tres minutos estaba de vuelta. Sacó el chupete del envoltorio a toda velocidad y se lo metió a Jesse en la boca. El silencio fue tan repentino y total que Kathleen podía oír hasta su propia respiración. Evan apoyó la cabeza sobre el volante.

—Al pasar he tirado algo al suelo. Espero no haber despertado a Ma.

—De haberlo hecho, tendrías el trasero lleno de plomo.

Jesse la observó con los ojos muy abiertos, succionando con impetuosidad. Entonces cerró los ojos, los volvió a abrir y después los volvió a cerrar.

—Se va a dormir —dijo Evan, y se quitó los tapones de los oídos.

Ella hizo lo mismo mientras miraba a Jesse. El niño seguía chupando con ansia, pero tenía los ojos cerrados.

—Mira qué estrellas hay esta noche —dijo Evan, como si las acabara de ver.

Ella no dijo nada.

—Le hacen a uno creer en cosas grandes y bellas.

Se quedaron en silencio; Evan no hizo ademán de encender el motor.

—¿Te acuerdas que he dicho que no volvería a pedirte nada? —dijo Evan.

—Sí.

—Pues mentí.

—¿Y bien? —preguntó divertida—. ¿Qué más me vas a pedir? Si son pañales, vamos a por ellos ahora, antes de que me vuelva a dormir.

—No es eso.

—¿Entonces?

Él negó con la cabeza.

—Debería irme a casa y dormir un poco. Llevo veinticuatro horas despierto. Debería sentirme fatal.

—¿Y no es así?

—No.

Evan respiró hondo. Lo mejor sería volver a casa y pensar lo que iba a decir antes de soltarlo así de pronto. Si lo hiciera, a lo mejor después se arrepentiría.

Esa era la historia de su vida.

Pero el ambiente era tan mágico en ese momento. Las estrellas, el silencio, Kathleen a su lado con el cabello suelto y un trozo de cuello del pijama asomándole por el escote de pico de la sudadera. Con su hijo Jesse tan tranquilo y relajado entre sus brazos y el modo tan tierno en que Kathleen lo miraba, le hacía parecer una madona.

Ella olía a gloria.

Evan sabía que él no. Y mejor. Así no se movería de . aquel lado de la camioneta, que era donde debía quedarse.

—Deberías dejarte el pelo suelto más a menudo.

—¿Era eso lo que ibas a pedirme? ¿Que me dejara el pelo suelto?

—No —arrancó el motor.

El corazón le latía muy deprisa. Jamás se había sentido tan nervioso con ese tipo de cosas. En realidad, en el pasado nunca le había importado si alguien le decía que no. Después de todo, siempre había habido muchas mujeres.

—Quiero estar contigo. Solo contigo. Sin Mac y sin Jesse.

No era que hubiera bajado la guardia, sino que no tenía fuerzas para controlar sus sentimientos.

—Quiero verte. No como tía de Mac. ¿Me entiendes?

—Creo que sí.

—Que salgamos juntos como hacen los hombres y las mujeres.

Ella parecía horrorizada, como si le hubiera propuesto saltar de un avión sin paracaídas.

—Soy mucho mayor que tú —dijo, pasado un momento.

—Sé que eres un poco mayor que yo.

—Y no salgo con hombres.

—Eso también lo sé.

—¿Entonces por qué me estás pidiendo esto?

—Porque estoy agotado, porque el cielo está cuajado de estrellas y porque me acabas de salvar la vida.

—Ah —dijo con alivio—. Porque me debes una.

—No —contestó él.

Ella se volvió a mirarlo con ojos brillantes, muy abiertos; el cabello le caía como una cortina de seda sobre el hombro y su rostro estaba lleno de ternura e incertidumbre.

—Porque eres la mujer más bella que he visto en mi vida.

Evan no podía creer que le hubiera dicho eso. Ella volvió la cabeza rápidamente y él pensó que quizá se le estuviera escapando alguna lagrima. Se inclinó hacia delante y le agarró la barbilla para verla mejor.

—Tienes los ojos demasiado brillantes.

—Sabes que no estoy llorando. Y yo no salgo... No puedo.

—Haz una excepción. Sé que no estarás aquí mucho tiempo.

—¿Y qué haremos con los chicos?

Evan se animó al oír la pregunta; al menos no le había dado un no rotundo.

—¿Atarlos y soltar un par de serpientes de cascabel para que se los coman? —dijo en tono esperanzador.

—¿Tienes otro plan?

—¿Para la cita o para los niños?

—Para los niños.

—¿Qué te parece Ma Watson? —dijo, más animado a cada segundo que pasaba.

Ella aspiró temblorosamente, como si estuviera de pie sobre un trampolín muy alto.

—Se lo preguntaré mañana.

—Aprovecha que se siente culpable.

—Evan, no será esto el principio de un fracaso, ¿verdad?

—No lo creo. Tengo esperanza de que no sea así. Solo somos dos personas que necesitamos darnos un respiro de nuestros chicos. ¿Cuándo fue la última vez que te diste un respiro de ese tipo?

—Hace mucho tiempo.

—Pregúntale si podría ser mañana por la noche.

—De acuerdo. Sabes —dijo ella—, para ser una mujer que no salgo con hombres, me he rendido con demasiada facilidad.

—Gracias a Dios. Estoy demasiado cansado como para pelear para que me des una cita. Quiero decir, si hubiera tenido que hacerlo lo habría hecho, pero te agradezco que no me hayas obligado a hacerlo.

—¿Discutirías conmigo por una cita?

—Por supuesto. Y ganaría.

—Evan —de repente se puso seria y lo miró atemorizada—. No. No puedo. He cambiado de opinión. Quiero decir, soy demasiado mayor para quedarme toda la noche despierta preguntándome si tendría que darte un beso de despedida después de la cita.

—Si me lo das, no sería por obligación.

Ella se quedó boquiabierta. Le pasó a Jesse y forcejeó con la palanca intentando abrir la puerta lo más rápidamente posible. Al hacerlo, estuvo a punto de caerse hacia atrás.

—Hasta mañana por la noche —le dijo él antes de cerrar ella la puerta y salir pitando.

Metió la marcha y se perdió en la oscuridad.

Vaya. Se había atrevido a hacerlo. Las tres horas seguidas de llanto de su hijo le habían hecho bajar la guardia.

Pero lo cierto era que no había pensado en otra cosa desde el momento en el que Ma le había llamado y le había dicho que Kathleen no podría seguir trabajando.

Que se tendría que marchar. ¿Qué tenía de malo intentar aliviar un poco su ansiedad? ¿Ayudarla a no pensar en los problemas que parecían multiplicársele?

Eso era todo. De pronto, se había vuelto altruista. La invitaría a cenar y después al cine. Después de todo, él quería convertirse en un caballero.

¿Pero qué era aquello que sentía en el pecho? ¿Qué significaba aquella alegría repentina?

Kathleen se miró al espejo otra vez. Había oído el motor de la camioneta deteniéndose delante de su casa, pero tenía miedo de salir. Llevaba puesta una preciosa blusa de seda blanca hecha a medida y unos pantalones grises, el décimo conjunto que se había probado.

Le hacía parecer mayor y aburrida, y lista para ir a la oficina.

Deseaba poder ponerse uno de esos tops tan bonitos con los que se enseñaba el ombligo, pero ese tipo de cosas ya no le pegaba. Y ni siquiera había tenido un bebé a quien echarle la culpa.

Se oyeron unos golpes a la puerta, pero Kathleen no se movió. Se había dejado el pelo suelto, pero de repente pensó que le quedaba fatal. Como si intentara parecer

más joven de lo que era.

Echó la cabeza hacia delante y se recogió el pelo a toda prisa. Evan volvió a llamar a la puerta.

Si no contestaba, con un poco de suerte, se largaría.

Estaba tan emocionada que apenas podía respirar. Pero en realidad era demasiado mayor para esas cosas. Por ello, todos esos años se había escudado en la responsabilidad que tenía hacia Mac.

Mac, que se había ido hacía media hora a casa de Ma Watson con un ataque de rabia.

Pum, pum, pum.

Kathleen se limpió el carmín de los labios a toda prisa y se sentó en el borde de su cama. Cerró los ojos y rezó para que se marchara.

—¿Kathleen?

Ella se asustó, abrió los ojos y soltó un gritito de pánico y consternación. Evan estaba a la puerta de su dormitorio, mirándola.

—¿Cómo has entrado?

—Abrí la puerta y entré. Pensé que quizá no me hubieras oído llamar. O que tal vez estuvieras en el sótano, muriéndote por la mordedura de una serpiente.

Kathleen lo miró enfadada.

Él se acercó y se sentó en la cama junto a ella. La rozó levemente con el muslo. Kathleen se apartó inmediatamente.

—Te arrepientes de haber aceptado, ¿verdad? —le preguntó en tono bajo.

—¿Cómo lo has adivinado?

Le pasó un dedo por la frente.

—Se te nota en la cara.

—¿Te arrepientes tú de habérmelo pedido?

—No.

—Evan, sencillamente no sé lo que hacer. No sé qué ponerme ni qué decir. Ni siquiera soy capaz de pintarme los labios. Lo odio. Es como si no supiera quién soy. Estoy tan nerviosa.

—Yo no doy tanto miedo.

—¡Sí que lo das!

—¿En qué sentido?

Se quedó callada.

—¿En qué sentido? —volvió a preguntarle.

—Eres muy guapo —dijo por fin.

Él silbó.

—¿Y tú no?

—Lo siento, pero no hay ni punto de comparación.

—Eso es totalmente falso.

—Bueno, tú eres muy apuesto —dijo de nuevo, como si fuera algo legítimo que

esgrimir contra él.

—Bueno, no lo puedo evitar. Nací así.

—Y eres demasiado joven para mí.

—¿No hemos hablado ya de esto?

Ella no dijo nada.

—¿Puedo decirte una cosa? —le dijo en tono bajo, pero firme.

—Si no hay otro remedio.

—En este momento, no te estás comportando como una persona de tu edad.

—¿Y cómo me estoy comportando? Si me dices que como una chica de trece años, me encerraré en el cuarto de baño.

—¿Qué te parece de dieciséis?

—¿No te das cuenta de por qué esto no puede funcionar?

—Tú no sabes lo que yo siento.

—No te sientes como si tuvieras dieciséis.

—Diecisiete, entonces. Estoy asustado. Y tampoco sé qué decir. Me preocupa que pienses que soy un paleta de pueblo —la miró con intensidad—. Me preocupa meter la pata y utilizar el tenedor equivocado durante la cena —le dijo, buscó su mano y se la agarró—. Y que pienses que no voy vestido adecuadamente.

Kathleen se dejó dar la mano y miró cómo iba vestido. Pantalones vaqueros planchados, una camisa vaquera abotonada hasta arriba, un par de botas relucientes y el cabello bien peinado.

—Oh, Evan, estás guapísimo. Como si pudiera ser de otra manera.

—Me preocupa pedir algo que tenga ajo y que después no quieras que te dé un beso de despedida— ella sonrió. Aquel hombre le gustaba. Quizá fuera por eso por lo que tenía tanto miedo.

—¿Entonces, podemos irnos ahora? ¿Ya que hemos reconocido que estamos los dos muertos de miedo?

Ella respiró hondo.

—De acuerdo. ¿Adonde vamos?

—A Medicine Hat. ¿Podrás enseñarme qué tenedor debo usar?

—¿Qué te hace pensar que yo lo sé?

Él la miró.

—Sé que lo sabes.

—¿De qué vamos a hablar?

—Me vas a contar cómo es Vancouver. Puedes hablarme de tus vacaciones favoritas, o del sabor de helado que más te gusta.

—Eso me llevará unos cinco o diez segundos.

—Entonces, podrás contarme lo que piensas que vas a hacer dentro de un mes.

—Otros diez segundos. ¿Y tú qué me vas a contar?

—Disiparé la aureola de romanticismo que rodea al vaquero de rodeos compartiendo contigo los momentos más importantes de mi breve carrera como

cabalgador de toros. Eso me llevará otros diez segundos o más.

—¿Has sido un jinete de rodeo? ¿Has montado toros? ¿De verdad?

Sin soltarle la mano se puso de pie y tiró de ella. En tono suave, empezó a hablarle de un toro bravo y enorme de ojos rojos y malvados mientras la conducía hacia la puerta. Antes de salir, le sacó un suéter del armario y se lo echó por los hombros.

—No me creo que el nombre del toro fuera señor Calzoncillo Apestoso. ¿Por qué me tomas? ¿Por una chica de ciudad?

—Pues se llamaba así. Bueno, quizá solo Apestoso. Y, desde luego, lo merecía. Mató a tres o cuatro vaqueros antes de montarlo yo.

—No me digas —Evan le abrió la puerta de la camioneta y ella se sentó; entonces, Kathleen vio que también había llevado a Jesse a casa de Ma.

Dio la vuelta a la camioneta, se metió, arrancó el motor y dio unas palmadas en el asiento que estaba junto a él. Kathleen se mudó de sitio despacio, hasta que su hombro rozaba el de Evan.

—Pues sí. A uno lo destripó. A otro lo pateó y se cayó sobre un tercero. El último murió de miedo.

La camioneta avanzó.

—Gracias —le susurró.

—¿Gracias por qué?

—Por hacerme sentirme más de lo que soy.

—Kathleen Miles, un simple vaquero como yo no podría hacer eso.

—No eres un simple vaquero, Evan.

—¿No?

—Creo que eres todo un caballero.

—¿Has estado hablando con Ma Watson? —le preguntó en tono sospechoso.

—¿Sobre caballeros? —le dijo con incredulidad—. No.

—Bueno —dijo más tranquilo—. Ahora las reglas para la velada de hoy.

—¿Reglas?

—Sí. Prohibido hablar de los chicos. Ni una palabra.

—De acuerdo.

—Y no quiero que te preocupes por nada en absoluto.

—Vale.

—¿Bueno, por dónde iba? Ah, sí, ese toro tenía fuego en la mirada.

Estaban ya a mitad de camino a Medicine Hat cuando terminó la historia. Una historia que a Kathleen le dijo mucho sobre la vida de un jinete de rodeo. Terminó concluyendo que, con un poco de suerte, se comerían a aquel toro bravo para cenar.

—Te toca a ti —dijo Evan.

—¿Después de eso? Creo que no lo entiendes, Evan. Soy aburrida.

—No, eres tú la que no lo entiendes, Kathleen. No lo eres.

—Bueno, no se me ocurre nada interesante que contarte.

—Pues empieza con esto... Cuando era pequeña lo que más me gustaba hacer era...

—Cuando era pequeña lo que más me gustaba hacer era ir al Acuario de Vancouver.

—¿De verdad? Mira, eso es algo que siempre he deseado hacer. Cuenta, cuenta. Y fue así de fácil.

La cena fue maravillosa. Evan estuvo encantador y divertido, además de muy humilde sobre la falta de etiqueta que a los ojos de Kathleen le hacía tan atractivo, tan real.

Ella pidió una ensalada con gambas, y él le tomó el pelo por el ajo.

—Hola, Evan.

Kathleen alzó la cabeza. Delante tenían a una mujer increíblemente bella, vestida con un traje de blusa y falda corta azul eléctrico. Llevaba un corte de pelo muy estiloso e iba maquillada a la perfección. El carmín rojo intenso le sentaba de maravilla.

—¡Mary Anne! Hola. Pero tú no tienes licencia para practicar en esta provincia, ¿verdad?

—Depende de lo que esté practicando —dijo, volviendo la cabeza hacia su mesa, donde estaba sentado un hombre de aspecto distinguido vestido de traje—. La abogacía, no.

—Kathleen, esta es mi abogado, Mary Anne Grey.

—Hola, Kathleen. Encantada de conocerte. Mira, Evan, odio trabajar cuando no puedo enviarte una factura, pero esta misma tarde he recibido un fax del abogado de tus suegros —miró a Kathleen, vaciló un instante y después se volvió hacia él—. Tienen intención de ponerte las cosas difíciles.

—Mi vida siempre ha sido un poco difícil.

—Quieren que el tribunal ordene una inspección del hogar donde convives con Jesse.

—Ya me he enterado.

—Se supone que tienes que contarme estas cosas nada más enterarte de ellas.

—Pero, entonces, me pasarás factura —se burló.

Kathleen vio cómo la fría disposición de la abogada se transformaba en claro afecto hacia Evan.

—Espero que, si los ignoro, me dejen en paz. Mira, Kathleen y yo hemos hecho un pacto de no hablar de nada que nos preocupe esta noche. ¿Puedo llamarte dentro de unos días?

La abogada se volvió y miró a Kathleen pensativamente.

—¿Quieres un consejo gratis, vaquero?

—¿Es esta una primicia?

—Probablemente —se volvió hacia él.

—De acuerdo. Aconséjame.

—Cásate con ella —le guiñó un ojo y se marchó.

Evan se quedó mirando al plato y Kathleen al suyo. Ella se atrevió a mirarlo, y él hizo lo mismo.

—Como si una señorita como tú quisiera casarse con un tipo como yo —comentó.

—¿Quieres decir con un caballero? —preguntó, y seguidamente dijo algo que le salió del alma—. Yo lo haría.

Y entonces, se puso tan colorada que pensó que iba a tener que pedirle un par de trozos de hielo al camarero para refrescarse las mejillas.

—Si me lo pidieran como es debido —dijo, intentando quitarle importancia al asunto—. ¿Te he hablado de Whistler?

Él negó con la cabeza, totalmente perplejo.

—Es mi segundo lugar favorito. Me encanta esquiar pendiente abajo. ¿Sabes esquiar?

—¿En Saskatchewan? —preguntó.

Pero estaba claro que estaba pensando en otra cosa, y Kathleen supo que había conseguido fastidiar la velada.

Capítulo 6

MARY Anne y su galán los invitaron a una copa después de cenar. Mary Anne estaba cada vez menos inhibida. Evan bebía Pepsi mientras pensaba que el pretendiente de Mary Anne parecía el tipo de hombre que Kathleen merecía.

Un empresario rico y con estilo; dueño de una empresa de ordenadores.

Probablemente sabría cómo pedir en matrimonio debidamente, algo sobre lo que Evan no había dejado de pensar desde que había salido de los labios de Kathleen.

¿Pero qué se creía? Kathleen lo había dicho al buen tuntún. Por amor de Dios, no había sido más que una broma.

—¿Oye, a ti te afectó el virus informático Y2K? —Roger le preguntó cuando la conversación empezó a decaer—. ¿El que precedió a la quiebra financiera?

Evan se arrepintió de haber aceptado tomar una copa con ellos.

—Una vez monté un toro que se llamaba así —dijo Evan—. Y desde luego, acabé con tres costillas quebradas.

Mary Anne suspiró y dio un segundo trago de su café irlandés.

—Los vaqueros son tan sexys.

—Bueno, no con las costillas rotas —dijo Evan.

Miró a Kathleen, que tenía la cabeza ligeramente agachada y se entretenía en revolver su bebida con una paja. ¿La habría avergonzado? Tal vez a veces fuera un poco campechano. Otro de sus defectos.

Uno de tantos.

Mary Anne se echó a reír y Roger parecía fastidiado.

Pero Kathleen lo miró y su mirada le dejó sin aliento. Sintiera lo que sintiera, no estaba avergonzada. Volvió a pensar que era mucho más guapa que Mary Anne; más cálida, más llenita, más sensual, más tierna. Le gustaba la blusa que se había puesto: suave, formal, aunque al mismo tiempo se ciñera ligeramente a su cuerpo.

Roger se bebió su copa de un par de tragos.

—Mary Anne y yo estábamos pensando en ir al cine, así que creo que será mejor que nos demos prisa.

—¿Queréis venir? —les preguntó Mary Anne—. Evan, te encantará. Roger lleva un montón de tiempo queriendo verla.

—No creo que le guste —dijo Roger—. No es de vaqueros.

—Esto... ¿Kathleen?

Evan no quería ir a ver una película. En absoluto.

Kathleen miró a Roger.

—¿Es una de esas que se desarrolla en un avión con terroristas? ¿Y luego va Arnold y salva el avión, al presidente y a los Estados Unidos?

—En realidad es una nave espacial —dijo Roger complacido—. Y el salvador es Stallone.

—Tal vez en otra ocasión —dijo Kathleen—. Gracias.

Tal vez en otra ocasión, pensó Evan. Él no lo hubiera dicho con tanta sutileza. Aquellas personas hablaban todas el mismo idioma.

Terminaron sus bebidas después de que Mary Anne y Roger se hubieran marchado.

—Creo que a tu amiga la abogada le gustan los vaqueros —dijo Kathleen.

—No, que va. Le gusta la idea que ella tiene de los vaqueros.

—¿Y cuál es esa?

—Bueno, uno ve a un tipo cabalgando sobre un montón de kilos de bestia embravecida, y el tipo probablemente tendrá un aspecto heroico, en lugar de simplemente estúpido. El jinete está rodeado de un halo de romanticismo y valentía.

—¿Como un caballero armado de la antigüedad?

Evan se echó a reír.

—No tanto.

—¿Entonces, cómo?

—Normalmente será un tipo como yo. Vaquero a tiempo parcial, granjero a tiempo completo, intentando pagar los plazos de la camioneta, y hasta el cuello de problemas la mayor parte de las veces. Los verdaderos vaqueros no son románticos. Son solo personas reales.

—Quizá a algunas personas eso pudiera parecerles romántico.

—¿Comparado con qué? ¿Con una mofeta?

—Comparado con, digamos, Roger.

—¿En serio? —se quedó boquiabierto.

—Sí.

—¿Qué le pasa a Roger?

—No le pasa nada. Pero me apuesto a que, si quiere mudar de sitio el piano, contratará a alguien para que lo haga.

—A mí me ha parecido que tenía muy buena pinta. Llevaba un traje bonito, tiene su propio negocio. Unos ingresos de seis ceros. ¡No me extrañaría si contratara a alguien para mover el piano de sitio!

—¿Evan —le dijo en tono bajo—, estás intentando que me atraiga Roger?

—¡No! Ya he visto lo que le atrae a Mary Anne.

—Los hombres no tenéis idea de lo que nos gusta a las mujeres, ¿no crees?

—Te pagaré si me lo dices.

—¿Cuánto?

—Diez pavos —se metió la mano en el bolsillo y sostuvo un billete entre los dedos.

—Vendido.

—¿Así que, qué os gusta a las mujeres? Lo voy a anotar y a escribir un libro sobre ello.

—Los músculos —le quitó el billete de entre los dedos.

Él la miró sorprendido.

—Una palabra es muy poco para un libro.

Ella se encogió de hombros, alisó el billete sobre la mesa y lo miró complacida.

—¿Los músculos? Estás de broma, ¿no?

—No.

—Es bastante difícil hacer que una relación basada en eso funcione.

—¿Quién ha dicho nada de una relación? —dijo Kathleen.

—¿Qué es entonces? ¿Les gusta mirar?

—Sí, señor.

—Me han robado.

—Te invito a una copa, vaquero.

—Estupendo. Que sean dos. Pepsi. Ni siquiera voy a decirte lo que nos gusta a los hombres de las mujeres.

—No hace falta que lo hagas. Ya lo sé. Y no es su inteligencia.

—Cínica. ¿Qué te ha hecho ser tan cínica? ¿El tipo con quien te ibas a casar?

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Mac lo mencionó en una de esas raras ocasiones en las que habla conmigo.

—¿Y qué dijo?

—Que te dejó. Por Mac.

—Oh.

—¿Es cierto?

Ella asintió, incapaz de mirarlo.

—No creo que debas sentirte avergonzada por ello. Está claro que no te merecía.

Entonces, lo miró y le sonrió.

—¿Sabes algo? Debo de ser algo torpe, porque es ahora cuando estoy empezando a darme cuenta de ello.

—¿Querías hacer otra cosa? —le preguntó—. Quizá pongan otra película.

—Evan, quiero hacer algo que no puedo hacer en Vancouver; que no podré hacer cuando vuelva.

—¿Así que vas a volver allí?

Se sintió decepcionado. ¿Qué pensaba? ¿Qué debía considerar la posibilidad de quedarse allí? Lo dudaba. Aunque él se lo pidiera debidamente. No tenía sentido pasar la vergüenza de hacerlo. Había límites a su caballerosidad, y casarse con la dama era ir demasiado lejos.

—Eso creo. Siempre he trabajado en grandes empresas. Solicité el puesto en el Outpost por capricho; porque pensé que por una vez en mi vida debía ser valiente y atrevida. Pero no me ha salido bien. Así que supongo que debería volver a lo que conozco, y llevar a Mac a lo que él conoce —concluyó con pesar.

—Creo que el ser aventurera te queda de maravilla, señorita Kathleen Miles —le dijo, y entonces bajó la cabeza, cohibido después de todo—. ¿Y qué podemos hacer aquí que no puedas hacer en Vancouver?

—¿Sabes lo que quiero hacer? Quiero tumbarme en mitad de la pradera a mirar

las estrellas.

Evan estuvo seguro de que no había nada en aquel chocolate caliente, aparte de chocolate.

—¿No te preocupan las serpientes?

—Por supuesto que sí. Por eso quiero que me acompañes.

—No creo que esa blusa sea la más apropiada para tumbarte en la pradera. Afortunadamente para ti, siempre llevo una manta en el maletero de la furgoneta. Para emergencias como esta.

Se detuvieron unos kilómetros antes de llegar a Hopkins Gulch, bajo un cielo cuajado de estrellas. Kathleen se puso el suéter y caminaron hasta una loma. Evan extendió la manta y se tumbaron sobre ella de espaldas, el uno junto al otro.

—¿Conoces las constelaciones? —le preguntó.

—Algunas. Esa es Orión.

—¿Dónde?

—¿Ves las tres estrellas que lleva detrás?

—Ah sí, ya las veo.

—Y la Osa Mayor y la Osa Menor. El Lucero del Alba y La Vía Láctea.

Evan la miró. Tenía los ojos muy abiertos, llenos de asombro. Sabía que aquel era el momento. Suavemente, le echó el brazo por los hombros.

—¿Eso es una serpiente? —preguntó, aguantando la respiración, pero su mirada era risueña.

—Sí, pero de la variedad humana.

Evan se colocó boca abajo y la miró.

—¿Qué estás haciendo?

—Me gusta más esta vista.

—¡Me estás mirando!

—Exactamente.

—Evan, déjalo.

—De acuerdo.

Pero no lo hizo. Se inclinó sobre ella. Kathleen se puso la mano sobre el corazón y abrió más los ojos.

Evan le acarició los labios con los suyos, y percibió la timidez de su respuesta.

Tenía los labios dulces y tremendamente suaves. Cerró los ojos y saboreó aquel dulzor; sintió su respuesta y le asombró la inocencia de esta.

Entonces, abrió los ojos, se apoyó sobre los codos y la miró.

—¿Qué? —susurró Kathleen.

—No tienes mucha experiencia en esto, ¿verdad?

Ella se avergonzó mucho.

—Tengo treinta y cuatro años, Evan.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Parecía la más extraña de las ironías. Había estado con mujeres diez años más

jóvenes que sabían diez veces más sobre lo que proporcionaba placer, sobre cómo usar sus cuerpos, sus labios y sus manos.

Pero ninguna de esas experiencias le había hecho sentirse así.

La deseaba más de lo que había deseado a ninguna de ellas. Y su cuerpo no ocultó ese hecho.

Probablemente, Kathleen se asustaría si supiera lo que le estaba ocurriendo a Evan. Se separó de ella y se quedó mirando las estrellas.

—Evan, lo lamento.

—No debes lamentar nada.

—¿Podríamos volverlo a intentar?

—No —dijo en tono ronco, cargado de deseo—. No podemos. Creo que será mejor que nos marchemos.

Se dio cuenta de que ella estaba dolida. Por eso era por lo que necesitaba un hombre como Roger, más fino, más delicado. Necesitaba a alguien que supiera cómo besarle la mano, que estuviera familiarizado con los modales de un caballero.

La dejó en su casa, pero antes fueron a recoger a los niños. Aunque deseaba besarla de nuevo, saborear otra vez su dulzura, no pudo hacerlo con Mac mirándole con mala cara.

—Mac, te veré el lunes —dijo.

Así tendría todo el domingo para aclararse un poco; para averiguar qué quería de Kathleen Miles y qué quería ella de él.

Pero a las cuatro de la mañana, cuando aún no había podido pegar ojo, se dio cuenta que no iba a ser tan fácil averiguarlo.

Seguía pensando en lo que había dicho Kathleen; que aceptaría, si se lo pidieran debidamente.

¿Pedirlo debidamente? Ni siquiera podía besarla debidamente, y eso era algo en lo que no había fallado antes. Por supuesto, con otras mujeres siempre supo que los besos conducirían a un lugar donde tenía prisa por llegar. Con Kathleen había un respeto que no estaba seguro de haber sentido antes.

No era una mujer con la que pasar una noche.

Era la clase de mujer que un hombre llevaba al altar, delante de todos los amigos y vecinos. Una mujer para toda la vida.

Le había dado el sí a Dee en una capilla hortera de Las Vegas. Y aunque en el fondo de su corazón había sospechado que no funcionaría, había deseado con desesperación que no fuera así por el bien de la vida que ya se desarrollaba en el vientre de Dee. Su bebé.

En realidad, no tendría más sentido esa vez. Conocía a Kathleen aún menos de lo que había tratado a Dee, antes de casarse con ella.

Entonces, ¿por qué le daba la impresión de que la conocía bien?

Supuso que era porque era más sincera que Dee, porque Kathleen no tenía nada que ocultar.

Desde el momento en que la había mirado a los ojos había sentido que la conocía desde siempre, de que su corazón podría encontrar consuelo con ella.

¿Y por qué le habría sugerido Mary Anne que se casara con Kathleen? Bueno, ese era el trabajo de los abogados. Darle sentido a un mundo que uno no entendía.

Y, ciertamente, tendría sentido que Kathleen y él unieran sus vidas. Ella necesitaba un lugar donde establecerse y en Vancouver ya no le quedaba nada. Ese chico suyo necesitaba también la influencia de un hombre en ese momento de su vida.

Y su Jesse necesitaba la ternura de una mujer. Había visto la reacción de Jesse cuando ella lo había tomado entre sus brazos el día anterior, cómo el niño se había relajado, acurrucado en su pecho, cómo había confiado en ella de una manera en la que quizá nunca confiara en él.

A Evan le pareció que si un hombre quería casarse, debía elegir para ello a una mujer como Kathleen, no a una como Dee.

Pero por supuesto, él no iba a casarse. Además, no necesitaba hacerlo. No se le estaba dando tan mal educar a su hijo, a parte del problema del pañal.

De repente, horrorizado consigo mismo, se dio cuenta que quería casarse con ella. Y ese deseo tenía poco que ver con el bienestar de Mac o de Jesse.

De todas las mujeres que había conocido, Kathleen era la única que había sido tan tímida, tan dulce, tan insegura. Y sin embargo, bajo la superficie fluía un torrente de fuerza y bondad, de dinamismo y alegría. Lo veía en sus ojos.

Sería una solución para ambos.

Evan pensó en la mirada de Kathleen al decirlo. Había evitado mirarlo a la cara, y eso no lo hacía una persona que estaba bromeando, sino una persona vulnerable, atemorizada. De pronto, Evan no estuvo tan seguro de que hubiera sido una broma.

Lo cual le devolvía al principio. ¿Qué tenía que hacer para pedírselo debidamente?

Gimió, le dio un golpe a la almohada y retiró la colcha. Se preguntó si podría volver a dormir.

—¿Bueno, entonces qué hicisteis ayer? —preguntó Mac.

—¿Cómo? ¿Qué hora es? —Kathleen sacó la cabeza de debajo de la almohada.

Mac estaba sentado en el borde de su cama, mirándola con furia. Kathleen cerró los ojos, pero no pensó en Mac, sino en un cielo estrellado y en un beso que le había vuelto el mundo del revés.

El rescoldo de deseo que tenía en su interior lo había avivado ese beso.

Y ella le había pedido que lo repitiera. Su inminente marcha de aquel lugar la había convertido en una mujer nueva; en una persona valiente, atrevida.

—Son las nueve de la mañana del domingo. Tú nunca te levantas tan tarde —le dijo en tono de acusación.

—Anoche me costó dormir. Creo que debían de ser más de las cuatro cuando, por fin, me quedé dormida.

—¿Por qué? —preguntó en el mismo tono de antes.

Kathleen no pensaba contarle por qué a Mac. En primer lugar, el beso la había conmovido, y, después, el desconcertante rechazo de Evan le había dolido. A pesar del esfuerzo que había hecho, parecía que iba a volver a sufrir.

¿Pero cómo era posible? Se iba a marchar pronto. Kathleen se lo repitió a sí misma tres veces, para convencerse de que era lo que deseaba.

—Tomé chocolate caliente. Eso siempre quita un poco el sueño.

Jamás le había mentado a aquel niño. Bueno, quizá una vez. cuando le había dicho que le había preparado los espaguetis solo para él, cuando en realidad había estado esperando recibir visita. Visita en forma de vaquero con botas y pantalones tejanos.

Resultaba ridículo que una mujer de su edad albergara esperanzas de ese tipo. Sobre todo con Evan Atkins. Aquel nombre tan fuerte, tan guapo, tan sensual, tan... .

Incluso la abogada había comentado lo sexy que era.

—¿Tía Kathy, qué hicisteis?

—Fuimos a cenar a Medicine Hat.

—¿Qué cenasteis?

—Yo pedí una ensalada con gambas.

—¿Saliste a cenar y pediste ensalada?

—Me temo que sí.

—¿Y él qué tomó?

—Un filete de señor Apestoso. Es un toro que montó una vez.

—¿Es que no tenían hamburguesas en el menú?

—Mac, fuimos a un sitio mejor que McDonald's.

—Ja. No hay sitio mejor que McDonald's. ¿Oye tía, crees que Evan quería enseñarme a montar toros?

—¡Espero que no! —se tapó la cabeza con la almohada para que la dejara sola.

—¿Lo besaste?

—¡Mac! —asomó la cabeza—. No creo que eso sea asunto tuyo —le dijo en tono seco.

—Me apuesto a que eso quiere decir que lo hiciste. ¡Puaj! ¿Fuisteis al cine? He visto que en Medicine Hat ponen una película de Stallone.

—No llegamos.

—Bien. A lo mejor quiere llevarnos a Jesse y a mí.

—Tal vez quiera llevaros algún día. Sabes, Mac, creo que hoy no voy a hacer nada; me quedaré en la cama y leeré un libro.

Cerró los ojos y pensó en los músculos y en todas las demás cosas que a las mujeres les gustaban de los hombres. También en su sonrisa, en su mirada ardiente, en sus labios que sabían a lluvia, en su voz profunda y sonora, en su risa. En su sinceridad, en su humildad, en su honestidad.

De pronto, le pareció que sabía más de lo que les gustaba a las mujeres de los hombres que hacía una semana, un mes, un año...

Y sabía algo más, pero no sabía cómo lo había sabido.

Sabía que Evan Atkins iba a pasarse todo el día pensando si habría hablado en serio cuando le había dicho que aceptaría si se lo pidieran debidamente.

Estaba levantada ya y con la bata puesta cuando alguien llamó a la puerta trasera. Evan entró con aspecto juvenil y fresco, como si hubiera dormido muy bien.

—Pasa —le dijo a través de la puerta mosquitera.

—Hola.

—Hola.

—Mac me llamó esta mañana.

—¿Mac te llamó?

—Me preguntó si podía enseñarle a montar un toro.

—¿Y qué le contestaste?

—Le dije que estaba seguro de que me matarías si dijera que sí.

—Eso es.

—Luego, me preguntó si querría llevarlos a Jesse y a él a esa película. La que no quisiste ver anoche.

—Está muy lejos para llevar a los niños al cine.

—Uno se acostumbra a conducir.

—¿Por qué me estás mirando así?

—¿Cómo? —le preguntó en tono inocente.

—Como si fuera la primera vez que me vieras.

—Bueno, señorita, es la primera vez que te veo en bata.

—Qué suerte, ¿no? Y no me llames señorita.

—¿Kathleen, tienes un mal despertar?

—Pues lo cierto es que sí.

—Bueno, ya que estás así, voy a por los niños y me marcho.

—¿Evan?

Él se volvió y la miró.

—Gracias por la cena de anoche. Tendré la cena lista cuando volváis. Carne asada. Sin ajo.

Que pensara lo que eso quería decir.

Pasó una tarde estupenda, trabajando en el jardín y preparando la cena. Evan llegó más tarde con los niños, a quienes les había encantado la película.

—¿Te gustó?

Evan entornó los ojos.

Cenaron todos juntos, rieron y charlaron. Después, Mac sacó una vieja pelota de gomaespuma de su habitación y salieron a jugar al jardín. Kathleen tuvo que formar equipo con Mac y corrió tanto de un lado a otro que al final no pudo más y tuvo que tumbarse en la hierba.

Jesse fue con ella y se quedó dormido a su lado.

Evan y Mac continuaron jugando hasta que el sol se ocultó. Mac dijo que iba a ducharse y Evan se sentó con ella sobre la hierba.

—¿Entonces cómo se pide debidamente? —le preguntó sin mirarla, acariciándole a su hijo el cabello.

Kathleen entendió lo que quería decir instantáneamente, y abrió la boca para responder, pero no le salió ni una palabra.

—¿Con rosas, un anillo de compromiso y de rodillas? —añadió.

—No —protestó ella.

—¿No?

—No.

—Por una parte, no tiene sentido. Lo sabes, ¿no?

—Sí.

—Pero por otra, sí. Si pensamos en los chicos, tiene sentido.

—Muy práctico —concedió en tono seco.

—Y, por supuesto, te ahorrarías el tener que mudarte otra vez tan lejos.

—Estupendo.

—Estoy seguro de que mi casa te resultará como un empleo a tiempo completo.

—El sueño de toda muchacha. Un empleo a tiempo completo.

—Creo que no lo estoy haciendo muy bien.

Se hizo silencio.

—¿Kathleen? —dijo al rato.

—¿Sí, Evan?

—A veces estoy tan solo que me duele por dentro. No me considero ningún premio, pero soy mejor de lo que solía ser antes, y espero seguir mejorando. Sé que en Vancouver probablemente estarás habituada a tipos más sofisticados; tipos como Roger, que ganan un millón de dólares anuales y podrían comprarte abrigos de piel y diamantes. ¿Te gustan los abrigos de piel?

—No, especialmente. Tampoco necesito diamantes.

—Lo que estoy intentando decir es que si quieres intentarlo conmigo, te prometo que te cuidaré, respetaré y me ocuparé de ti. Trataré a Mac como si fuera mi propio hijo, y haré lo posible para ayudarte a que se convierta en un hombre fuerte e independiente del que puedas estar orgullosa.

Silencio de nuevo.

—¿Kathleen? ¿Estás llorando?

—Sí...

—¿Que estás llorando, o que te casarás conmigo?

No debía aceptar. Ella ya había corrido una aventura. Se había lanzado en manos del destino cuando había contestado a aquel anuncio del periódico.

Pero entonces se le ocurrió que aquel anuncio la había llevado hasta allí. Y, gracias a eso, aquel hombre tan guapo, que no sabía el buen corazón que tenía, le

había pedido que se casara con ella.

—Entonces, ¿qué dices, que estás llorando o que te casarás conmigo?

Una vez que una se envalentonaba, resultaba casi imposible echarse atrás.

—Las dos cosas.

En ese momento, Evan le besó las lágrimas que le rodaban por las mejillas.

Capítulo 7

CUALQUIERA que la hubiera visto se habría dado cuenta de que Dee no era la mujer adecuada para Evan —le dijo Ma con la boca llena de alfileres—. No era el tipo de chica que un muchacho le presentaría a su madre. Por supuesto, él no tenía madre. Ese fue siempre el problema.

Kathleen se miró en el espejo mientras Ma prendía otro alfiler en la falda del vestido de novia. Por alguna razón estaba en los artículos que formaban el ecléctico inventario de la tienda y, por alguna otra misteriosa razón, le quedaba a Kathleen casi perfecto.

—Oh —Kathleen le había dicho a Ma cuando esta se lo había sacado—. No creo que vayamos a hacerlo así. Probablemente iremos al juzgado y lo haremos lo más rápida y discretamente posible.

Pero aún así había acariciado la tela.

—No, de eso nada —Ma le había dicho con firmeza—. La otra vez lo hizo fuera y a la gente de por aquí no le sentó bien. Estarán esperando para poder darte la bienvenida a la comunidad.

—Quieres decir para mirarme bien. Parece que he venido aquí a buscar novio. Además, Ma, soy demasiado mayor para este vestido.

—Tonterías. Contesté a tu carta guiada por la mano de Dios. Y este vestido te queda de maravilla. Y deja de decir bobadas sobre tu edad. Algunas mujeres maduran con mucho garbo y elegancia. Yo no fui una de ellas. Siempre fui un poco rellena, y con la edad empeoré. Pero tú no.

—¿O sea que piensas que Dios me trajo a Hopkins Gulch, porque un joven vaquero necesitaba casarse?

—¿Evan? Evan no necesita casarse. Creo que es hora de que tú seas feliz.

—Feliz —repitió Kathleen, y sintió aquella extraña sensación en el estómago—. Ni siquiera nos conocemos bien.

—Kathleen, eres una de esas personas que piensa demasiado. Por una vez te dejaste llevar por la intuición y actuaste. A lo mejor es un milagro, por amor de Dios.

—Pero...

—No quiero más peros. Desde que lo vi mirándote por primera vez, supe para qué habías venido aquí; cuál era tu misión. Amarlo, simple y llanamente, y dejar que él te ame.

—Mac me ama —gritó—. Y está muy disgustado con todo esto.

—Bueno, eso es culpa tuya, por dejar que sea él el que mande en tu vida desde hace tanto tiempo. Así no le estás haciendo ningún favor. Ese chico necesita a Evan tanto como Evan te necesita a ti. Pero Mac tiene doce años. ¿Acaso esperas que sepa lo que es bueno o no para él? Se alimentaría de chokolatinas si le dejaras. No está preparado para tomar decisiones, especialmente las tuyas.

—Ma —susurró mientras miraba a la bella extraña del espejo—. Tengo mucho

miedo.

El vestido hacía que todo pareciera aún más como de cuento de hadas. Era de un blanco inmaculado... algo que llevaría una mujer llena de romanticismo e inocencia. En definitiva, un vestido de ensueño, digno de una princesa.

—Tengo miedo —repitió, pensando que Ma no la había oído la primera vez.

—¡Bien! Si no tuvieras nunca miedo, la vida sería demasiado cómoda. En la vida real hay momentos imprevisibles. La vida te espera para regalarte cosas maravillosas. Pero de vez en cuando hay que hacer algo, aunque ello te haga sentir terror.

—Mañana me caso con Evan Atkins —susurró Kathleen—. Yo. Es demasiado joven para mí, ¿verdad?

—Kathleen, deja de fruncir el ceño. Estropea el efecto de este precioso vestido totalmente. No es demasiado joven para ti. Ese chico nació viejo. Probablemente tú serás como un soplo de aire fresco en su vida y le levantarás el ánimo. Tiene mucho encima.

—¿Qué quieres decir con que nació viejo?

—Cariño, su madre murió cuando era un niño pequeño, y su padre le pidió que fuera un hombre antes de estar listo. Pasó una etapa muy alocada, probablemente no creerías cuánto, pero yo sabía que solo estaba buscando lo que nunca había tenido. Lo que le decía el corazón que correspondía tener a todo el mundo.

—Amor —adivinó Kathleen con lágrimas en los ojos.

—Tú amas a ese hombre, Kathleen, y vas a ver cómo ocurrirán milagros. Y si dejas que él te ame también, tu vida adquirirá una riqueza y un cariz que en otro tiempo te hubiera resultado imposible de creer. Déjale ser el hombre que necesita ser. Es un muchacho chapado a la antigua. Muchos hombres de esta zona lo son. Querrá protegerte y darte todo lo que necesites. Dependerá de ti mostrarle que el amor, en estos días, ha progresado más allá de todo eso. Se trata de que lo ayudes a ser quien siempre quiso ser, quien de verdad es. Personalmente, yo siempre he pensado que era un caballero.

Kathleen miró a la mujer menuda que tenía a sus pies y se maravilló de su sabiduría. Por un instante sintió que o Dios o el destino la habían conducido hasta allí.

—No sé —reconoció—, si el amor tiene que ver con todo esto, Ma.

—¡Estate quieta! —Ma la regañó—. Dos alfileres más. ¿Qué quieres decir con eso?

—Él no ha hablado de amor. Yo tampoco. Ya me entiendes.

—Santo cielo. Las palabras se las lleva el viento. He visto parejas jóvenes que se dicen que se quieren cada tres minutos y por otra parte no dejan de hacerse faenas. Eso no me convence demasiado.

Kathleen hizo por relajarse, vio cómo desaparecía la arruga de preocupación de la frente y esbozó una tímida sonrisa.

Ma la miró y le sonrió.

—Eso sí que me convence.

—¿Te vas a desmayar? —le preguntó Sookie Peters.

Evan lo miró enfadado, pero era cierto, notó un sudor frío y que perdía el color.

—Aquí hace demasiado calor —dijo, tirándose del cuello duro que le apretaba demasiado.

Era mentira. Estaban a la sombra del árbol más grande del patio de la iglesia. Lo que le pasaba era que estaba muerto de miedo.

Él, Evan Atkins, que había montado toros bravos sin que ni siquiera le temblara el pulso, estaba tan nervioso que apenas podía respirar. Él, el valiente de Evan Atkins, estaba aterrorizado.

No porque fuera a cometer un error, sino porque no fuera merecedor de esa mujer que le había dado el sí. Tenía miedo de que no supiera hacer que su matrimonio funcionara. Otras personas formaban familias. Tenían algo de idea de cómo hacerlo. Pero él se estaba aventurando en un territorio desconocido.

Ni siquiera le había dicho que la amaba. Sentía que no la había conocido lo suficiente para decírselo.

Una razón perfecta para no emprender el camino hacia el altar en, miró el reloj, exactamente tres minutos.

—Siéntate —le sugirió Sookie.

Se sentó en la hierba, sin pensar en el traje. El atuendo no había sido idea suya. Se componía de pantalón y chaqueta corta, camisa blanca y corbata de lazo. Al menos, le habían dejado ponerse un sombrero tejano.

La noticia de su boda se había propagado por la ciudad como el fuego. Se lo había dicho a Ma Watson.

Evan, en su necesidad de ser merecedor de ella, se había pasado por casa de Sookie y se había disculpado por haberlo amenazado aquel día delante de casa de Kathleen. De algún modo, había terminado contándole a Sookie que iba a casarse con ella. Un error.

Sookie Peters y Ma Watson a cargo de una boda.

Antes de que Evan supiera lo que estaba ocurriendo, todo el pueblo había ido a tomar parte. Por amor de Dios, habían hablado con el predicador, limpiado la iglesia, preparado el salón. Y Evan llevaba toda la semana recibiendo regalos en casa.

Evan le había contado a Jesse lo que estaba pasando. Que Kathleen iría a vivir con ellos y que, con el tiempo, tal vez sería su mamá.

Jesse lo había mirado sin comprender.

—¿Mac va a vivir aquí?

Cuando Evan le había dicho que sí, el niño se había puesto muy contento.

—Seréis como hermanos.

Mac, que seguía yendo a trabajar a pesar de la emoción que tenía a todo Hopkins

Gulch en vilo, estaba tan horrorizado por los regalos como Jesse.

—Con sus iniciales —dijo con desprecio al ver un juego de toallas blanco—. ¡Qué asco!

El fastidio de Mac y de Jesse se había intensificado esa mañana del enlace cuando Sookie se había presentado con dos trajes idénticos y un diminuto almohadón para el anillo.

Mac se suponía que debía ser el encargado de recibir y sentar a los invitados de los novios; Ma y Sookie se encargarían de prepararlo. Mac había pasado toda la semana mirándolo mal, pero Evan no se había amilanado, empeñado en demostrarle al chico que todo iría bien.

Sospechó que no había resultado muy convincente, puesto que él mismo tenía dudas de si todo aquello saldría bien.

Había encontrado a los dos niños escondidos en el establo una hora antes de la ceremonia y los había conducido a la casa para que se lavaran y vistieran.

En ese momento, empezó a sonar la música y Evan comenzó a sudar de nuevo. La puerta lateral de la iglesia se abrió.

—Evan, levántate del suelo —dijo Ma—. Santo cielo, chico, ¿es que nunca te has puesto un traje?

—No, señora.

Y era cierto. En Las Vegas les daba igual si uno se casaba en ropa interior. Si mal no recordaba, él había ido vestido con unos tejanos que tenían un siete en la rodilla.

Se puso de pie y se limpió un poco de hierba seca que se le había quedado pegada en el pantalón.

Ma lo miró y sonrió.

—Te queda de maravilla. Tienes un aspecto muy romántico, como el de un antiguo jugador. Vamos.

Desde luego estaba jugando. Con su propia vida, la de Kathleen, y la de dos niños. Miró con nostalgia hacia al pradera y pensó en salir corriendo.

Pero eso le partiría el corazón a Kathleen; y si había una cosa que no iba a hacer jamás era hacerle daño a esa mujer.

Siguió a Ma al interior de la iglesia. Ella le mostró dónde tenía que ponerse en el altar, y colocó a Sookie a su lado. Evan miró hacia el pasillo central y vio que la iglesia estaba abarrotada de gente. Si le había parecido que fuera hacía calor, dentro la temperatura era insoportable.

La música se repetía machaconamente, y por un momento Evan pensó que Kathleen no se iba a presentar, que se lo había pensado mejor.

Y, de pronto, se abrió la puerta de atrás y Jesse echó a andar por el pasillo; con una mano tiraba de Mac, y en la otra llevaba el pequeño almohadón con el anillo.

Kathleen había dicho que no quería anillo, pero aun así Evan se lo había comprado. No era un anillo llamativo, porque eso no le habría ido bien a Kathleen. Era una alianza de oro puro, como ella.

Entonces, se abrió la puerta y entró Kathleen.

Al verla, Evan se quedó boquiabierto. No podía creer que aquella mujer le hubiera dicho que sí.

Estaba como una princesa, envuelta en metros y metros de tela blanca, con el cabello adornado con flores y recogido sobre la cabeza. Parecía como si avanzara flotando hacia él por el pasillo central.

Kathleen lo miró todo el tiempo con ojos brillantes. Estaba radiante, risueña, en absoluto preocupada.

Quizá no lo estuviera.

Se colocó a su lado, sonrió y su sonrisa calmó el frenético latir de su corazón. Vio la paz en su mirada y sintió que ese sentimiento lo envolvía. Respiró profundamente y sintió, de nuevo, confianza en sí mismo.

Iba a hacer lo correcto.

Quizá no lo más ortodoxo, pero lo mejor para los dos.

Con voz firme y timbrada él y musical ella, repitieron los votos matrimoniales.

Y se besaron, hasta que Mac empezó a hacer ruidos como si tuviera náuseas.

Entonces el cura los declaró marido y mujer.

Evan y Kathleen saludaron a los amigos y vecinos allí congregados, y salieron de la iglesia entre cientos de pompas de jabón, puesto que a cada uno de los invitados se le había entregado un pequeño bote con un artilugio para soplar.

De algún modo Evan consiguió mantener el tipo durante la comida, los discursos y el baile sin hacer el ridículo.

Porque en realidad lo único que deseaba era estar con ella a solas; lejos de todas aquellas personas bienintencionadas.

Mac y Jesse pasarían unos días con Ma. Finalmente, Evan y la novia ya iban de camino a casa. Solos por fin.

—Parémonos a mirar un rato las estrellas —dijo Kathleen.

Así que Evan detuvo la camioneta y salieron. Ella se remangó un poco el vestido y cruzaron la pradera. Kathleen miró las estrellas un buen rato y después lo miró a él y sonrió.

—Evan, tengo que decirte algo. A lo mejor debería habértelo dicho antes. Solo que nunca se presentó el momento adecuado.

Oh, Dios mío. Seguramente ya estaría casada con otro. O quizá fuera una inmigrante ilegal que tendría que abandonar el país. O a lo mejor tenía una enfermedad incurable.

—¿Qué tienes que decirme? —dijo en tono angustiado.

Ella se puso colorada.

—Nunca he hecho lo que tú y yo vamos a hacer esta noche.

Por un momento, Evan no entendió lo que ella quería decirle.

—¿Cómo dices?

Pero al verla tan sonrojada lo captó.

—¿Nunca has estado con un hombre? —le preguntó en tono bajo.

—Es horrible, ¿no? Quiero decir, a mi edad...

—Calla... —le dijo y se acercó a ella; la miró a los ojos y vio una mezcla de miedo y emoción reflejados allí—. Nadie me ha hecho jamás un regalo como este. Jamás. Y es la cosa más bella que podría imaginarme.

Evan la levantó en brazos, le dio un beso en la punta de la nariz y rezó para ser todo lo sensible que ella necesitaba que fuera para lo que iba a vivir esa noche. Entonces, Evan sintió que se le hinchaba el corazón de sentimiento, como si se le hubiera puesto el doble de grande.

Cuando cruzó el umbral de la casa en brazos de Evan, fue como un sueño. Él no la dejó en el suelo, sino que avanzó rápidamente por el pasillo en sombras hacia su dormitorio. Después de cerrar la puerta con el pie, la bajó suavemente.

Habían dejado una lamparilla encendida, y la habitación también parecía de ensueño.

—La cama es maravillosa —dijo Kathleen, mirando a todas partes menos a él.

Era una cama antigua con dosel, cubierta de espesos almohadones blancos y una colcha blanca como la nieve.

—Un regalo de los Watson —Evan sonrió—. Las vecinas se han pasado toda la semana en casa, limpiando todo lo que Jesse y yo habíamos conseguido ensuciar. Creo que nunca he visto tantos plumeros, fregonas y trapos en movimiento.

—Yo lo habría hecho.

—No quiero convertirte en una mujer de la limpieza, Kathleen. No quiero sentir que estás sacrificando tu vida por mí.

Ella sonrió temblorosamente.

—Oh, Evan. Esto es lo que quiero. Ser una madre para Jesse y Mac —susurró—. Ser una buena esposa para ti.

—Sabes que eres una mujer capaz de hacer cualquier cosa, ¿verdad? Podrías ser astronauta o médico. Y aquí estás en esta pequeña granja de Saskatchewan.

—Evan, no se trata de ser astronauta, o médico o ama de casa. En estos momentos, tengo exactamente lo que deseo. ¿Me comprendes?

—Sí, señorita —dijo en voz baja y sensual.

—Este vestido —dijo con voz trémula— tiene treinta y ocho botones en la espalda.

—¿De veras? —susurró Evan—. Entonces supongo que será mejor que empecemos. Solo faltan seis horas para que amanezca.

Ella se echó a reír y se volvió. El corazón empezó a latirle muy deprisa cuando él empezó a desabrocharle los delicados botones con esas manos grandes y firmes.

—¿Tienes miedo? —le susurró al oído cuando iba ya por el último botón.

—No.

—Yo, sí —dijo mientras acababa de soltarlo.

Ella volvió la cabeza para mirarlo, y se volvió lentamente hacia él. Ella lo miró y

esperó, y él se pasó la lengua por los labios y cerró los ojos.

—¿Evan?

Kathleen habría jurado que estaba rezando.

Pero entonces, abrió los ojos y vio que el nerviosismo había desaparecido de su mirada, y volvía a tener aquella expresión tierna y juguetona del Evan que ella conocía.

Se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros. Kathleen soltó una exclamación entrecortada cuando el vestido cayó al suelo. Se quedó de pie delante de él con una camisola de encaje y seda color marfil.

—Kathleen, aflójame este lazo antes de que me ahogue.

Cuando se lo había quitado, le desabrochó los botones de la camisa.

—Tócame —le susurró Evan y ella se estremeció.

Deslizó las manos bajo su camisa y le acarició la piel y las fuertes formas que había deseado acariciar hacía tanto tiempo. Sin interrumpirla, Evan se quitó la camisa y la dejó caer al suelo.

—No pares. Tócame todo lo que quieras, hasta que te sacies.

—Eso no ocurrirá nunca —dijo, y entonces se sonrojó.

Pero él se echó a reír.

—Eso espero.

Su piel era como ella se la había imaginado; como seda envolviendo un cuerpo sólido y firme como una roca.

Llevó las manos hacia atrás y le acarició la espalda, se pegó a él y apoyó la cabeza sobre su pecho.

Así oyó que a él también le latía el corazón muy fuerte.

—Saboréame —le dijo él.

Lo miró con los ojos muy abiertos, suspiró y seguidamente le besó en el pecho, en la garganta y finalmente en los labios.

Era la invitación que Evan había estado esperando, puesto que abrazó aquel cuerpo suave y dócil y la besó apasionadamente.

Kathleen sintió el deseo quemándole los labios y vio que cerraba los ojos.

El beso se volvió más atrevido, más erótico, y Kathleen percibió en su marido un ansia y una necesidad salvajes, abrumadoras.

Evan le metió la lengua por todos los rincones de la boca y Kathleen sintió una especie de sacudida en un lugar de cuya existencia no había sido consciente hasta ese momento. Sin palabras, le exigió que le diera todo lo que él le estaba dando, que igualara su pasión a la de él.

Tímidamente al principio y después más confiada, Kathleen lo exploró hasta que empezó a jadear de placer y necesidad.

Evan la tumbó sobre la cama y empezó a besarle los dedos de los pies hasta que Kathleen gimió con deleite. Lentamente, fue deslizándole la lengua por la pierna y entonces la miró a los ojos un momento antes de levantarle la combinación para

seguir lamiéndole la cara interna de los muslos.

Seguidamente, le empezó a bajar la camisola hasta que ya no hubo barrera alguna entre sus labios incansables y su piel.

Y Kathleen no pensó que fuera mayor, ni que él fuera más joven. Sencillamente, no podía pensar. Una sensación pura y primitiva se apoderó de ella al tiempo que Evan le besaba y lamía los pechos, y jugueteaba con la lengua.

Algo salvaje despertó en ella. Una sensación primitiva, tan antigua como el mundo.

Deslizó las manos hasta la cinturilla del pantalón y a tientas encontró el botón y se lo desabrochó. Muy despacio, le quitó los pantalones.

El empezó a besarla de nuevo con ardor y Kathleen se arqueó, rogándole que la llenara, que satisficiera esa parte de ella que nadie jamás había tocado.

Y entonces notó que él le separaba las piernas con suavidad. Y vio cómo se colocaba delante de ella y que estaba temblando a pesar de que él no pareciera consciente de ello.

—Evan —pronunció su nombre con intensidad— Evan... —repitió mientras él la penetraba, la completaba—. Evan —dijo, y un sinfín de sensaciones la sacudió y, finalmente, la transportó hasta un lugar donde nunca había estado.

A un lugar donde las personas se sentían dioses por un par de segundos, donde se fundían con el cielo y la tierra, el viento y el fuego, la calma y la tempestad.

Estaba tumbado sobre ella, con la cabeza apoyada en su hombro, y el pelo pegado a su piel.

Ella le acarició el cabello y le mordisqueó la oreja; entonces, sintió algo más profundo que el placer. Se sintió plenamente feliz.

—De haber sabido lo que me estaba perdiendo —dijo cuando por fin dejó de jadear—, quizá lo habría probado antes.

Él levantó la cabeza y la miró. Más que mirarla se la bebió con la mirada. Como un hombre que acabara de cruzar un desierto y que hubiera encontrado de nuevo la vida en la fuente de su amor.

—De haber sabido que sería así contigo, creo que te habría esperado —le dijo él.

Y entonces se abrazaron, hablaron y se besaron un poco más hasta que el alba los bañó con su luz rosada, poco antes de quedarse dormidos el uno en brazos del otro.

Capítulo 8

CARIÑO, despierta.

Kathleen se acurrucó bajo el edredón. Entonces sintió unos labios rozándole los dedos de los pies y, al momento, un enorme placer al recordar dónde estaba, que era la señora de Evan Atkins y lo que habían pasado la noche haciendo.

Evan se metió bajo el edredón y sacó la cabeza al lado de ella. Kathleen le sonrió, mirando sus ojos risueños, azules como el cielo.

—Buenos días, señora Atkins —le besó la mejilla.

—¿Se supone que ese es el paso siguiente a señorita?

—Olvidé que por la mañana estabas de mal humor. Claro que, no es por la mañana. Se suponía que tendríamos que habernos marchado de luna de miel hace ya tres horas.

Ma Watson se había ofrecido para quedarse con los niños durante cuatro días para que Evan y Kathleen pudieran escaparse a Cypress Hills, un paraíso terrenal no muy lejos de Medicine Hat que no había sido destruido por los efectos de los glaciares. ,

—Te encantará —le dijo Evan mientras le daba besitos en la oreja—. Es un lugar muy exótico, casi como una selva tropical en medio del desierto.

—Lo que estás haciendo es bastante exótico —dijo ella.

—Inocente. Se llama erótico.

Y para cuando terminaron de explorar eso, habían pasado otras dos horas más.

—Creo que deberíamos marcharnos cuanto antes —le dijo Evan sentado frente a ella en la bañera, entre un mar de espuma.

Kathleen le acarició la barbilla con el dedo del pie.

—Pienso que deberíamos quedaros aquí mismo.

—¿Y qué clase de luna de miel sería esa?

—Hasta el momento yo me lo estoy pasando muy bien —le dijo—. ¿Sabes lo que me gustaría hacer?

—¿Otra vez? —le preguntó sorprendido.

—Además de eso. Pintar las habitaciones de los niños.

—Eso suena muy romántico.

—Quizá te llesves una sorpresa.

Pasaron el resto del día pintando la habitación de Jesse de un precioso azul pálido. A Evan se le daba fatal y acabó todo lleno de pintura

—Ven aquí —le dijo con voz ronca cuando habían terminado la última pared.

—¿Estás de broma? No te voy a tocar.

Él avanzó hacia ella.

—¡Evan, estás todo manchado de azul!

—En la salud y en la enfermedad —le recordó mientras se adelantaba con rapidez y le plantaba las manos llenas de pintura—. Limpio o lleno de pintura.

Kathleen echó a correr chillando y él fue detrás de ella. Sabía que Evan la

atraparía enseguida porque estaba en mejor forma física que ella, pero también que no era más que un juego del que ambos estaban disfrutando. De repente, Kathleen se sintió sobrecogida por el curso que había tomado su vida.

Cuando, después de su largo compromiso, Howard le había dicho que tendría que ser o él o Mac, Kathleen se había disgustado mucho. Sintió como si hubiera invertido los mejores años de su vida en una relación baldía, pues Kathleen había tenido que posponer su boda una y otra vez por la enfermedad de su hermana.

Se le ocurrió que de haber sido Evan, se habría casado con ella de todos modos.

En secreto, Kathleen había albergado la esperanza de que Howard insistiera en casarse con ella, para apoyarla y ayudarla a pasar la enfermedad de su hermana, demostrándole así su amor.

Pero no lo había hecho. Pensándolo bien, casi le parecía que se había mostrado aliviado cuando habían pospuesto la boda. Y quizá también cuando Kathleen había elegido a Mac.

¿Habría Howard intuido que si se casaban perderían la oportunidad de tener lo que ella tenía en ese momento con Evan?

Se echó a reír al pensar en ello. Porque le resultaba gracioso pensar en Howard mostrándose apasionado. O jugueteón. ¿Qué era exactamente lo que le había atraído de él?

En aquel entonces, Howard le había parecido un hombre de lo más estable. Tenía un negocio próspero, y eso también la había atraído. Pero al final, resultó no ser el hombre conveniente.

Mientras corría por el camino hacia el establo, riendo a carcajadas, le pareció que aquello que había ocurrido hacía años, cuando Howard le había obligado a elegir, no había sido tan tremendo, al menos sabiendo como sabía en ese momento hacia dónde la había conducido.

Volvió la cabeza y vio a su marido persiguiéndola con ánimo, entonces abrió la puerta del cobertizo, entró corriendo y subió por las estrechas escaleras que llevaban al pajar con Evan pisándole los talones.

Finalmente, se apiadó de ella y la atrapó. Cayeron juntos sobre un montón de heno y él le plantó las manos azules por todas partes hasta que Kathleen dejó de reírse y empezó a besarlo con el ardor y la avidez de una mujer que intentaba recuperar el tiempo perdido.

—Te dije que quizá la pintura te resultara sorprendentemente interesante —le susurró.

—Me encanta —concedió mientras le besaba entre los pechos.

—Mañana pintaremos la de Mac. En rojo y negro —dijo medio jadeando.

—Apenas puedo esperar.

—Él mismo escogió los colores. Evan, esto es muy incómodo. Se me está clavando la paja en la espalda.

—En la salud y en la enfermedad, por el día o por la noche, siempre es bueno,

incluso en el heno.

Ella se echó a reír, le echó los brazos al cuello y sin saber cómo se olvidó de que se le estuviera clavando algo en la espalda.

Al día siguiente, mientras Evan pintaba la habitación de Mac, Kathleen pintó a Mickey Mouse, Pluto y Goofy en la de Jesse.

—Oye, eres muy buena —dijo Evan admirando sus pinturas pero, al momento, pasó a mirarla a ella y allí se quedó.

Ella lo miró, apoyado sobre el marco de la puerta, todo manchado de pintura negra y roja, y se estremeció al ver cómo la miraba.

—Ni se te ocurra acercarte a mí hasta que no te quites toda esa pintura.

—Apuesto a que podría quitármela en menos de tres minutos.

—Venga —le susurró, y el fuego que llameaba en sus ojos hizo que Kathleen sintiera como si estuviera empezando a vivir de verdad.

Como si hubiera pasado toda la vida dormida hasta que ese caballero armado, disfrazado de humilde vaquero, hubiera aparecido y la hubiera despertado con un beso.

Cada día estaba más segura de haber hecho lo correcto. No se cansaba de acariciarlo, de mirarlo, de estar con él.

Y sabía sin duda alguna que él sentía lo mismo por ella porque se le veía radiante de felicidad.

Y entonces, de repente, se terminó la luna de miel, y los chicos volvieron a casa.

Y dominar todo lo que sentía hacia Evan era como una dulce tortura; tener que esperar a que nadie estuviera mirando para acariciarle el trasero, para besarse hasta quedarse los dos sin respiración, para tumbarlo sobre la alfombra, el sofá o la hierba y satisfacer su ardiente deseo.

Porque sabía que, a pesar de su discreción, Mac la vigilaba con mirada confusa y furiosa.

¿Cómo se atrevía otra persona a hacer tan feliz a su tía Kathy?

—Odio mi cuarto —anunció Mac mientras desayunaban a la mañana siguiente de llegar de casa de Ma.

—¿Qué es lo que no te gusta? —le preguntó Kathleen, mientras ayudaba a Jesse a subirse a la silla.

—El rojo y el negro son asquerosos.

—Lo volveremos a pintar.

—No, no lo haremos —dijo Evan—. Tú pediste esos dos colores y tendrás que aguantarte con ellos. El desayuno está estupendo, Kathleen. Mac y yo lo prepararemos mañana. ¿Qué te parece, Mac?

—Yo solo sé preparar cereales —contestó Mac poniendo mala cara.

—Estupendo —dijo Evan—. Es lo que más le gusta a Jesse.

—¿Podríamos hablar tú y yo a solas un momento? —Kathleen le dijo a Evan.

Salió de la cocina al pequeño porche trasero y respiró hondo. El aire era limpio y

fresco. Un ternero berreó en la distancia.

—No le gusta su habitación. ¿Por qué no volver a pintarla?

—Kathleen, no es su habitación lo que no le gusta. Estás desesperada por complacerlo y él lo sabe. Con esas te hará pintarle la habitación dos veces por semana.

Sabía que quizá Evan tuviera razón, pero no estaba acostumbrada a tener que discutir sus propias decisiones con nadie, y no le gustaba que le dijeran que había hecho mal, aunque fuera verdad.

—¿Y no es mi vida, acaso? —dijo—. ¿No puedo pintarle la habitación dos veces por semana si es eso lo que quiero?

—No.

Ella se cruzó de brazos y entrecerró los ojos.

—¿Crees que me vas a decir lo que debo hacer?

—Esto ni siquiera tiene que ver contigo, Kathleen, sino con él. Cree que esto es lo que quiere, que peleemos por él. Pero en realidad no lo es, y si acabamos discutiendo se sentirá tan mal por dentro que no sabrá qué hacer. Debemos mantenernos unidos y solidarios.

—Entonces, deberías haber estado de acuerdo en volver a pintar el dormitorio, o al menos deberías haberlo discutido conmigo a solas antes de decir nada. No me ha gustado que me quitaras la razón delante de él, como si fueras tú el que tomara todas las decisiones en casa.

Al mirarlo, le costó creer que aquel fuera el mismo hombre que la había perseguido a la carrera hasta el pajar. En ese momento la miraba con dureza, y no parecía muy dispuesto a echarse atrás.

—Mira, lo siento si no te ha gustado cómo lo he llevado; yo tampoco estoy acostumbrado a consultar con nadie las decisiones que tomo. Intentaré hacerlo mejor la próxima vez, pero por el momento si queréis volver a pintar ese cuarto será por encima de mi cadáver.

La expresión severa de su rostro, su mirada, lo convirtieron de pronto en un perfecto extraño. Que en realidad lo era, si lo pensaba bien.

—Eres muy terco.

—Como una muía.

—Yo, también.

—Bueno, mientras nos llevemos bien, eso es lo que importa —suspiró—. Kathleen, si dentro de un mes sigue sin soportar el color de las paredes, entonces le traeremos otro color. Pero tendrá que pintarlas él mismo.

—Solo quiero que sea feliz —gimió Kathleen.

—No hay atajos para llegar hasta ahí. No le vas a hacer feliz pintándole ahora la habitación de otro color o comprándole zapatillas caras. En realidad, no creo que eso le haga feliz si él se empeña en no serlo.

—Creo que me he equivocado —susurró.

Y cuando Kathleen vio el dolor ensombreciéndole la mirada, supo que no podía haber dicho nada peor a su recién estrenado marido de haberlo planeado.

—No he querido decirlo así —le tocó el brazo, pero el daño ya estaba hecho.

Él sonrió para disimular su dolor.

—Nuestra primera pelea, Kathleen. Sin contar la del día que nos conocimos. Tal vez nos equivocamos si ni siquiera podemos discutir sin que uno de nosotros quiera abandonar. ¿Es que pensaste que íbamos a estar de acuerdo en todo?

Ella deseaba con toda su alma que fueran una familia feliz, perfecta. Quería que su hogar estuviera lleno de paz y armonía.

—Venga, no te pongas así, Kathleen.

—¿Cómo?

—No te preocupes tanto —le dijo acariciándole la frente—. Sencillamente, no puedes esperar que todo funcione a la perfección sin darle un poco de tiempo. Todos tenemos que adaptarnos para que esto arranque y siga adelante —le dio un beso en la mejilla.

Pero ella sabía que al decir «todos» se refería a Mac.

Evan pasó junto a ella para entrar de nuevo en la cocina.

—Vamos, Mac, vayamos a atender a los terneros.

—¿Vamos a pintar mi habitación otra vez?

—No —dijo Evan.

Ella entró tras de él.

—¡Pero me da asco! —Mac la miraba como rogándole que lo ayudara y Kathleen vio que estaba a punto de llorar.

Miró a Evan y se puso derecha.

—Si no te gusta dentro de un mes, podrás volver a pintarla tú mismo.

—Qué asco.

—Hablando de todo un poco, será mejor que vayamos a dar de comer a los terneros —dijo Evan con calma.

Mac tiró la servilleta, le echó a Kathleen una mirada asesina y salió de la casa detrás de Evan.

Jesse la miró con sus grandes ojos marrones y sonrió.

—A mí me busta mi pintuda.

—Gracias, cariño.

Debió de percibir su consternación porque añadió:

—Mucho.

Lo levantó en brazos y lo abrazó con fuerza.

Él la abrazó también.

—Mami —le susurró al oído, una palabra que no paraba de repetir, y Kathleen no sabía cómo podía habersele ocurrido pensar que había cometido un error al casarse con Evan Atkins.

Esa noche, a solas con Evan en su dormitorio, Kathleen percibió la sutil tensión

que flotaba en el ambiente. Desde la cama, lo observó mientras se quitaba la camisa y experimentó un calor por dentro que ya le era familiar.

—Evan, no quería decir lo que dije. Sobre haber cometido un error. Solo es que me siento tan responsable de Mac. Me doy cuenta de que no está contento y quiero repararlo.

Evan terminó de desnudarse y se metió en la cama con ella; se acercó y la abrazó.

—¿Te has pasado todo el día preocupándote por lo mismo?

—¡Sí!

—Llevas mucho tiempo arreglándotelas sola con Mac. A lo mejor, debería haberte dejado con él. Supongo que los hombres hacemos las cosas de otra manera, y creo que Mac necesita un poco de disciplina en este momento.

—Tú crees que lo mimo demasiado, ¿no?

—No he dicho eso. Solo es que estás tan preocupada por no enfrentarte a él, Kathleen. Los enfrentamientos no hacen daño a las personas. Tiene que saber quién manda aquí, y que no es él precisamente. Al final, se sentirá aliviado de saber que no es él.

—¿Y quién manda aquí? —le preguntó, poniéndose nerviosa otra vez.

—Creo que tanto tú como yo podemos hacerlo juntos.

—¿Piensas eso de verdad, o lo dices para evitar una discusión?

—Se me ocurren otras cosas que hacer contigo.

Evan le acarició el pelo y después le dio un beso en el cuello.

Kathleen cerró los ojos y pensó que aquello era lo único que importaba. Lo único.

A la mañana siguiente, Kathleen se despertó pensando si no sería verdad que se preocupaba demasiado. Mac y Jesse estaban en la habitación de Mac, riéndose a carcajadas, claramente felices, tal y como ella había esperado. Cuando salieron a desayunar, su buen humor continuó durante todo el desayuno y los dos se lo pasaron mugiendo e imitando los sonidos de otros animales.

Evan la miró por encima de la taza de café y le guiñó un ojo.

De camino a la puerta, unos minutos después de haberse marchado Evan, Mac lo estropeó todo diciéndole:

—Sé que lo quieres más que a mí. Lo sé.

—Mac, eso no es verdad. En absoluto. Siento algo muy fuerte hacia Evan, pero es un amor totalmente distinto al que siento por ti.

Mac le echó una mirada de fastidio y salió por la puerta.

Esa noche, después de cenar, Evan y ella salieron a pasear a la pradera mientras los chicos veían la televisión.

—Mac me ha dicho hoy que quiere ir a ver a su padre —le dijo Evan.

—¿Cómo?

—Eso es lo que me ha dicho.

—Vaya, pero si Evan ni siquiera lo conoce. Su padre abandonó a mi hermana en cuanto se enteró de que estaba encinta.

Evan soltó un impropio entre dientes.

—Me habló de él como si lo conociera. Dijo que solo tenía que hacer una llamada telefónica y que su padre le enviaría un billete de avión.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—A lo mejor, eso es lo que a él le gustaría que fuera la verdad. Cualquier cosa mejor que tenerme a mí, que soy el que lo obliga a trabajar con las bestias y el estiércol. Y el que le ha robado un pedazo del corazón que ha tenido para él solo durante tanto tiempo.

—Está tan celoso —dijo Kathleen con desazón.

—Si sigues haciendo eso, te va a dar un aire —dijo él y le frotó suavemente el entrecejo.

Pero cuando Kathleen lo miró, vio que estaba tan disgustado como ella.

—¿Qué podemos hacer?

—No creo que podamos hacer nada, excepto intentar actuar lo más normal posible. Sería un error hacerle el juego y consentirle todos los caprichos. Yo seguiré trabajando con él cada día. Parece gustarle mucho el trabajo de la granja. Y tú continúa queriéndolo; tienes un don para ello.

—Siento como si me estuviera rogando que lo quisiera más, pero cuando lo intento, no me deja acercarme a él. Creo que el trabajo le conviene y le ayuda a desahogar esa angustia que siente, propia de su edad.

—¿Sabes lo que me hace sentirme fatal? Que Mac esté tan fastidiado y Jesse tan contento.

Era verdad. Jesse la seguía por la casa como un perrillo, subiéndose a sus rodillas en cuanto se sentaba, charlando como una cotorra, dándole amorosos besos y abrazos y «ayudándola» con todo.

Kathleen incluso se dio cuenta de que había mejorado su pronunciación de la r. Le leía muchos cuentos y le hacía repetir palabras con erre para que practicara.

Pero a pesar de su adoración por Kathleen, se resistía a dejar los pañales y el chupete.

A la mañana siguiente, cuando Kathleen se despertó, la habitación de Mac estaba vacía. Por un instante pensó que se había marchado en ridícula búsqueda de su padre.

Entonces lo vio fuera en el camino. Justo al lado de la camioneta de Evan.

Se apoderó de ella una sensación de pánico.

Evan se acercó por detrás, le echó los brazos al cuello y le dio un beso.

—¿Qué está haciendo Mac?

En ese momento, Mac se apartó del vehículo y dejó ver su trabajo manual.

La nueva palabra era aún más soez que la anterior.

—Oh, Evan —Kathleen suspiró al notar cómo Evan se ponía al ver la palabra—. Lo siento tanto.

—¿Lo sientes? ¿Por qué diantres ibas a sentirlo? ¿Es que eres tú la que estás ahí con el clavo? —dijo con rabia contenida.

—Entonces la soltó y fue hacia la puerta.

—Evan, no reacciones con enfado.

—¡No creo que le haga daño saber que estoy enfadado!

—¡Por favor!

—¿Es que no confías en mí? ¿Qué demonios crees que voy a hacer? ¿Darle una paliza? ¿Es eso lo que piensas de mí, Kathleen? ¿Qué no soy más que un bruto vaquero que no sabe cómo tratar a un chico de doce años?

—Yo no he dicho eso.

—Se te nota en la mirada que quieres protegerlo. De mí. ¿He hecho algo malo para merecer eso?

—Se le ve tan confuso, tan frágil.

—¿Eso que ha hecho te parece frágil? ¿Sabes lo que me parece a mí? Una provocación en toda regla. Está pidiendo que le dictemos normas y le pongamos límites, y yo tengo la intención de hacerlo.

Se dio media vuelta y salió por la puerta.

Kathleen se aguantó las ganas de seguirlo, de supervisar, y se quedó mirando por la ventana mientras él hablaba con Mac. Y se dio cuenta de que tenía razón. Desde el principio, jamás le había dado ninguna razón para creer que no llevaría el asunto como era debido.

Que ella supiera, ni siquiera había levantado la voz.

¿Qué pasaba con ella? Se sentía tan confusa, como si el hecho de escoger la felicidad junto a Evan hubiera roto la promesa que le hizo a su hermana de cuidar de Mac. Además, antes de casarse con Evan había estado convencida de que aquella unión sería también lo mejor para su sobrino.

¿Pero qué pasaría si ellos dos no eran capaces de resolver sus diferencias?

Evan y Mac entraron en la casa unos minutos después.

—Mac —dijo—. ¿Por qué? Sencillamente no...

—Kathleen, déjalo —la interrumpió Evan bruscamente—. Tengo toneladas de estiércol. Probablemente suficientes para durarle hasta que cumpla dieciocho años.

Mac no dijo nada, y cuando la miró, Kathleen vio algo extraño en su mirada. Era como si quisiera odiar a aquel hombre y no pudiera. Había pensado en lo peor que podría hacerle, había intentado enfurecerlo, como si le hubiera hecho una prueba. ¿Quieres odiarme también?

Y Evan le había respondido que no.

La respuesta que más le hacía falta escuchar a Mac.

—Supongo que voy a tener que mover tanto estiércol —dijo Mac—, que seguramente tendréis que comprar más vacas.

—Eso es, hijo —dijo Evan con un brillo de picardía en la mirada.

Mac ni siquiera protestó porque lo llamara hijo.

Tenía que confiar en él. Confiar en su marido. Entonces se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo desde que no había tenido que confiar en nadie aparte de en sí misma. Y también pensó que cuando le había dado el sí delante de todo el pueblo, en realidad había prometido aprender muchas lecciones de amor.

Solo que algunas parecían más fáciles que otras.

Capítulo 9

ERA el momento favorito del día para Evan. No siempre había sido así, pero las cosas habían cambiado.

Los chicos estaban en la cama. Incluso Mac le había pedido esa noche que le enseñara unos cuantos mapas de la zona. Luego, cuando llegó el momento de contarle a Jesse un cuento antes de dormir, todos se habían sentado sobre la cama del niño, incluido Mac, y habían disfrutado con las historias de Robert Munsch. Mientras Kathleen leía el cuento, Evan la había observado y había visto lo feliz que se la veía, y que aquello era lo que ella había soñado y esperado. Una familia, no un campo de batalla.

Y el tener una familia era precisamente lo que él había soñado toda la vida.

Sencillamente, Mac no compartía el mismo sueño. Evan había averiguado que era una tregua temporal cuando había entrado en el baño después de salir los niños. Mac había escrito su nombre con pasta de dientes en el espejo. Evan lo limpió antes de que Kathleen lo viera, sabiendo lo rápidamente que borraría la serenidad de su rostro.

Después de fregar y secar los platos, Evan abrió la puerta de la cocina para salir con Kathleen al porche trasero. Ella salió con la cabeza levantada, mirando las estrellas como si no las hubiera visto la noche anterior o la otra.

Cuando llegaron a su loma favorita, Evan se metió la mano dentro de la camisa y sacó una rosa roja de tallo largo.

—¡Evan! ¿Y esto por qué?

—Porque hoy hace dos semanas que nos casamos.

—¿Tuviste que ir hasta la ciudad para comprarla? —preguntó mientras metía la nariz entre los pétalos de la flor.

—Sí.

—¿Y no te ha arañado, ahí dentro como la llevabas?

—Pues, sí.

—¿Y ha valido la pena?

—Por supuesto, señora. Te ha hecho sonreír. Esa arruga del entrecejo casi ha desaparecido.

Kathleen miró hacia la casa.

—¿Cómo no me voy a preocupar? Evan, se está comportando tan mal. Jamás ha estado así. ¡Como si lo de rayar el coche no fuera suficiente! Después empezaron los pequeños percances, como soltar los terneros, tirar la pelota de béisbol por la ventana del baño.

—¿Cómo?

—Ha sido esta tarde.

—Déjame adivinar. ¿Un accidente?

—¿No te has dado cuenta?

—Pensé que la ventana del baño estaba abierta.

La verdad era que se había distraído completamente con el incidente de la pasta de dientes, lo cual había decidido no contarle.

—Me siento tan angustiada, Evan, tan dividida entre el amor y la lealtad.

Eso lo sabía él. Lo sabía desde que habían discutido ' por Mac. Le daba miedo preguntarle hacia quién de ellos sentía lealtad y hacia quién amor. Entre ellos no hablaban de esas cosas.

Le sorprendió lo mucho que deseaba oírle hablar de ello.

Cada mañana se despertaba esperando que ese fuera el día en que Kathleen le dijera que lo amaba.

Pero en lugar de eso, se despertaban con alguna nueva jugarreta de Mac y Kathleen seguía preocupada. Cuando la veía así, a Evan se le partía el corazón.

Porque la amaba.

No podía creer lo que sentía por ella, ni el inmenso regalo que le había dado la vida.

La observaba con su hijo y sentía el amor creciendo en su pecho.

Cuando entraba en casa y olía a limpio y a galletas recién hechas, su amor por ella crecía un poco más.

Se iba de noche a la cama y Kathleen se mostraba tan asombrada, tan amorosa, tan sexy sin ni siquiera sospecharlo, y su amor por ella crecía un poco más.

Veía que, después de pasar años sola, le daba su confianza poco a poco, y él la tomaba como un regalo del cielo, sin saber si era o no merecedor de ella.

De noche, salían a pasear bajo el inmenso cielo estrellado, y él empezó a amar su tono de voz y su tranquilidad, su ternura, su consideración, y el amor por ella crecía un poco más.

Con la misma esperanza con la que ella plantaba flores en aquella tierra seca. Y, tal vez, igualmente predestinada.

—Hay algo más —dijo Kathleen.

—¿Tienes que contármelo? —dijo con pesar.

—Los Mortimer llamaron esta tarde. Fueron muy desagradables conmigo. Dijeron que iban a decirle al juez que nuestro matrimonio es un montaje, y también que acabarían consiguiendo la custodia de Jesse.

Evan se olvidó de que había pasado una nueva página en su vida y soltó una palabrota.

—¿Evan, quieres hablarme de Dee? Siento que si entendiera algunas cosas sobre ella también comprendería mejor a Jesse. Y tal vez, también a sus padres.

Evan nunca había querido hablar de Dee, y menos aún a su recién estrenada esposa pero, de repente, entendió lo que Kathleen le estaba ofreciendo; no solo quería comprender mejor a Jesse, sino también ayudarlo a él.

—La conocí en un rodeo. Era la reina de las carreras de caballos. Preciosa. Insensata. A mí me gustó, porque era tan alocada e irresponsable como yo. Le gustaba vivir deprisa, la velocidad, la acción. Era imprevisible e informal y, en ese

momento, fue un elemento en mi vida que se añadió a toda aquella sensación de emoción que sentía. Me dijo que tomaba anticonceptivos, así que me quedé helado cuando me comunicó que estaba embarazada —intentó no hablar con amargura, pero le resultó imposible—. A ella se le ocurrió abortar; dijo que no le importaba hacerlo. Pero yo la convencí para que no lo hiciera. Pensé que, cuando naciera el bebé, estaría tan dispuesta a cambiar como lo estaba yo. Pero aprendí una dura lección sobre los humanos, y es que la primera impresión es la que vale. A Dee no le interesaba ser mamá. Odiaba la granja, el trabajo duro, y al poco tiempo empezó a odiarme a mí. No fui capaz de darme cuenta, desde el principio, de que a ella no le importaba nada en el mundo. Lo único que le interesaba era vivir emociones, y cuanto más fuertes, mejor. Y claro, la vida en una granja de Saskatchewan no resulta demasiado apasionante.

O al menos eso había pensado Evan hasta que había conocido a Kathleen. De pronto, junto a Kathleen, que parecía tan tranquila y sencilla, su granja de Saskatchewan se había convertido en un lugar bastante emocionante. ¡Y eso sin contar las jugarretas que Mac llevaba a cabo todos los días!

—Era como si Dee tuviera algo extraño en su naturaleza —continuó de modo reflexivo, expresando sus pensamientos en voz alta por primera vez—. Oculto tras aquella sonrisa temeraria estaba el hecho de que a Dee no le importaba nadie sino ella misma. Dee empeoró después de nacer el bebé. Se volvió más inquieta, más resentida. A veces, cuando entraba en casa después de terminar el trabajo de la granja, empezaba a lanzarme cosas y a gritarme. Decía que quería al bebé y no a ella, y que deseaba que ella se muriera de aburrimiento y que yo lo estaba haciendo todo a propósito. Un día agarró al bebé y se largó. Y se lo llevó no porque quisiera al niño, sino para hacerme daño. Para castigarme por no haberle dado lo que ella quería. Supongo que también por no ser capaz de llenar el vacío que ella sentía por dentro; aunque estoy convencido de que tampoco lo habría podido lograr otra persona. En realidad, cuanto más intentaba comprender su enrevesada manera de pensar, más fracasaba. La localicé y la vi en un par de ocasiones, el tiempo suficiente para verla sonreír con satisfacción al comprobar que me estaba causando tanto dolor. Y después, volvía a desaparecer. Cada día doy gracias a Dios de que Jesse no estuviera con ella el día que se mató en accidente de tráfico. Supongo que le diría a Jesse muchas cosas malas de mí, porque cuando lo traje aquí por primera vez parecía tenerme mucho miedo, se mostraba receloso y no hablaba. Ahora es cuando está empezando a salir de ello.

—Pobre bebé —dijo Kathleen—. Pobres los dos.

—¿Dee? —dijo Evan con incredulidad.

—Evan, Dee nunca maduró. Por eso es por lo que Jesse está tan encariñado con Mac. Así es exactamente como se comporta Mac. Le tiene afecto a Jesse, pero solo mientras no interfiera con sus planes.

—No siento su muerte. ¿Te parece horrible?

—Es humano. Evan, creo que necesitamos invitar a sus padres a venir aquí.

—Abre los ojos, Kathleen.

—No, lo digo en serio —dijo con firmeza y Evan vio que Kathleen no iba a ceder—. Perdieron a su hija y están llenos de rabia hacia mí porque necesitan tener un culpable. Pero si les dejas venir aquí verán que no eres tú.

—Sí, claro.

—Y quizá también vean que siguen teniendo un nieto, y que ha heredado lo mejor de su hija.

—¿Y qué pasa si ella salió así por culpa de ellos?

—No te estoy pidiendo que les dejes educar a Jesse, sino que permitas que ellos sean para el niño una pequeña parte de su vida. Que ellos sean el vínculo con su madre, y él el de sus padres con ella.

—Es que no quiero hacerlo.

—Solo piénsatelo.

—¿Tengo que hacerlo?

—Sí.

Y en ese momento vio que lo que acababa de decirle sobre Dee, que la primera impresión sobre una persona era la que valía, era también aplicable a Kathleen.

Desde el primer momento se había dado cuenta de que era amable y cariñosa, pero con una fuerza y un tesón muy grandes.

Enseguida, había pensado que tenía que ser más hombre de lo que era si quería conservar el amor de Kathleen; más abierto, más amoroso. E incluso también más indulgente. Iba a tener que dejar de ser el tipo duro que era capaz de guardar rencor durante mucho tiempo si quería ser el hombre que Kathleen pensaba que era.

—De acuerdo —dijo con brusquedad—. Los llamaré.

Se acercó a él y le dio un beso en los labios.

Antes de que se dieran cuenta, se quedaron desnudos bajo un maravilloso cielo estival, y Kathleen ni siquiera se preocupó de las serpientes.

Después de hacer el amor, cuando se sentía en la cima del mundo, pensó en lo que podía hacer para arreglar su relación con Mac, para aplacar la rabia del chico. De repente, se le ocurrió algo genial. El chico quería encontrar a su padre. ¿Por qué no ayudarlo? Era algo en lo que podrían trabajar juntos, que podría unirlos y hacer que Mac no lo viera como al enemigo que le había robado el cariño de su tía Kathy.

Mac le dio una oportunidad a primera hora del día siguiente. Estaban trabajando juntos, dando de comer a los terneros, cuando el chico dijo:

—Voy a buscar a mi padre. Si tuviéramos Internet en casa podría encontrarlo enseguida. ¿Cómo puede ser que no tengamos ordenador en casa? ¿Cómo es posible que...?

—¿Sabes cómo se llama tu padre?

—¡Por supuesto que sé cómo se llama mi padre! —Mac lo dijo con tanta rabia que Evan sospechó que no lo sabía.

—Te ayudaré a encontrarlo —dijo Evan.

Mac se quedó perplejo, y de repente Evan deseó haber discutido aquello con Kathleen antes de decirle nada a Mac, porque la cara que puso el chico no fue precisamente de gratitud.

Se le veía muy joven y vulnerable. Y también muy atemorizado.

—Eso sería estupendo —dijo, desviando la mirada enseguida—. Encontraremos a mi padre y me iré a vivir con él.

—Eh, chico, espera un momento. Te ayudaré a encontrarlo y entonces hablaremos con tu tía Kathy sobre el paso siguiente a dar. A lo mejor podrías escribirle una carta, y quizá quedar después con él.

Mac no dijo nada.

—Lo haremos la semana que viene, ¿vale? Después de que vengan los abuelos de Jesse el domingo.

—Estoy impaciente por hacerlo —contestó Mac, pero Evan oyó algo más, y entonces deseó no haber abierto la boca.

Kathleen miró las flores que había colocado en el jarrón. Allí en la granja las flores no aguantaban demasiado bien los azotes del viento de la pradera, pero con unos cuantos capullos y la rosa que Evan le había regalado, quedó bastante bien.

Miró el reloj. Los Mortimer llegarían en menos de una hora.

Evan entró y sonrió al ver las flores.

—¿Quedan ridículas? —preguntó Kathleen.

—Son bonitas.

—¿Podrías ir a ver que hacen los niños? Mac se llevó a Jesse al cobertizo para que jugara con la carnada de gatos recién nacidos, pero hace un buen rato que no los veo. Además, hay que bañar a Jesse.

—Los Mortimer se mostraron tan emocionados por venir aquí, Kathleen. Creo que tenías razón.

—Intentaré no recordártelo demasiadas veces.

—Muy graciosa.

Quería decírselo en ese momento. Que lo amaba. Cuando se levantó esa mañana lo había pensado, y había seguido pensándolo todo el día. ¿Con la intimidad que tenían, por qué les daban tanto miedo las palabras?

Quizá fuera porque Mac se estaba comportando tan mal. ¿Cuánto tiempo lo soportaría Evan? ¿Cuánto antes de sugerir que quizá aquello no estuviera funcionando?

—¿Oye, en qué estás pensando ahora? ¿Qué te preocupa? —le dijo, tocándole la frente.

—Creo que te estoy arruinando la vida —le susurró ella.

—¿Arruinándome la vida?

—Si estás harto de que Mac vaya destruyendo tus cosas, lo entenderé.

—A lo mejor lo que quieres decir es que estás harta de la tensión que hay entre nosotros.

¿Le estaría dando Evan una salida? Pero el mero hecho de pensar en dejarlo le hacía tanto daño que creyó que se echaría a llorar. Ni siquiera estaba segura de poder hacer eso por Mac. ¿En qué clase de persona se había convertido? ¿Acaso solo era capaz de pensar en sí misma?

—Hablaemos más tarde —dijo—. Por favor, ve a por los chicos.

Evan salió por la puerta trasera. Pero cuando volvió, casi media hora después, estaba pálido y angustiado.

—He mirado por todas partes, Kathleen. No los encuentro.

Ella se lo quedó mirando.

—¿Que no los encuentras? Pero no es posible. ¿Dónde iban a haber ido?

Se recorrieron la granja juntos, y luego la casa. Mac había dejado una nota en su habitación, encima de su almohada. Estaba mal escrita y emborronada por las lágrimas.

Kathleen la leyó en voz alta.

Querida tía Kathy:

He sido muy malo y lo siento. Veo que estás muy feliz, excepto por mí, y sé que ya no me quieres. Howard te dejó por mi culpa, y Evan lo hará pronto. No consigo hacer feliz a nadie, solo consigo entristecer y enfadar a los demás. No sé por qué. Supongo que me siento triste y enfadado todo el tiempo. Mi mamá murió y mi padre nunca me quiso, y me pregunto si todo eso ocurrió por culpa mía, y no me extraña que nadie me quiera.

Evan dijo que me ayudaría a encontrar a mi padre. Eso quiere decir que él también quiere librarse de mí.

—Dios mío —dijo Evan.

—¿Qué es esto sobre su padre?

—Ay, Kathleen, pensé que si me ofrecía para ayudarlo a buscar a su padre no estaría tan enfadado conmigo, ni sentiría que estábamos en bandos opuestos. Fue un error de lo más estúpido.

—Yo creo que fue un gesto amable por tu parte —dijo con firmeza, y luego continuó leyendo la carta.

Jesse me tiene mucho cariño, y yo a él también, aunque se mee en los pantalones. Pero él tiene un papá de verdad y ahora te llama mamá a ti, y sus abuelos van a venir a verlo. Yo no tengo abuelos y nadie vendrá a verme nunca. Estoy seguro de que algún día tendrá un hermano o una hermana de verdad. Pero yo nunca lo tendré.

No te preocupes por mí. Voy a volver a Vancouver. Allí hace buen tiempo y la gente puede vivir en la calle incluso en invierno. Puedo ser un niño de la calle, igual que esos a los que siempre dabas dinero. No vengas a buscarme porque tengo planeada una ruta secreta y jamás me encontrarás.

Adiós para siempre. Te quiero. Mac.

P.D.: Jesse está en el cobertizo jugando con los garitos. Le dije que no viniera conmigo. Ya sabes que él siempre me hace caso.

—Oh, Dios mío —exclamó Kathleen; se dejó caer en una silla y volvió a leer la carta, llorando sin consuelo—. ¿Dónde podrá haber ido? ¿Y dónde está Jesse?

Evan seguía pálido.

—Creo que esta vez ha decidido no hacerle caso a Mac.

Kathleen miró a Evan consternada.

—¿Dónde crees que podrían haber ido? Tenemos que ocuparnos de él primero. Es más pequeño.

—Creo que se ha ido tras de Mac, donde quiera que esté él. La cuestión es si Mac lo sabe ya. ¿Hará cuánto que se han ido?

Miró el reloj angustiada.

—Al menos una hora, aunque quizá sean casi dos. ¿Por qué no fui a ver si estaban bien?

—Tú no tienes la culpa. ¿Por qué ir a ver cómo estaban? Muchas veces se han pasado horas jugando en el cobertizo. Voy a ensillar un caballo. Esta nota me está haciendo pensar que quizá decidiera ir campo través hasta la autopista. Me estuvo preguntando por eso hace unos días, cuando le enseñé el mapa.

—Tú tampoco tienes la culpa, Evan.

—Quizá sí, Kathleen. Me daba cuenta de lo infeliz que estaba el niño y de lo infeliz que te estaba haciendo a ti.

—Es a ti a quien estaba entristeciendo —dijo ella.

—¿A mí? Podría manejar a diez niños como él con una sola mano solo para estar contigo. Mira, quiero que llames a la policía. Y después a Ma Watson. Cuéntale lo que ha pasado y dile que haga correr la voz porque necesitamos a toda la gente que podamos conseguir para ayudarnos a encontrarlos. Pueden traer caballos o buscar a pie, pero no quiero coches. Se va a hacer de noche y no quiero que nadie atropelle a ninguno de los niños. Después de llamar, métete en la camioneta y ve hacia la ciudad. Mira en los bancales y ve despacio si pasas por algún sitio donde puedan estar escondidos.

Se enteró de todo lo que le dijo, pero de algún modo su mente se había detenido en solo para estar contigo. Y esas palabras tan simples la ayudaron a mantener a raya el pánico y a sentirse más fuerte de lo que se había sentido jamás.

—¿Y si vienen todas esas personas y Mac y Jesse están dormidos bajo un montón de paja?

—No puedo arriesgarme a no avisarlos. Las gentes de esta tierra prefieren que les llames para ayudar, aunque al final sea innecesario que recibir malas noticias.

Oyeron el motor de un coche deteniéndose delante de la casa. Evan hizo un gesto de confusión y seguidamente frunció el ceño.

—Los Mortimer. Qué momento más inoportuno.

—Es el más oportuno —dijo Kathleen—. Les voy a poner a cargo del centro de operaciones y me voy contigo. Ensilla dos caballos.

—¿Has montado alguna vez?

—Sí.

No le dijo que había sido un poni de Shetland que iba dando vueltas en una feria.

—Ve a preparar los caballos.

Y mientras él salía por la puerta de atrás, ella lo hizo por la de delante.

Brevemente se presentó, les contó lo que había pasado y lo que necesitaba de ellos. A Kathleen le impresionó la manera en que Ron Mortimer se hizo cargo de la situación inmediatamente.

En un santiamén estaba sentado a la mesa de la cocina con la agenda de Evan y fotografías de los dos niños. Después de colgarle a Ma Watson, le pidió que le dijera los nombres de las emisoras de radio locales

Fiona Mortimer le preguntó dónde tenía la cafetera y provisiones para preparar sándwiches.

—Necesitaremos alimentar a la gente que los busque si los niños no aparecen enseguida.

—Gracias —dijo Kathleen—. Lo siento tanto. No puedo llegar a imaginar el shock que esto habrá sido para ustedes. Tengo que marcharme...

—Espera cinco minutos. Ve a busca ropa de abrigo para Evan y para ti. Y cuando vuelvas, os tendré preparados unos sándwiches. ¿Dónde tienes los termos?

Después de eso, Fiona sacó a Kathleen precipitadamente de la habitación. Unos minutos después, Kathleen corría hacia el establo con un par de termos llenos de café caliente, ropa de abrigo y unos sándwiches.

Evan tenía preparados dos caballos. A Kathleen le parecieron enormes, pero no se dejó amilanar por ello. No en ese momento. No sabiendo que Evan haría cualquier cosa para estar con ella.

La ayudó a montarse y la miró con ojo crítico mientras lo hacía.

—Supongo que estarán ahí dentro hablando de la custodia —dijo con tristeza.

—Evan —le dijo Kathleen—. Creo que quizá te llesves una sorpresa.

Evan se subió al caballo y dejó de pensar en los Mortimer.

—Quiero ir por aquí —dijo, señalando un camino—. He encontrado una huella en el suelo, y Mac me hizo un montón de preguntas relacionadas con esta dirección cuando estuvimos mirando el mapa. Si hubiera tomado esta dirección, acabaría llegando a la autopista. Pero son cuarenta y tres kilómetros de terreno abrupto.

Kathleen miró a la pradera y se sintió abrumada por su grandeza. ¿Si tomaban un camino distinto al de los niños, cómo iban a encontrarlos? ¿Estarían los niños juntos? Aspiró profundamente y se dijo que debía ser fuerte y mantener la calma.

De pronto, se enfrentó a un hecho al no se había enfrentado en toda su vida. Que el preocuparse no resolvería nada. Solo la acción.

Y Evan era un hombre de acción.

Capítulo 10

HAN pasado por aquí.

Kathleen estaba subida en su caballo, muerta de dolores. Miró a Evan que se había agachado delante del caballo y examinaba el suelo. Jamás había visto a alguien tan resistente como él. Sabía que no descansaría hasta dar con los niños.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó.

Al principio, se había bajado y subido del caballo cada vez que lo hacía él, pero pronto se dio cuenta de que era mucho más duro de lo que parecía, y que necesitaba conservar su energía.

Evan había encontrado huellas y marcas que sugerían que los niños habían ido por allí.

Por primera vez, se alegró de haberle comprado a Mac aquellas deportivas tan caras. Dejaban una huella muy marcada en donde el suelo estuviera pelado y húmedo.

—Creo que Jesse ha estado aquí sentado, por el tamaño del trozo de hierba aplastada. Parece como si hubiera estado escarbando en el barro con el volquete.

Kathleen cerró los ojos y se imaginó a Jesse allí sentado, canturreando, cansado, jugando con su volquete. ¿Estaría con Mac? ¿Tendría miedo o era aún demasiado inocente como para saber que había razón para tener miedo?

Seguir un rastro llevaba mucho tiempo y paciencia. Evan cabalgaba despacio haciendo eses para no perder detalle alguno; de vez en cuando desmontaba y se agachaba a mirar el suelo.

También detenía de cuando en cuando el caballo y oteaba el horizonte en silencio. Al verlo así, era como si Kathleen estuviera viendo qué y quién era Evan en realidad. Allí montado sobre su caballo, tan orgulloso y fuerte; tan capaz de soportar aquel mundo abrupto y salir victorioso de los desafíos. No se le ocurría otra persona en la que ella hubiera confiado para llevar a cabo aquella tarea.

Ella también observaba el ondulante e infinito paisaje, forzando tanto la vista que al final le daba la impresión de estar viendo cosas que no estaban allí.

—Bájate un rato del caballo, Kathleen. Estira las piernas. Vamos a tomar un café.

—Puedo continuar —le dijo con tozudez.

No quería dejar de buscar solo porque él pensara que ella no podía aguantar más.

—Si no nos cuidamos, si empezamos a sentirnos demasiado hambrientos, demasiado cansados o demasiado doloridos, no estaremos lo alerta que necesitamos estar. Quizá se nos pase algo por alto.

Kathleen pensó que eso quizá fuera cierto en todas las facetas de la vida. Que si uno no cuidaba de sí mismo, difícilmente podía cuidar de los demás.

—Tal vez —dijo mientras se bajaba del caballo y cuando tocó el suelo le crujieron las rodillas—. Ese fue el error que cometí con Mac. Siempre le puse a él primero. Cuando dejé de... —se atragantó.

Evan le sirvió una taza de café del termo y se la acercó a los labios. Kathleen dio

un buen y reconfortante sorbo de café caliente.

—No quiero que hables así, como si fuera culpa tuya. Si alguien tiene la culpa, ese soy yo, por intentar hacerme el héroe, por ofrecerme a ayudarlo a buscar a su padre. Pensé que entendería que estaba intentando decirle lo mucho que me importa. Pero, en lugar de eso, pensó que me quena librar de él. Supongo que eso es lo que pasa cuando un tipo como yo intenta ser un héroe.

—¿Qué quieres decir con «un tipo como yo»?

—Kathleen, he vivido al límite casi toda mi vida. He sido un loco y un irresponsable. Me he ocupado de mí mismo y nunca me ha importado pensar en el punto de vista de otra persona. Incluso con Dee no fui capaz de ver lo que quería ella, solo lo que quería yo. Y entonces, cuando apareciste tú, pensé que merecías algo mejor —Evan soltó una risotada de desprecio hacia sí mismo—. Pensé que podría convertirme en un caballero por ti. Tal vez Mac se haya dado cuenta de que no lo he conseguido.

—Escúchame, Evan —le dijo en tono bajo y lleno de rabia—. No pienso quedarme a escucharte hablar así de ti mismo. Ni hablar. Te he visto con tu hijo y con mi sobrino; he visto... —se sonrojó al pensar en la noche de bodas— la enorme ternura de la que eres capaz. Y, sin embargo, cuando tienes que mostrarte fuerte y tranquilo, cuando tienes que plantarle cara a la vida, también eres capaz de hacerlo. Si tú no eres un caballero, entonces no existe tal cosa. Si no existe tal cosa, se me partirá el corazón. He pasado toda mi vida buscando lo que veo en ti: integridad, fuerza y ternura. Busqué estas cosas en esos hombres elegantes y sofisticados, que sabían cómo vestirse, qué tenedor utilizar y qué vino escoger. Pero ninguno de ellos te llega ni a la suela del zapato, Evan. Ninguno de ellos. No existe hombre en la tierra que yo deseara que estuviera aquí salvo tú.

—No estarías en este aprieto ahora mismo de no haber sido por mí.

—¿De veras? Me da la impresión de que Mac lleva tiempo siendo un problema, y la casualidad ha querido que ocurriera aquí y ahora. Sea cual sea el apuro en el que me encuentre, siempre será tu nombre el que pronuncie. Quizá no tengas una reluciente armadura, pero eres auténtico, Evan. Me doy cuenta de cómo eres de verdad desde que te miré a los ojos por primera vez. Y supe también que me ayudarías a ser yo misma. Por eso te quiero. Por eso te he querido desde que te vi.

Evan sonrió dulcemente y a Kathleen se le derritió el corazón.

—A ti lo que te gusta es cómo lleno un par de pantalones tejanos.

Y ella le devolvió la sonrisa.

—Prefiero mil veces más los tejanos a las armaduras.

Y entonces, como si necesitaran hacer una pausa, después de la tensión a la que estaban sometidos, se abrazaron y se echaron a reír. Kathleen siguió riendo hasta que la risa se transformó en llanto, y lloró desconsoladamente con la cabeza apoyada en su pecho hasta que le oyó decirle una y otra vez que la amaba. Que pensaba amarla siempre, pasara lo que pasara.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó después de apartarse de él y mientras se secaba las lágrimas con la manga de la camisa.

—Quiero decir que si decides que tienes que dejarme para darle a Mac la vida que deseas, te seguiré amando. Y te prometo que te esperaré.

Pensó en lo distinto que era aquello de lo que había dicho Howard varios años atrás.

—Qué curioso —dijo ella—. Yo estaba esperando la oportunidad para decirte lo mismo, solo que al revés. Que si no podías soportar más a Mac y todas las cosas horribles que ha estado haciendo, entonces me marcharía.

—Señora, ya te he dicho que podría manejar a diez como él con una sola mano solo para estar contigo. Pero hay otra cosa. Quiero a ese chico. Es tan parecido a mí a su edad que me da miedo pensarlo. Eso era lo que necesitaba decirle el otro día. No que le ayudaría a encontrar a su padre, sino que lo que más deseo en el mundo es ser su padre.

Al oír esas palabras Kathleen sintió que algo se relajaba dentro de ella, como si un río de aguas tranquilas empezara a fluir por su cuerpo. Todo formaba parte de un plan. Todo.

Mac los había unido a Evan y a ella, y había sido el que les había permitido expresar por fin lo que verdaderamente sentían el uno por el otro.

Sabía que lo encontrarían, y que aquel momento, la búsqueda por las praderas, se convertiría en el fundamental en la historia de una familia que estaba aún en sus orígenes.

Sin amor, un hombre podía continuar dudando toda la vida. Con el amor las personas se fortalecían, descubrían quiénes eran y cómo encajaban en el plan. Su lugar estaba en aquellas praderas, junto a aquel hombre, educando a sus hijos.

—¿Estás lista para seguir?

La ayudó de nuevo a montar. Kathleen sintió como si el cansancio la hubiera abandonado, pero notó también que cada vez había menos luz.

Pero Evan lo vio de otro modo.

—Bien —exclamó—. Tal vez Mac tenga cerillas. Espero que encienda una hoguera. Si lo hace, se verá desde muy lejos.

—Si enciende una fogata, querrá decir que quiere que lo encontremos.

Veinte minutos después, cuando el sol estaba poniéndose y la tierra estaba ya oscura, oyó el silbido triunfal de Evan y vio el parpadeo de unas pequeñas llamas en la distancia.

Evan se puso al galope y ella lo siguió. Las estrellas estaban empezando a salir y Kathleen sintió que el corazón iba a estallarle de alegría y felicidad. Siguió a Evan a la velocidad del rayo, avanzando por aquel terreno incierto que la conduciría a su futuro.

Galoparon hacia el fuego. Evan detuvo su caballo, desmontó con agilidad y echó a correr. Entonces, en el círculo de luz, Kathleen vio a Mac yendo hacia ellos con

Jesse de la mano. Ambos niños tenían el rostro manchado de polvo y lágrimas.

—Evan —dijo Mac con voz trémula—. Lo siento —se echó a llorar mientras se frotaba los ojos con las manos—. No sabía que Jesse me seguiría. No lo sabía. Debiste de asustarte mucho al ver que no estaba.

Evan se apoyó en el suelo con una rodilla delante de Mac, y Jesse se lanzó hacia él y lo abrazó.

—Papi. Mac, te dije que me papá va a venir.

Mac respiró hondo, temblando, y siguió llorando con la cabeza gacha.

Kathleen consiguió bajarse del caballo y fue hacia ellos. Evan se puso de pie y le pasó a Jesse y después se volvió hacia Mac.

—Me asusté mucho cuando vi que faltaban mis dos niños —dijo Evan—. Estaba muerto de miedo. Más asustado de lo que he estado en toda mi vida.

—A ti no te asusta nada —dijo Mac—. Lo sé.

—Todas las personas tienen miedo de algo, Mac.

—Puedes pegarme si quieres —dijo Mac sin levantar la vista del suelo.

—¿Pegarte? —Evan salvó la distancia que los separaba y abrazó al pequeño—. Nunca te haré daño. Nunca.

Mac se derrumbó. Le echó los brazos al cuello y se echó a llorar a lágrima viva.

Evan lo levantó en brazos como si fuera un bebé y lo meció en su pecho.

—Sabes, toda mi vida he deseado tener una familia a quien amar. Y cuando Dios me dio a tu tía, me di cuenta de lo mucho que necesitaba un chico como tú. Debería habértelo dicho antes, mucho antes.

—¿Me quieres entonces? —preguntó Mac—. ¿Me quieres a mí?

—Sí, a ti.

—¿Después de lo que acabo de hacer?

—Sí.

—¿Después de lo de tu camioneta, de dejar sueltas a las vacas y de estropear el jardín?

—No te olvides de la ventana del baño.

Mac sonrió un poco sin dejar de llorar.

—¿Y después de lo de la ventana del baño?

—Sí.

—Quiero a mi tía Kathy más que a nadie en el mundo. Por eso me escapé. Aunque no lo he demostrado, solo quiero que ella sea feliz. Me di cuenta de que tú le haces feliz, pero yo no. Me enfadé mucho y me asusté. Pensé que cuanto más te quisiera a ti, menos me querría a mí —Mac hizo una pausa, con expresión de pesar—. ¿Sabes cuando pensé que quizá me hubiera equivocado del todo? Cuando me di la vuelta y vi a Jesse siguiéndome. Corrí hacia él y se puso tan contento de que lo hiciera, como si no hubiera sido culpa mía que estuviéramos allí en mitad del campo. Intenté llevarlo de vuelta a casa y fue entonces cuando me asusté de verdad al ver que me había perdido. Había ido caminando en línea recta, pero cuando miré a mi

alrededor todo me parecía igual. Intenté guiarme por el sol para averiguar el camino de vuelta a casa, pero me sentía muy confuso y Jesse estaba muy cansado. No hacía más que sentarse y echarse a llorar, y no paraba de decirme que quería ver a su papá. Pasado un rato, nos sentamos y me acordé de que tenía una caja de cerillas en el bolsillo. Jesse dejó de llorar cuando le pedí que me ayudara a encontrar ramitas y hierba seca para encender una fogata. Solo llevaba un sándwich de manteca de cacahuete, y se lo había dado a Jesse hacía ya mucho rato.

—Espero que tú también comieras un poco.

Mac negó con la cabeza.

—A eso iba. Yo no quería comer nada, quería que se lo comiera todo Jesse. Entonces me di cuenta de que no solo le tengo cariño, sino que lo quiero mucho. Y también me di cuenta de que no por eso quiero menos a mi tía Kathy. La verdad es que después de pensar eso veo que me siento mucho mejor que antes. A lo mejor te reirás de mí, pero me sentí como si ya fuera casi un hombre.

—No me estoy riendo —le dijo Evan en tono bajo.

—Supongo entonces que si las cosas son así, será mejor que me dejes en el suelo. Evan lo dejó en el suelo.

—¿Yo también hombre? —preguntó Jesse en tono esperanzado.

—Oh, claro —dijo Mac—. Pero entonces tienes que dejar de ser Calzoncillo Apestoso. Nunca más. ¿Lo entiendes?

—Vale —Jesse respondió con solemnidad, y todos se echaron a reír.

Evan miró a su alrededor.

—Creo que no podremos volver a casa esta noche. No quiero arriesgarme en la oscuridad. Los caballos están agotados. Nos acurrucaremos juntos hasta que amanezca. Saca esos sándwiches, Kathleen.

—¿Sabes volver a casa desde aquí —le preguntó Mac angustiado—, o nos quedaremos perdidos en la pradera como la familia Robinson?

—Aunque yo no supiera volver a casa, los caballos lo harían. Podrías ponerte a dar vueltas por el campo y cuando tú estuvieras ya rendido ellos apuntarían con el morro hacia casa y llegarían sin problemas.

Se sentaron alrededor del fuego. Los niños se comieron todos los sándwiches y Evan les hizo beber un poco de café.

Y entonces, algo mágico y extraño ocurrió.

Allí, bajo las estrellas, se convirtieron en una familia. La familia que Kathleen había imaginado, la familia con la que había soñado.

Contaron chistes, cantaron y rieron. Cuando empezó a hacer frío, Evan les quitó las mantas a los caballos y los cuatro se encogieron bajo ellas, tan pegados los unos a los otros como pudieron, y así se durmieron.

Se despertaron por la mañana con el ruido de un helicóptero sobrevolándolos. El aparato aterrizó cerca de ellos.

—Mete a los niños —dijo Kathleen—. Yo volveré a caballo contigo.

—Ni hablar, tía Kathy. Tú y Jesse iréis en el helicóptero y yo volveré con Evan.

A Kathleen no se le escapó la autoridad conque lo dijo, como un hombre de verdad, y así subió al helicóptero con Jesse y observó a su marido y su sobrino mientras juntos preparaban los caballos. Vio que Evan le daba una palmada a Mac en el hombro y a Mac apoyándose ligeramente sobre esa mano, haciendo acopio de fuerzas para erguirse después.

Los vio allí juntos en aquella pradera aparentemente infinita, hasta que se convirtieron en dos puntos diminutos en la distancia. Suspiró de contento y miró hacia delante.

Esa misma tarde, agotada y feliz, Kathleen dio la bienvenida a casa a los dos polvorientos jinetes, y se despidió de los últimos miembros del equipo de rescate, de sus amigos y vecinos.

—Nos vamos a marchar —dijo Fiona Mortimer—. Evan, te debemos una disculpa.

Kathleen se volvió y la vio mirando por la ventana, con Jesse dormido en brazos.

Fiona empezó a hablar, casi como si estuviera sola.

—Lo único que queríamos era que Dee fuera feliz. Era nuestra única hija. Le dimos demasiado, ahora me doy cuenta de ello. Le dábamos todo lo que nos pedía, y también demasiada libertad, y cuanto más intentábamos llenarla de cosas, más frívola se volvía.

Evan, o bien has cambiado mucho, o te interpreté mal. Aunque sospecho que ha sido un poco de las dos cosas. Pero sé que Kathleen y tú educaréis a nuestro nieto de maravilla. Jesse está en buenas manos. No os molestaremos otra vez.

Se volvió y le pasó el niño dormido a Evan. Entonces se dirigió hacia la puerta con ojos brillantes, a punto de llorar.

—Fiona —dijo Evan—. Gracias. Sabéis que podéis venir aquí cuando queráis. Y no es molestia.

Ron se aclaró la voz y habló.

—Leímos la nota de Mac mientras estabais fuera, y entonces nos dimos cuenta de algo muy importante. Nos quedamos tan deshechos por la muerte de nuestra hija que nos olvidamos de que seguía habiendo gente que nos necesitaba, que podríamos ser útiles todavía. Al leer las palabras de Mac, entendimos que hay muchos niños que se sienten como él. Niños que querrían unos abuelos como nosotros. Necesitamos alguien a quien mimar. Cuando volvamos a Regina hemos pensado en buscar a niños que necesiten abuelos como nosotros para quererlos. Tal vez así podamos decirle a Dee cuánto lo sentimos por quererla de manera tan equivocada.

—Ron —dijo Evan despacio—. Me parece que aquí tienes dos niños que necesitan un abuelo y una abuela que los quieran.

Ron, que también parecía a punto de echarse a llorar, asintió, le estrechó la mano

a Evan y salió con su esposa.

—¿Quién lo habría imaginado? —murmuró Evan mientras veía el coche avanzar por el camino.

—¿Sientes alguna vez como si estuvieran ocurriendo milagros? —le susurró Kathleen.

—Bueno, sí, señora, eso es lo que creo. Un humilde vaquero se convierte en un caballero de reluciente armadura. Sé distinguir un milagro cuando veo uno.

—El amor es un milagro. Hace que la vida surja de la tierra dura y seca, que las lágrimas se conviertan en diamantes, que todo lo que es malo se vuelva bueno. Y les da a unos niños papas como tú, y a una mujer como yo, el marido de sus sueños.

—Solo lo dices porque te gusta cómo lleno los tejanos.

—Y que lo digas, vaquero.

Y entonces lo besó. Y fue un beso tan atrevido y emocionante como el primero; tan embriagador como la primera vez.

Sabía que algunas personas eran bendecidas de aquel modo.

Caminaron por la vida como si esta fuera un baile, como si todo fuera nuevo y mágico, como si quedaran muchas cosas que explorar, cosas que les llenaran de asombro, como la primera vez.

Cuando él le devolvió el beso, Kathleen supo que era una de esas personas.

Cada día era una nueva oportunidad para vivir, para reír, para enamorarse de nuevo.

Cada día era como una primera vez.

Para siempre.

Epílogo

TÍA Kathy! ¡El abuelo Ron y la abuela Fiona están aquí!

Kathleen se secó las manos en un paño de cocina y fue hacia la puerta para ver a Mac echándose a los brazos de su abuela adoptada.

—Me han dado las notas —le oyó decir emocionado—. Y tengo todo sobresalientes. ¿Sabes lo que eso significa? Que mi padre me va a enseñar a montar toros de rodeo. Bueno, vaquillas. Voy a ir a un rodeo este verano.

Hacía casi seis meses desde que Mac había empezado a llamar papá a Evan, y Kathleen seguía sintiendo el mismo temblor en la voz cada vez que le oía decir mi padre con tanto orgullo y vehemencia.

Jesse pasó corriendo junto a ella.

—¡Abuelo! ¡Abuela!

Jesse había crecido mucho y Kathleen sintió cierta tristeza al ver cómo pasaba el tiempo y lo deprisa que los niños se hacían mayores.

Jesse le había dicho adiós a los pañales y al chupete para siempre después de que Mac y él se escaparan por la pradera aquel día.

Todos entraron en casa y Kathleen le notó a Fiona lo contenta que estaba.

—¿Qué tal va Adopta una Abuela? —le preguntó, después de darles un abrazo.

—El nombre sigue pareciéndome sexista —protestó su marido con desenfado.

—Nos han llamado de todos los rincones de los Estados Unidos pidiéndonos información. El mes que viene voy a ser una conferenciante invitada en Los Ángeles. ¡Yo!

—Fiona y yo ya tenemos dieciséis nietos —dijo Ron—. Incluidos estos dos —le acarició la cabeza a Mac con afecto.

—¿En, os habéis dado cuenta que mi tía Kathy tiene otro aspecto?

Kathleen se sonrojó cuando los Mortimer se volvieron a mirarla.

—¡No es cierto!

—¡Está embarazada! —Mac anunció en tono oficial—. Vamos a tener un bebé. Jesse y yo queremos que sea niño, pero ella no. Mi tía preferiría una niña.

—Y yo también —dijo Evan, que entraba por la puerta de atrás—. Quiero una niña con grandes ojos marrones y el pelo largo y oscuro. Hola Fiona, Ron. Me alegro de veros.

Kathleen los miró mientras Ron le daba la mano y Fiona lo abrazaba con cariño. El amor y el respeto se respiraban en el ambiente.

Entonces, le dio un beso a ella como si no la hubiera visto en un año en lugar de en unas horas. Se volvió hacia sus invitados sin soltarle la cintura.

—Os agradezco mucho que hayáis podido venir a pasar unos días con Mac y Jesse. Llevo prometiéndole a Kathleen que la voy a llevar a Cypress Hills desde hace mucho tiempo. Nuestro primer aniversario me pareció el momento perfecto.

Su primer aniversario, pensó Kathleen. Sus pensamientos volvieron al año anterior y le pareció como si en su memoria hubiera un álbum de fotos de momentos imaginados por ella a lo largo de su vida: Mac y Jesse persiguiendo mariposas a través de la alta hierba, su hogar rebosando de risas y felicidad, y Evan mirándola con una ternura que jamás desaparecía.

—Nos estáis haciendo un favor —dijo Fiona—. ¿Qué queréis hacer primero, chicos?

—Ir al parque acuático de Medicine Hat —contestó Mac.

—Soy demasiado vieja para eso —dijo Fiona con temor fingido.

—Eso fue lo que dijiste antes de montar —le recordó Mac—. Cuando Jesse y yo teníamos frío y nos queríamos marchar, no fuimos capaces de sacarte del agua.

—Estas mujeres mayores —dijo Evan con solemnidad—. Dejan K.O. a cualquier hombre. Son una caja de sorpresas.

Kathleen le dio una torta en el brazo, y después lo miró a los ojos y sintió una enorme gratitud por todas las sorpresas que la vida le había regalado.

—Ven a ver mi habitación, abuela —dijo Mac y le tiró del brazo—. Acabo de pintarla otra vez.

—Gracias a Dios —contestó ella.

—Toda de negro —añadió él con júbilo—. Incluso el techo.

—Yo también quiero mi habitación nega —comentó Jesse.

—Tienes que esperar a tener doce años —le dijo Mac con firmeza.

Cenaron juntos y después los niños y los abuelos apremiaron a Kathleen y a Evan para que se marcharan, puesto que ya tenían las maletas en la camioneta.

—Las estrellas están saliendo —le dijo con nostalgia, cuando llevaban media hora conduciendo.

—¿Quieres parar?

—¿Podríamos?

Detuvieron la camioneta y se quedaron sentados en silencio. Pasado un rato, Kathleen metió la mano en el bolso y sacó una caja pequeña.

Él desenvolvió el paquete y lo abrió. Dentro de la caja había una hebilla con la fecha y el año de su aniversario grabados.

—La plata —dijo ella en tono suave— es de una armadura auténtica que pertenecía a un caballero armado de la Edad Media. La armadura se estropeó en un incendio y no pudieron repararla.

—¿Cómo diantres encontraste una cosa así? —le preguntó mientras examinaba la hebilla.

—Por Internet.

Él se echó a reír.

—Creo que el mundo va a dejar atrás a este viejo vaquero.

—No. El mundo siempre necesitará vaqueros. Y caballeros. Siempre.

—Ven aquí.

Ella se deslizó al lugar donde más le gustaba estar. Entre sus brazos. Evan la besó hasta que ambos se quedaron sin aliento.

—¿Kathleen, llegaremos alguna vez a Cypress Hills?

Kathleen pensó en las opciones, lo volvió a besar durante un buen rato y entonces respondió:

—Espero que no.

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.